

Luce Irigaray

Espéculo de la otra mujer



Diseño de interior y cubierta: RAG

Traducción de
Raúl Sánchez Cedillo

Reservados todos los derechos.
De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270
del Código Penal, podrán ser castigados con penas
de multa y privación de libertad quienes
reproduzcan sin la preceptiva autorización o plagien,
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica
fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original: *Speculum de l'autre femme*

© 1974 by Les Éditions de Minuit

© Ediciones Akal, S. A., 2007
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-2408-8
Depósito legal: M. 4722-2007

Impreso en Cofás, S. A.
Móstoles (Madrid)

Nota de la autora

Las referencias precisas en forma de notas o de comillas para indicar la cita han sido descartadas por regla general. Toda vez que la/una mujer ocupa en relación con la elaboración teórica una función de afuera mudo que sostiene toda sistematicidad y a la vez de suelo materno (todavía) silencioso del que se nutre todo fundamento, no tiene porqué relacionarse con aquélla de la manera ya codificada por la teoría. Confundiendo así, una vez más, el imaginario del «sujeto» –con connotaciones masculinas– con lo que sería, será tal vez, el de lo «femenino». Así, pues, que cada uno/a, muerto o vivo, se reconozca a sí (como) mismo en el texto con arreglo a su deseo, su placer, incluso con paródicas mayúsculas. Pero si sobreviniera, en la resistencia a reencontrarse en el mismo, el malestar de una distorsión, a ser posible irreductible, entonces, ¿tal vez?, algo de la diferencia sexual habría tenido lugar también en el lenguaje.

El punto ciego de un viejo sueño de simetría

«Damas y caballeros, [...] El problema de la feminidad les preocupa porque son ustedes hombres. Para las mujeres que se encuentran entre ustedes, no constituye problema alguno, porque son ellas mismas el enigma del que *nosotros* hablamos»¹.

Así, pues, se trataría de que ustedes, hombres, hablaran entre ustedes, hombres, de la mujer, que no puede estar interesada en la escucha o la producción de un discurso relativo al *enigma*, al logogrifo, que representa para ustedes. El misterio que *es* la mujer constituirá, pues, *el objetivo, el objeto y el envite* de un discurso masculino, de un debate entre hombres, que no le interpelaría, no le incumbiría. Del que ella, en última instancia, no tendría que saber nada.

«Cuando se encuentran con un ser humano» –dice él, dicen ellos para empezar– «*ven* ustedes inmediatamente si es hombre o mujer. Es más, se trata de lo primero que llama su atención y están acostumbrados a establecer con suma seguridad esa distinción». ¿Cómo? Eso permanece implícito y no parece que merezca ser reseñado entre ustedes. Así, pues, silencio sobre esa suma seguridad que impide que se equivoquen, *a primera vista*, sobre el sexo de la persona con la que podrían

¹ Cfr. S. Freud, «La feminité», *Nouvelles conférences sur la psychanalyse*, París, Gallimard, Idées [ed. cast.: *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 9 vols., 1974; *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 25 vols., 1976]. La elección de este texto –conferencia ficticia– se justifica por su redacción tardía en la vida de Freud. Reúne por ello un buen número de enunciados desarrollados en otros escritos diferentes a los que, por otra parte, se hará referencia. Salvo notación explícita, soy yo la que subraya de una u otra manera los enunciados de Freud. En algunos casos ha sido preciso modificar un poco la traducción, y completarla en los casos en los que omitía algunas frases o fragmentos de enunciados. Sin embargo, la traducción más minuciosa no habría cambiado ningún aspecto sustancial de este discurso sobre la «feminidad».

cruzarse. Lo importante, al parecer, es que estén firmemente convencidos, sin vacilación posible, de que no pueden equivocarse, de que no hay al respecto ninguna ambigüedad posible. Que la cultura (?) les asegura, les tranquiliza –¿o les tranquilizaba, les aseguraba– a la hora de establecer una discriminación infalible.

«Ahora bien, la ciencia anatómica sólo se muestra en un único punto tan afirmativa como ustedes. Lo que es varón, nos enseña, es el elemento sexual varón, el espermatozoide y su continente; lo que es femenino, es el óvulo y el organismo que alberga a éste. Algunos órganos que sirven únicamente para las funciones sexuales se han formado en cada uno de los dos sexos, y representan probablemente dos modalidades diferentes de una única disposición». ¿Cuál? No podemos sino llegar a la conclusión de que lo que hasta ahora se define como específico de cada sexo y como disposición común de ambos no introduce más que un *proceso de reproducción-producción*. Y que en función del modo de participación en esa economía se calificará con certeza a alguien de varón o de hembra. La llamada objetividad científica sólo se pronuncia sobre esta cuestión desde el punto de vista, microscópico, de la diferencia entre las células germinales. A no ser que reconozca también la evidencia (anatómico-fisiológica) del *producto* de la cópula. El resto se presenta a sus ojos, en realidad, demasiado indecible como para que valga la pena arriesgarse –como hacen ustedes– a emitir un juicio, un veredicto diferenciado.

Pues lo cierto es que «los otros órganos, la conformación del cuerpo y de los tejidos están influidos por el sexo, pero los caracteres sexuales llamados secundarios son inconstantes, variables». Y si por ventura se fían un poco a la ligera, ella –la ciencia– debe ponerles en guardia. Por otra parte, ella «les enseña, al fin y al cabo, un hecho inesperado y hartamente susceptible de sumir a los sentimientos de ustedes –¿y a los de Freud?– en la confusión: algunas partes del aparato sexual del varón se encuentran también, aunque en estado de degeneración, en la mujer y viceversa». Ella os hace observar, pues, en ese hecho objetivo «la prueba de un doble sexualidad, de una *bisexualidad*², como si el individuo no fuera francamente varón o hembra, sino los dos a la vez». Así, pues, son ustedes hombre y mujer . ¿Hombre o mujer? No obstante –pueden estar tranquilos y seguros de ello– uno de los caracteres prepondera siempre sobre el otro. Pero, así y todo, «pueden estar seguros de que la *proporción* de masculinidad y de feminidad es eminentemente variable de un individuo al otro». Conviene por ello manifestar una cierta prudencia antes de reivindicar su pertenencia a uno u otro sexo. No obstante, seamos serios y volvamos a la certezas científicas, «no hay en un ser más que un solo tipo de *productos* sexuales: óvulo o esperma». Salvo, por desgracia, «algunos casos sumamente raros»...

² La cursiva es de Freud.

«Todo esto resulta, desde luego, bastante enojoso y les lleva a la conclusión de que *la virilidad y la feminidad* son atribuibles a un carácter *desconocido* que el analista no consigue aferrar». De esta suerte, en la demora del descubrimiento de una incógnita la objetividad del discurso científico, al menos del anatómico, se detiene y termina apoyándose en la diferencia de los sexos.

«¿Será capaz entonces la psicología de resolver este problema?» ¿De atribuir algún valor a su, sus incógnita(s)? Parece que estaban «acostumbrados a *transferir* al dominio psíquico la bisexualidad» y que hablaban, entonces, de «comportamientos» más viriles o más femeninos de una misma persona. Pero al hacerlo su supuesto discurso psicológico «da fe del respeto de la anatomía y de la convención». Dicho de otra manera, esta distinción no es de orden psicológico. Además, por regla general ustedes connotan el término masculino como activo, y el término femenino como pasivo, y «no les falta razón». Puesto que «la célula sexual del varón es activa, móvil, y va al encuentro de la célula femenina, el óvulo inmóvil y pasivo». Y yo, Freud, les digo que «el comportamiento de los individuos varón y hembra durante las relaciones sexuales está *calcado* del de los organismos *elementales*». Mi manera de considerar las cosas, esas «cosas», obedecería, pues, a una prescripción de lo psíquico por parte de lo anatómico *conforme al orden de la mimesis*, de tal suerte que la ciencia anatómica impone a los «comportamientos psicológicos» la verdad de su modelo. En el coito, el hombre y la mujer *imitan* el tipo de relación entre el espermatozoide y el óvulo: «El varón persigue a la hembra que ansía, la agarra y penetra en ella». Pero «de este modo ustedes reducen, desde el punto de vista psicológico, el carácter de la masculinidad al factor exclusivo de la agresión». En cuanto al de la feminidad, yo, ustedes, nosotros... ¡no hablemos de ello! En cambio, en esta demostración o atestado, *ustedes* han prestado «deseo» al espermatozoide en su carrera hacia el óvulo.

Pero volvamos a esa determinación algo desfavorable del carácter psíquico de la masculinidad. La zoo-logía –ahora– les invita a una cierta prudencia en lo que atañe a la atribución unívoca de la agresividad sólo al macho. En efecto, aquella les recuerda que «en algunos animales, las hembras son más fuertes y más agresivas que los machos». ¡Acuérdense, por ejemplo, del comportamiento sexual de la *araña*!

Por otra parte, la zoología pone en tela de juicio el hecho de que «alimentar y cuidar de las crías» sean funciones específicamente femeninas. «En algunos animales *superiores*, los machos y las hembras se reparten el cuidado de las crías, y a veces es incluso el macho el que se consagra al mismo». ¿Hemos de deducir de ello que aquellos disocian mejor que ustedes, que nosotros, la cuestión de la diferencia sexual de la de la función parental? ¿Y, entre otras cosas, que ellos dan cuenta de una distinción entre lo femenino y lo materno, entre sexualidad femenina y maternidad, una distinción que la «cultura» habría desdibujado?

Pero esta evocación o invocación ejemplar, de lo zoo-lógico en lo que respecta a este punto no será bien entendida, o no hará más que alimentar un malentendido. Porque, «en lo que atañe a la vida sexual humana», precisamente la madre va a servir de *paradigma* de lo femenino en el debate relativo a las relaciones entre acoplamientos masculino/femenino y activo/pasivo. En efecto, continúa, «no es suficiente caracterizar el comportamiento masculino por la actividad y el comportamiento femenino por la pasividad, toda vez que *la madre es, desde todos los puntos de vista, activa hacia el niño*». El ejemplo de la *lactancia*, al punto invocado a modo de prueba, presenta problemas, por supuesto, porque cuesta percibir cómo «amamantar» –salvo en virtud de criterios lingüísticos (verbo transitivo, activo, etc.), por lo demás inmediatamente puestos en tela de juicio por «mamar» (donde la madre se encuentra esta vez en posición de objeto de la “actividad” del niño de pecho, tanto si éste la mama como si aquella se hace mamar por éste)– puede reducirse simplemente a una actividad. A no ser que se asimile la lactancia –volvemos a lo de siempre...– a la fabricación concertada (?) *¿de un producto?* La *leche* sería la única producción que no podría impugnarse a la mujer –madre– y que, además, ésta realizaría por sí sola.

Toda consideración de placer en la lactancia aparece aquí excluida, desconocida, prohibida. Lo que, por cierto, introduciría algunos matices en tales enunciados. Pero bien parece que el envite es *el monopolio de la «actividad» productiva*, la separación de un *poder «fálico»*. Ciertamente es que el modo en que se anuncia a propósito de la lactancia es discutible, pero tal vez lo sea más aún la identificación de lo femenino con lo materno, cuyo impacto, cuyo atolladero y cuyas prescripciones no hemos dejado de comprobar. Sin embargo, el discurso freudiano apenas se detiene en ello, y prosigue su extraña ginecología no sin haber dejado colgado allí algún *cuadro*: una (mujer) amamanta *activamente* a su hijo...

Y esto deja perplejos a los contertulios acerca de los criterios de la diferencia sexual. Pero el texto continúa... Sin problema ni ruptura aparentes. Y sin embargo habrá, esta vez como tantas otras –sobre todo cuando se trata de la mujer–, interrumpido subrepticamente el hilo de su razonamiento, de su lógica. Valiéndose de algún otro rodeo que sin duda coincidirá con el que le precede, se urdirá con éste de alguna manera, pero con arreglo a trazos que desafían su devolución a un discurso lineal y a toda forma de rigor determinado conforme a la regla de no contradicción. Pues el inconsciente habla en el mismo. ¿Y cómo podría ser de otra manera? Sobre todo cuando habla de la diferencia sexual.

De esta suerte, pueden comprender ahora que «cuanto más se alejan del dominio sexual propiamente dicho» –¿constituible, pues, como actividad regional? ¿organizada en sectores? ¿especializada? ¿pero respecto a qué generalidad? ¿totalidad? ¿capital?– «tanto más se darán cuenta de su error de razonamiento analógico»

(al que, sin embargo, se ha recurrido y se seguirá recurriendo casi constantemente al mismo tiempo que se denuncia su uso, intentando incluso disuadirles a ustedes de recurrir al mismo). «Habida cuenta de que hay algunas mujeres con las cuales sólo hombres capaces de mostrarse pasivamente dóciles llegan a entenderse (?), algunas mujeres pueden, pues, desplegar en no pocos ámbitos una actividad desbordante». Lo importante aquí reside en la manera en que algunos términos modalizan el enunciado, sugiriendo que lo de esas mujeres no puede consistir más que un activismo que se ejerce gracias a una docilidad sumisa por parte del hombre. Curiosa elección de un ejemplo de bisexualidad... Como quiera que sea, la «actividad» correspondería al hombre en lo que a lo esencial atañe: durante el coito. Por lo demás, recordarán ustedes que así sucede en algunos animales: «En los que las hembras son más fuertes y más agresivas que los machos, que se muestran *activos únicamente durante el acto de la unión sexual*». Sin embargo, si siguen convencidos de que la pasividad coincide con la feminidad y la actividad con la virilidad, «se equivocan» y «esa concepción es errónea e inútil». ¿En qué quedamos?

Prosigamos, o más bien sigamos escuchando, sin impaciencia. «T al vez podríamos decir que la feminidad se caracteriza, en un sentido psicológico, por una tendencia a las *metas pasivas*, lo que no es lo mismo que hablar de pasividad. Y es posible que exista en la mujer , de resultas de su papel en *la función sexual* , una tendencia más pronunciada a los comportamientos y a las metas pasivas, tendencia que se acentúa o se atenúa a medida que ese carácter *ejemplar* de la vida sexual se presenta, en cada caso, más o menos extendido o limitado». Así, pues, después de haber denunciado la impertinencia de la oposición activo/pasivo para caracterizar la diferencia masculino/femenino, se intentará salvar la partida mediante la intervención de la noción, difícil de interpretar, de «metas pasivas». Y el caso no es que esa noción carezca de interés ni merezca comentarios más prolijos, ahora bien: ¿de qué se trata aquí sino de complicar la economía de las relaciones actividad/pasividad? Autorizando su funcionamiento en cada uno de los dos polos masculino/femenino, pero en «tiempos» diferenciados y en cierto modo complementarios. Reparto de los «roles» en el que, una vez más y bajo cualquier circunstancia, a la mujer se le exige pasividad en el momento del coito, habida cuenta de su utilidad en la función sexual, mientras que le es reconocida alguna tendencia a la actividad que prepara el mismo, actividad rigurosamente regulada a prorrata de la implicación más o menos grande del carácter *ejemplar* de la denominada vida sexual.

La función de reproducción no es mencionada explícitamente, pero cuanto precede o sigue, así como la referencia a otros textos ³, indica a las claras que lo gené-

³ Cfr. textos de S. Freud, *La vie sexuelle*, París, PUF, Bibliothèque de psychanalyse [ed. cast.: *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis*, Madrid, Alianza, 2003].

rico de *la* función sexual y su *carácter ejemplar* sólo designan a ésta. Así, pues, lo que hay que salvaguardar es que el hombre es *el* procreador, que la *producción-reproducción sexual* es referible a su sola «actividad», a su solo «pro-yecto», de tal suerte que la mujer no es sino el receptáculo que acoge pasivamente su *producto* aunque ella haya solicitado, favorecido o incluso demandado –mediante la puesta en juego de sus pulsiones de metas pasivas– la colocación del mismo en su seno. Matriz –tierra, fábrica, banco– a la que será confiada el semen-capital para que allí germine, se fabrique, fructifique, sin que la mujer pueda reivindicar su propiedad y ni siquiera el usufructo, toda vez que no ha hecho más que someterse «pasivamente» a la reproducción. Poseída a su vez a título de medio de (re)producción ⁴.

Se comprende que sea difícil de separar lo que corresponde a la actividad y lo que corresponde a la pasividad en la economía de la reproducción sexual, lo que no excluye que se quiera interpretar justamente el recurso a otra (por así decirlo) economía (1) para pretender hacer desaparecer la indecisión o suspender lo *indecidible* que semejante cuestión introduce (2) para resolverla mediante la atribución de la «actividad» al hombre en el proceso de la generación, dicho de otra manera, para zanjarla en términos de la oposición activo/pasivo.

Este recurso a «otro» orden va a intervenir, por otra parte, de forma imprevisible y apenas explícita, en ese momento del enunciado de Freud. Como entre paréntesis y de una forma curiosamente terminante: «Abstengámonos, sin embargo, de subestimar la influencia de la organización social que, *también*, tiende a colocar a la mujer en situaciones pasivas». ¿De qué organización social hay que abstenerse de despreciar su poder, susceptible de mantener a la mujer en «situaciones pasivas»? ¿Que hemos de entender por «*también*»? ¿Una enumeración de factores concurrentes? Ahora bien, ¿no podría considerarse la eventualidad de que uno prescriba al «otro», en particular legitimando o incluso produciendo el discurso y la ideología que le determinan en cuanto tal? Una cuestión sin duda ineludible, si la «organización social» no quedara hasta tal punto en la imprecisión de una evocación tan general y desprovista de implicación que pierde toda eficacia. De tal suerte que su pertinencia sólo parece poder encontrarse en el recuerdo, casi compulsivo, de un problema que se impone, insiste, regresa, pero cuyos datos parecen escapársele al «conferenciante», que reconoce que «todo ello sigue estando muy *oscuro*». ¿Tan fosco, acaso, como el continente *negro* de la feminidad?

«No menospreciamos» –prosigue, no obstante– «la relación particularmente constante que existe entre la feminidad y la vida pulsional. Las reglas sociales» –¿cuáles?– «y su constitución propia» –¿o sea?– «obligan a la mujer a reprimir» –¿reprimir o censurar?– «sus pulsiones agresivas». En cierto modo, a la mujer no le estaría permitida

⁴ Viejo envite cuyas vicisitudes podrán releerse a través de toda la historia de la filosofía.

ninguna modalidad de agresividad. Sin embargo, una vez más, la movilización de argumentos tan heterogéneos como «las reglas sociales» y «su constitución propia» incita a plantearse la cuestión de la prescripción de aquellas sobre la representación de ésta, del interés que aquellas tienen en hacer de soporte, de cómplices, de semejante estimación de la «constitución» femenina. ¿Hay que ver en ello la prueba de que dichas reglas sociales, y por añadidura el texto de Freud que en ellas encuentra un cierto apuntalamiento, evalúan toda agresividad a la medida de aquella que entra en juego en la *homosexualidad masculina*? Toda vez que la competencia y la rivalidad en el comercio, y en particular en el sexual, sólo puede ejercerse entre varones. ¿Se explican así las redobladas prohibiciones que pesan sobre la agresividad femenina? Y, en consecuencia, la formación, en la mujer, a no ser que ésta infrinja «las reglas sociales» y su «constitución», de tendencias fuertemente masoquistas que logran erotizar las tendencias destructivas dirigidas hacia «adentro». Pues sin duda es preciso asignarle un cierto «papel» en el funcionamiento del par dentro/fuera, que en cierto modo viene a atravesar de nuevo y a confirmar la oposición activo/pasivo. Así, pues, en lo que atañe al «dentro» –el suyo, por supuesto–, la mujer se vería llevada a ser destructiva, toda vez que nada le autorizaría ni la agresión ni la actividad hacia otro dentro o hacia afuera (podría objetarse que no sucede lo mismo con la «actividad» de la lactancia, pero ésta ha sido dejada en suspenso en alguna parte). Por lo tanto, de haber actividad o agresión en la mujer, será connotada de «viril» o de «destructiva». De esta suerte, «el masoquismo es de suyo femenino, como ha llegado a decir *se*». Y como yo (Freud) vuelvo a decirles. «Ahora bien, ¿significa esto que cuando se encuentren con hombres masoquistas (y no puede decirse que escaseen), *no tendrán más remedio* que declarar que presentan en su carácter aspectos claramente femeninos?». Esto parece lo bastante enojoso como para interrumpir la digresión, poner punto y aparte, y concluir que:

«Así, helos aquí dispuestos a reconocer que la psicología en cuanto tal no nos entrega *la clave del misterio* de la feminidad». ¿Quién ha comprendido el proceso de este encadenamiento sino aquel que recibe del mismo una cierta prima de placer? De la que extrae una fuerza que no podrá saldar con facilidad. En efecto, puesto que, una vez admitida la bisexualidad, ¿por qué pararse en seco ante sus implicaciones, sobre todo en lo que atañe al masoquismo masculino? Tal vez el misterio –¿la histeria?– no incumbiría tan sólo a la feminidad, incluso en esta conferencia acerca del envite que ésta constituye. ¿Por qué, entonces, querer reservarle la exclusividad? Como si, para que la argumentación sea posible, la «sexualidad masculina» debiera, ella al menos, imponerse en tanto que manifiestamente definida, definible e incluso practicable.

Así, pues, la psicología no nos entrega la clave del misterio de la feminidad, cámara oscura, caja de caudales, tierra-abismo, sustraída a sus investigaciones. «Sin duda *la luz* nos vendrá de otra parte» (Uno no renuncia tan pronto cuando se ha implicado/empleado en/hasta ese punto una metaforicidad dominada por lo fotológico).

Pero aquella no brotará «sino cuando hayamos aprendido cómo se produce la diferenciación en dos sexos de los seres vivos, un proceso del que ignoramos todo». Pueden estar seguros, pues, de que no será para mañana. Pero no olviden, sin embargo, que de nuevo se les remite a la ciencia para conocer «el misterio de la feminidad».

A no ser que interpreten que este enunciado significa que de la diferenciación en dos sexos asimilarán claramente cuanto atañe a uno de los términos de la diferencia, que habría que considerar tan sólo, o finalmente, como factor variable de una re-marca de la sexualidad –¿pero de cuál?– por su propio proceso. Dicho de otra manera, para que se haga o diga la luz sobre la (llamada) sexualidad femenina, una diferencia que no se tendrá en cuenta –¿a causa de su carácter difícilmente representable?– habría funcionado ya de antemano, de la que se tomará uno de sus elementos –¿pero determinado en referencia a qué?–, término constituido como «origen», cuya diferenciación engendrará, sacará a la luz, al otro. *Lo mismo, re-marcándose* –de más o de menos– produciría así lo otro, cuya función en la diferenciación sería ignorada, olvidada. O remitida a alguna extrapolación, hasta el infinito de alguna mayúscula: la Sexualidad, la Diferencia, el Falo, etc. De esta suerte, hasta el momento lo único que se presentaría claramente articulable sería la historia (de) la práctica de la «sexualidad masculina» respecto a la Sexualidad.

«Y, sin embargo, la dualidad de los sexos es un carácter bastante sorprendente de la vida orgánica, un carácter que diferencia claramente a ésta de la naturaleza inanimada». ¿No estaríamos a este respecto ante una diferencia tan marcada por necesidades de la argumentación? Toda vez que lo heterogéneo se ve reducido en la práctica sexual, ¿no asistiríamos a una proliferación de diferencias, a una compulsión de diferenciación, para que el placer subsista, o por angustia ante la indiferencia, al menos en el arte o la ciencia de la dialéctica?

No obstante «los individuos que, a causa de sus *órganos genitales* femeninos, están caracterizados por su feminidad, *nos* ofrecen ya –a nosotros, hombres (analistas)– *un vasto campo de estudios*. Corresponde (pues) al psicoanálisis, no la descripción de lo que la mujer es –tarea irrealizable– sino la investigación de cómo la niña con tendencias bisexuales *deviene* una mujer». No podemos más que asentir de paso a la imposibilidad de representar(se) exhaustivamente cuanto atañe a la mujer, una determinada economía de la representación, bastante insospechada por el psicoanálisis, en todo caso en el «discurso científico» que pronuncia, que funciona apoyándose en un tributo nunca pagado, ni por lo demás evaluado, a la mujer. Préstamo gracias al cual se ha elaborado la problemática del Ser . De esta suerte, resulta rigurosamente irrealizable *describir el ser* de la mujer . Y en lo que a «investigar cómo la niña con tendencias bisexuales deviene una mujer» se refiere, podremos comenzar asombrándonos, o despertando nuestra sospecha, ante el hecho de que sea preciso *devenir* una mujer –y, por si fuera poco, «normal»– y que esa

«evolución sea más penosa y más complicada» que para devenir un hombre. Cuestión igualmente tributaria de una economía, también de la representación, a la que Freud recurre sin criticarla, sin ponerla suficientemente en tela de juicio, sistemática cuyo sentido se determina con arreglo a paradigmas, unidades de valor , determinadas por sujetos masculinos. De donde se desprende entonces que lo femenino ha de descifrarse como interdicto: en los signos o entre estos, entre significados realizados, entre líneas..., y en función de las necesidades de (re)producción de una moneda sensata fálica, de la que puede inferirse enseguida que habrá de necesitar , a falta del concurso de otro/a, de su otro: una especie de alter ego invertido, o de negativo, también fotográfico, y por ende «negro». Opuesto, contrario, incluso contradictorio, exigidos por la reactivación y el relevo de un proceso de especula(riza)ción del sujeto masculino. Intervención requerida por *estos* efectos de negativo que resultan de, y son movilizables a partir de una censura sobre lo femenino, cuyo resurgimiento será admitido y además prescrito como, mediante ejemplos: *ser/devenir*, *tener/no tener sexo*, *fálico/no fálico* –*pene/clítoris*, pero también *pene/vagina*– *más/menos*, claramente representable/ *continente negro*, *logos/silencio* o palabrería inconsistente, *deseo de la madre/ deseo de ser madre*, etc. Modalidades todas de interpretación de la función de la mujer rigurosamente postuladas por la continuación de una partida en la que ella habrá estado siempre inscrita de antemano, sin que haya comenzado a jugar . Colocada entre –al menos– dos (o dos semi) hombres. Bisagra que se dobla en función de sus intercambios. Reserva (de) *negatividad* que sostiene la articulación de su *paso* en un progreso, en parte ficticio, hacia el dominio del poder. Del saber. En los que ella no contará en lo más mínimo. Fuera de escena, fuera de la representación, fuera de juego, fuera de yo. Potencia en reserva para las operaciones dialécticas venideras. Volveremos sobre la cuestión.

Ahora bien, a propósito de este «devenir mujer» –que consistirá en buena medida en el reconocimiento y la aceptación de su atrofia fálica–, podríamos subrayar, de pasada, que la cuestión apenas será abordada en la elaboración de la teoría analítica de la reducción de las tendencias bisexuales en el hombre. Cuestión sin duda más sutil que cuando se trata de la denominada sexualidad femenina. Pues, ¿qué «órgano» masculino se propondrá al escarnio, como el clítoris? Pene demasiado pequeño para que la *comparación* no acarree una devaluación total, una retirada total de catexis*. Quedan, por supuesto, los senos. Pero estos han de clasificarse entre los

* «Catexis [*Besetzung* (al.), *charge* o *investissement* (fr.), *cathexis* (ingl.), *carica* o *investimento* (it.), *carga* o *investimento* (port.)]. Concepto económico, la catexis hace que cierta energía psíquica se halle unida a una representación o grupo de representaciones, una parte del cuerpo, etc.», Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Editorial Labor, 1983, pp. 49-53. [N. del T.]

caracteres sexuales *secundarios*, llamados secundarios. Lo que justifica, sin duda, que nos interroguemos bastante poco sobre los posibles efectos de su atrofia en el varón. Sin mayor motivo, desde luego. Recuérdese la perplejidad suscitada por la cuestión de la lactancia. Pero parece, en todo caso, que se puede interpretar el hecho de estar desprovisto de matriz como la privación más insoportable del hombre, toda vez que su contribución a la gestación –su función en lo que atañe al origen de la reproducción– se revela entonces menos evidente, pudiendo ser puesta en duda. Indecisión, que se vería paliada por el papel «activo» del hombre en el coito y por el hecho de que marcará *con su nombre propio* el producto de la cópula. De esta suerte, la mujer, sobre cuya intervención en el trabajo de engendramiento de la criatura toda sospecha resulta imposible, se torna en la obrera anónima, la máquina al servicio de un amo-propietario que certificará el producto acabado. Por lo demás, no parece abusivo comprender un buen número de producciones, sobre todo culturales, como una contrapartida, o una búsqueda de equivalentes, de la función de la mujer en la maternidad. Y el deseo que el hombre exhibe de determinar él mismo lo que corresponde al «origen», de (re)producirse de nuevo y siempre él (en tanto que) mismo, son índices que no pueden ser ignorados.

Así, pues, para el hombre no habría ninguna prohibición sobre los sustitutos que permiten realizar tendencias bisexuales, con la condición, sin embargo, de que sean históricamente valorizadas (lo que no es el caso, recuérdelo, del masoquismo. Ni tampoco, podría añadirse, de la homosexualidad pasiva, demasiado lindante sin duda con la representación de la función exigida a la mujer en el coito). Mientras que una represión sobre los deseos llamados fálicos en la mujer la habría mantenido apartada de una eventual participación en la elaboración de lo simbólico, que suscita aún la sospecha y la ironía por parte de los psicoanalistas. Así, por ejemplo:

«En estos últimos años, muchas de nuestras excelentes (?) “colegas” han intentado estudiar esta cuestión (del devenir de la sexualidad femenina), en el transcurso del análisis, lo que nos ha instruido sobre varios puntos». A saber: *su práctica* nos ha aportado algunos datos que dilucidan determinados aspectos de *nuestra teoría*. «Gracias a la diferencia de sexos, nuestras discusiones acerca de la feminidad fueron bastante estimulantes, porque, cada vez que un paralelo parecía mostrarse desfavorable a su sexo, aquellas señoras sospechaban que nosotros, los analistas varones, estábamos llenos de prejuicios profundamente anclados que nos impedían ver con claridad la cuestión y mostrarnos imparciales (!) en lo que atañe a la feminidad. En cambio, pudimos evitar fácilmente toda falta de cortesía (?) permaneciendo en el terreno de la bisexualidad. No teníamos más que decir: “¡Vamos a ver! Eso no tiene nada que ver con ustedes. No se les escapa a ustedes que, desde ese punto de vista, ustedes son una excepción, ¡más viril que femenina!”». Así, pues, al objeto de evitar toda falta de cortesía hacia nuestras excelentes «colegas» susceptibles

de aportarnos algunas aclaraciones sobre aspectos fragmentarios de nuestra teoría, nos bast(ab)a con tratarles explícitamente como *nuestros colegas*, impidiendo así todo paralelismo que pareciera deber ser desfavorable a su sexo. [Sic...]

«Es preciso que nos detengamos a hacer dos constataciones en nuestro estudio de la sexualidad. En primer lugar, observaremos que la constitución, de nuevo, no se somete sin resistencia a la función». Enunciado tal cual algo enigmático, ya que poco antes se ha afirmado que la «constitución propia de la mujer» exigía que ésta reprima toda manifestación de agresividad, represión alentada por las «reglas sociales» y por cierto también por la «función sexual» que le (re)conocemos. ¿Cómo ha de entenderse, entonces, esa proposición? ¿A partir de cuanto sigue a continuación? A saber, por ejemplo, que determinadas precocidades observadas en la niña –dominio más rápido de sus funciones excrementicias, una inteligencia mayor y más viva, mejor disposición hacia el mundo exterior, etc.– ¿no se someterán sin resistencia a la función sexual que tendrá que desempeñar? Se trata de una lectura posible, por más que se vacile a la hora de sostenerla. Por lo demás, las prioridades reconocidas en la niña pequeña son de inmediato interpretadas como «mayor dependencia», «docilidad», «deseo de ternura», o incluso se dirá que se ven contrapesadas por el hecho de que ella «experimenta una catexis de objeto más fuerte». De esta suerte, su precocidad en el dominio de la producción de las heces, del lenguaje, de los intercambios sociales –cuya relación con la producción y la circulación de la moneda no les habrá pasado desapercibida– sería considerada tan sólo como el efecto de su deseo de funcionar a su vez como «mercancía». Sus superioridades infantiles no tendrían otro móvil que el de hacerla aparecer como el valor de uso y de cambio más seductor.

No obstante, y aunque las anteriores observaciones relativas a las ventajas de la niña pequeña no parecen «confirmadas por determinaciones precisas», queda el hecho de que ella ¡«no puede ser considerada, desde el punto de vista intelectual, como una *retrasada*»! Sin embargo –prosigue– «esas diferencias no son muy importantes, pueden verse eclipsadas por variaciones individuales y nada nos impide ignorarlas en lo que atañe al objetivo inmediato que perseguimos». Olvidemos, pues, la embarazosa cuestión que podrían suscitar aquellas precocidades accesorias de la niña pequeña, y el problema de su *devenir*, para atenernos a lo esencial, esto es, al capital.

La segunda comprobación que ha de realizarse en nuestro estudio sobre la sexualidad consiste en el hecho de que «los puntos de inflexión decisivos (de su historia) son preparados o atravesados desde antes de la pubertad». Esta segunda observación, y certificación, está tan poco argumentada como la primera. En todo caso en el momento de su exposición. Evidentemente, puede considerarse todo el resto del texto –todo el texto de Freud por lo demás– como si demostrara su pertinencia.

cia: el papel del complejo de castración en el «devenir (de la) mujer» interviene mucho antes de la pubertad. No obstante, tal vez no resulte inútil sorprenderse de que la partida esté jugada, o al menos dirimida, antes de que la reproducción –cuya precedencia hemos vislumbrado, implícita o explícita, en esta teoría de la sexualidad– sea efectivamente posible y materialmente realizable. Así, pues, hay que concluir de nuevo que esta preeminencia encuentra su racionalidad en otro lugar o de otra manera. Por otra parte, las características femeninas cultural, social y económicamente valorizadas están correlacionadas con la maternidad y con los cuidados maternos: lactancia de la criatura, restauración del hombre. De esta suerte, la niña pequeña no tiene, a los ojos de una determinada ideología dominante, *ningún valor*. Además, conforme a la afirmación de Freud, a la edad en la que surge enérgicamente en la niña pequeña el complejo de castración, «la vagina, esencialmente femenina, no ha sido descubierta». De este suerte, viene a decirse que todo estaría decidido de antemano en lo que atañe al rol otorgado a la mujer, y sobre todo en lo que atañe a las representaciones que se le proponen y se le prestan, antes incluso de que la especificidad socialmente reconocida de su intervención en la economía sexual sea practicable, y antes de que tenga acceso a un goce singular, «esencialmente femenino». Comprendemos que aparezca entonces como «carente de», «desprovista de», «envidiosa de», «celosa de»... ¿De qué?

* * *

Los individuos de ambos sexos parecen atravesar *de la misma manera* los primeros estadios de la libido... Contra toda expectativa, la niña pequeña, en el estadio sádico-anal, no manifiesta *menos agresividad que* el niño pequeño... Los impulsos agresivos de la niña pequeña no son ni *menos vivos* ni *menos numerosos* (que los del niño pequeño)... Desde el comienzo de la fase fálica, *las similitudes son infinitamente más marcadas que las divergencias*... LA NIÑA PEQUEÑA ES ENTONCES UN HOMBRECITO... La niña pequeña se sirve, con la *misma meta* (que el niño pequeño), de su clítoris *más pequeño aún... equivalente* del pene... el hombre *más favorecido* (que ella)... cómo evoluciona de la fase viril a la fase femenina... Durante esta fase (preedípica, «viril») *todo* cuanto se encontrará más tarde en la situación edípica *existe ya y sólo* a continuación *será transferido* a la persona del padre (?!)... la *diferenciación ulterior* de los sexos... la niña pequeña que había vivido entonces *como un niño pequeño*... la *comparación* con el niño... actividad *más parecida* a la del varón... regresar hacia el *antiguo complejo de virilidad*... manifestaciones residuales de la *virilidad primitiva*... la libido sufre una represión *mayor*... la naturaleza tiene *menos* en cuenta sus exigencias *que* en el caso de la virilidad... narcisismo *más desarrollado*... *más celosa*... las mujeres tienen *menos* intereses sociales *que* los hombres,

y en ellas la facultad de sublimar los instintos permanece *más débil*... En lo que atañe al interés social, la *inferioridad* de la mujer (en relación con el hombre)... Poniendo *en paralelo* los desarrollos del niño y de la niña pequeña, encontramos que esta última debe, para *devenir una mujer* normal (?), experimentar una evolución *más penosa y más complicada* y superar dos dificultades que no tienen sus *equivalentes* en el niño⁵...

Así, pues, debemos admitir que LA NIÑA PEQUEÑA ES ENTONCES UN HOMBRECITO. ¡Un hombrecito que sufrirá una evolución más penosa y más complicada que el niño pequeño para devenir una mujer normal!... Un hombrecito con un pene más pequeño. Un hombrecito desfavorecido. Un hombrecito cuya libido sufrirá una represión mayor y cuya facultad de sublimar los instintos permanecerá, sin embargo, más débil. Cuya naturaleza tendrá menos en cuenta sus exigencias y que, sin embargo, no participará de la cultura. Un hombrecito más narcisista a causa de la mediocridad de sus órganos genitales (?). Más púdico, porque siente vergüenza de esa comparación desfavorable. Más envidioso y celoso, porque está peor dotado. Sin inclinación por los intereses sociales compartidos por los hombres. Un hombrecito que no tendría mayor deseo que ser, o seguir siendo, un hombre.

De este modo, Freud descubre –conforme todavía a una especie de retorno ciego de lo reprimido– algunas cartas que subtienden, ocultas de diferentes maneras, guardadas en un bote o en la bodega, el envite, los valores, la jerarquía de valores, de la partida, de todas las partidas: el deseo de lo mismo, de lo idéntico a sí mismo, del sí (como) mismo, e incluso de lo semejante, del alter ego y, todo hay que decirlo, del auto... y del homo... del hombre domina la economía de la representación. La «diferencia sexual» es tributaria de una problemática de lo mismo, está aún y siempre determinada en el interior del proyecto, de la proyección, de la esfera de la representación, de lo mismo. La «diferenciación» en dos sexos parte del a priori de lo mismo: el hombrecito que es la niña pequeña que ha de devenir un hombre menos ciertos atributos –cuyo paradigma es morfológico– susceptibles de determinar, y de asegurar, la reproducción-especularización de lo mismo. Un hombre menos la posibilidad de (re)presentarse como hombre = una mujer normal. En este deseo proliferante de lo mismo, la muerte será el único representante de un afuera, de un heterogéneo, de un otro: la mujer asegurará la función de representante de la muerte (del sexo), de la castración, cuyo dominio, cuyo sometimiento se asegurará así el hombre mientras pueda, triunfando sobre la angustia (de muerte) en el coito, sosteniendo el goce a pesar de, o gracias al horror de la contigüidad con la ausencia de sexo, la mortificación del sexo, que evoca la mujer; la prueba del coito tendrá, además, como horizonte teleológico la prenda de una regeneración indefinida, de una re-producción de lo *mis-*

⁵ Todos estos enunciados pueden encontrarse en el texto de Freud sobre «La feminité», cit.

mo que desafiaba a la muerte, en la procreación del *hijo*, este mismo que el padre procreador. Testimonio, para sí y para los otros, del carácter imperecedero y garante del relevo de la identidad consigo mismo del varón en ciernes.

No hemos acabado de enumerar, ni desde luego de interpretar, los rostros, las formas, las morfologías, que puede cobrar este viejo sueño de lo «mismo» que ha desafiado a los adivinos más clarividentes, hasta el punto de que su *método* no se ha interrogado acerca del crédito que aquel siempre le ha merecido. Los intérpretes de los sueños, por su parte, no tenían otro deseo que el de recobrar lo mismo. En todas partes. Y, desde luego, él insistía. Pero la *interpretación*, en consecuencia, ¿no era presa a su vez de ese sueño de identidad, de equivalencia, de analogía, de homología, de simetría, de comparación, de imitación, etc., más o menos *adecuada*, es decir, más o menos *buena*? ¿Hasta el punto de que los intérpretes más hábiles serían, al fin y al cabo, los soñadores más dotados, más inventivos y más inspirados por cuanto era susceptible de perpetuar o incluso de reactivar el deseo de lo mismo?

Pero cuando este último llega a decirse, a teorizarse y a prescribirse en nombre mismo, en lugar mismo de la relación entre los sexos, de la diferencia sexual, parece entonces que el paroxismo de esa demostración, de esa exhibición, anuncia el cuestionamiento de su postulado. Requerido por todas las figuras de la ontología, el a priori de lo mismo podía mantenerse a costa de una expatriación, de una extrapolación, de una expropiación, en cierto modo teo-lógica. Puesto en escena por el hombre, pero no atribuido directamente a él. Remitido a alguna transcendencia que se supone que capitaliza los intereses de la operación. Pero que el hombre sea explícitamente presentado como patrón de lo mismo, que se interprete así lo que siempre subtendía, enmascarado, el deseo de lo mismo –el autoerotismo más o menos diferido, diferenciado, en representaciones autológicas u homólogas de un «sujeto» (masculino)– y el proyecto de la representación se ve confundido en sus rodeos y sus justificaciones ideales. El placer que el hombre extrae de ello aparece. Al mismo tiempo que se impone la pregunta: ¿por qué ese placer debe estarle reservado?

De esta suerte, Freud asestaría al menos *dos golpes* a la escena de la representación. Uno, en cierto modo, directo, cuando hace fracasar una determinada concepción del presente, de la presencia, cuando hace hincapié en la posterioridad (*après-coup*; *Nachträglichkeit*), la sobredeterminación, el automatismo de repetición, la pulsión de muerte, etc., o cuando indica, en su práctica, el impacto de los denominados mecanismos inconscientes sobre el discurso del «sujeto». El otro, más ciego e indirecto, cuando –prisionero a su vez de una determinada economía del logos, de una determinada lógica, particularmente la del «deseo», cuyo vínculo con la filosofía clásica él ignora– define la diferencia sexual en función del a priori de lo mismo, recurriendo, para apuntalar su demostración, a los procedimientos de siempre:

la analogía, la comparación, la simetría, las oposiciones dicotómicas, etc. Cuando, como parte interesada de una «ideología» que no pone en tela de juicio, afirma que el goce supuestamente masculino es el paradigma de todo goce, que toda representación del placer no puede sino referirse a aquel, contrastarse con aquel y someterse a aquel. Lo que, sin duda, para seguir siendo eficaz, ¡debía al menos permanecer oculto! Exhibiendo ese «síntoma», ese punto de crisis de la metafísica en la que viene a exponerse la «indiferencia» sexual que aseguraba su coherencia y su «clausura», Freud lo propone para el análisis. De tal suerte que su texto se da a entender, a leer, como la re-marca sin duda más pertinente de un viejo sueño de auto..., nunca interpretado.

Así, pues, para Freud los individuos de ambos sexos parecen atravesar *de la misma manera* los primeros estadios de la libido. Agresividad tan grande de la niña pequeña en el estadio sádico-anal (¿no prohibido aún por su «constitución»?). Y desde el comienzo de la fase fálica, la niña pequeña es un hombrecito. ¿Cómo podría ser de otra manera? Toda vez que el acceso al estadio fálico significa el acceso al placer procurado por el falo que designa, incluso en su dominio en el significante, el «sexo masculino». Freud tiene razón, pues, cuando dice que en el estadio fálico la niña pequeña es un niño. Ahora bien, ¿por qué describe ese «estadio» como una etapa necesaria para «convertirse en una mujer normal»? Y más aún, ¿por qué, si hay estadios, no se habla nunca, por ejemplos, de estadio vulvar, de estadio vaginal, de estadio uterino, a propósito de la sexualidad femenina?

De esta suerte, en el estadio fálico la niña pequeña va en busca de un equivalente posible del pene, susceptible de «procurarle voluptuosas sensaciones». Ella lo encuentra en el clítoris, pene más pequeño que el pequeño pene del niño pequeño. Y, en ella, *todos* los actos masturbatorios interesarían a ese órgano comparable a un pene pequeñísimo. Mientras que «la vagina, esencialmente femenina, no ha sido aún descubierta por ninguno de los dos sexos»⁶. Otro tanto sucede, por lo demás, con los labios, ninguno de los labios, ni la vulva, que sin embargo son muy accesibles, y cuya sensibilidad no ha podido dejar de ser descubierta por la niña pequeña. Por los cuidados de la madre, por el frotamiento de los pañales o de las bragas, por la mano que busca el «pequeño pene». Para Freud, el placer obtenido por el tacto, la caricia, la leve abertura de los labios, de la vulva, sencillamente no existe. Lo ignora, o no quiere saber nada de ello. Ni en ese «estadio» ni más tarde. Y del mismo modo no evocará el placer vinculado a la sensibilidad de la pared posterior

⁶ El carácter «esencialmente varonil» de la sexualidad de las niñas pequeñas y el papel exclusivo del clítoris en esta última son desarrollados de nuevo por Freud en los *Trois essais sur la sexualité*, y en particular en S. Freud, «Les transformations de la puberté», París, Gallimard, [ed. cast.: *Tres ensayos sobre teoría sexual y otros escritos*, «La metamorfosis de la pubertad», Madrid, Alianza, 2003].

de la vagina, de los senos, del cuello del útero... ¿Se tratará, seguramente, de órganos que carecen de parámetros masculinos?

En todo caso, pretende que «durante la fase fálica, podemos estar *seguros* de que el clítoris constituye cabalmente la zona erógena preponderante» y que, aunque «algunos»⁷ hablan de sensaciones vaginales precoces, (1) parece bastante difícil diferenciarlas de las sensaciones anales o vestibulares, que no parecen ser dignas de que se les preste atención... (2) no podrían *en ningún caso* desempeñar un gran papel. Son éstas afirmaciones cuyo tono perentorio, tajante, bien podrían evocar la denegación, la conjuración. ¿Por qué Freud quiere que sólo el clítoris se vea afectado por la masturbación de la niña pequeña, contra toda evidencia por lo demás? ¿Por qué, en la fase fálica, sólo el clítoris es reconocido como erógeno para la niña pequeña? ¿Por qué llamar estadio «fálico», para la niña pequeña, a un momento en el que el descubrimiento por parte de ésta de su sensibilidad erógena es o sería tan parcial, tan pobre? ¿Por qué amputar los órganos genitales femeninos de algunas de sus partes, que no son necesariamente las menos erotizables? ¿Y por qué no considerar más que aquellas que tendrían su fiador, su razón de ser, en el sexo masculino? ¿O incluso sólo aquellas que corresponden a la representación que del deseo sexual puede tener el hombre?

Así, pues, en el estadio fálico, el niño pequeño se entrega a la masturbación. Y por consiguiente también la niña, que se «sirve a tal objeto» de un supuesto equivalente del pene: el clítoris. Ambos hacen lo mismo, más o menos bien. «Pero ese estado no es estacionario: a medida que *se forma* (?) la feminidad, el clítoris debe ceder toda o parte de su sensibilidad, y con ésta su importancia, a la vagina. Allí reside justamente una de las dos dificultades que la mujer está obligada a superar durante su evolución, mientras que el hombre, más favorecido, sólo tiene que continuar durante su madurez sexual aquello que ha iniciado durante el periodo de su primera eclosión sexual». Entiéndase, si así se quiere, que la niña pequeña practicará un onanismo a su medida, mientras que éste no estará prohibido para el niño ni éste se expondrá a la angustia de la castración si perservera en esa actividad. Llegará entonces el momento en el que deberá «formarse» la feminidad, de tal suerte que la vagina se tornará en el instrumento indispensable para el placer masculino. Es una interpretación posible. Porque, por lo demás, si cuesta comprender –salvo por necesidades de la argumentación– por qué en el onanismo la niña pequeña tan sólo se interesaría por el clítoris, nada tiene de evidente que éste deba ceder su «sensibilidad» y por ende su «importancia» a la vagina. Estos dos órganos no se sustituyen mutuamente, sino que participan, entre otros, y con sen-

⁷ Habrá que referirse, a este respecto, al debate entre Karen Horney, Melanie Klein, Ernest Jones y Freud, relativo al devenir sexual de la mujer.

sibilidades específicas, en el goce de la mujer⁸. Podríamos llegar a la conclusión de que la niña pequeña no «se» masturbará, sino que masturbará un equivalente del pene⁹, del mismo modo que la mujer no tendrá acceso a un placer femenino, placer diferenciado en función de *sus* órganos sexuales, sino que su vagina sustituirá a su debido tiempo a la mano proscrita del niño pequeño. Habida cuenta de que, para ella, el cambio de zona erógena está determinado por las vicisitudes de la masturbación del pene. Mientras que el hombre, más favorecido, sólo tiene que continuar durante su madurez sexual lo que inició durante el periodo de su primera eclosión sexual.

La segunda dificultad que tendría que vencer la niña pequeña para devenir mujer sería lo que Freud llama el *cambio de objeto*. «El primer objeto de amor del niño pequeño es su madre, a la que ha permanecido fijado durante la formación del complejo de Edipo y, en definitiva, DURANTE TODA LA VIDA. Para la niña el primer objeto es también la madre o las personas que la reemplazan: nodriza, niñera, etc. Las primeras catexis de objeto tienen su origen en la satisfacción de las necesidades vitales esenciales, siendo los cuidados son *idénticos* para las criaturas de ambos sexos. Sin embargo, en la situación edípica, la niña traslada su amor a su padre y debe, cuando la evolución se produce *con normalidad*, pasar del objeto paternal a la elección de objeto definitiva. De este modo, se ve obligada a cambiar de zona erógena y de objeto». Se trata, pues, de preguntarse –siempre entre hombres– «cómo se efectúa esa transformación, por qué la niña, primitivamente unida a su madre, se une luego a su padre, dicho de otra manera, cómo evoluciona de la fase *viril* hacia la fase femenina a la que está *biológicamente destinada*».

No sirve de gran cosa reiterar una cierta perplejidad ante tales enunciados, inclusive en lo que tienen de imperioso, de normativos, de moralizantes ([...] ella *debe*, cuando la evolución se produce *con normalidad*..., ella se ve de tal suerte *obligada*... la fase femenina a la que está biológicamente *destinada*). Aventuremos tan sólo algunas cuestiones, listas para ser rechazadas de tan impertinentes y vanas que parecen ante una suerte tan inexorablemente decidida. (1) Si el hombre permanece fijado a su primer objeto de amor, a su *madre*, durante toda su vida, ¿cuál será la función de la *mujer* en su economía sexual? ¿Habrà alguna vez algún tipo de relación entre los sexos? ¿O incluso se desprenderá alguna vez el deseo de un puro y

⁸ El papel de «tacos de leña que sirven para facilitar la quema de la madera *más dura*» que Freud asigna al clítoris en una sexualidad femenina adulta parece de nuevo *calcado* sobre una representación que el hombre se forma del deseo de la mujer. ¿Conforme, sin duda, a su deseo? Cfr., S. Freud, *Trois essais sur la théorie de la sexualité*, «Les transformations de la puberté», cit., pp. 130-131.

⁹ Tan ambigua como ésta es la siguiente frase de Freud: «[...] el reconocimiento de una diferencia anatómica entre los sexos aparta a la niña pequeña de la masculinidad y del *onanismo masculino*», S. Freud, *La vie sexuelle*, «Différence anatomique entre les sexes», cit., p. 130.

simple automatismo de repetición?¹⁰ (2) Si la mujer debe, para corresponder al deseo del hombre, desempeñar el papel de identificarse con la madre de éste, él será con algún fundamento *el hermano de sus hijos*, de tal suerte que tendrá el mismo (tipo de) objeto de amor: materno. ¿Cómo se planteará y se resolverá entonces *la cuestión del complejo de Edipo*, que es para Freud el eje de estructuración de la diferencia sexual?¹¹ (3) ¿Por qué el *trabajo* del devenir de la sexualidad incumbe a la mujer?¹² ¿Y cuál es al fin y al cabo el envite de ese trabajo: que aquella pase a ser como *su suegra*?¹³ (No se rían antes de tiempo). ¿A quién beneficia ese trabajo? (4) Así, pues, se trataría para la mujer de renunciar a su primer objeto de amor para ajustarse al del hombre. De no tener ya más deseo que el de ser *lo más semejante posible al objeto de siempre del deseo del hombre*, de tal suerte que su placer es correlativo del éxito de esa operación. No habrá, pues, más que *un tropismo*, y *un* objeto de deseo o de placer en juego, y no una relación, un juego, entre *dos* deseos. Lo que explica, por otra parte, que Freud pueda hablar de «objeto» del deseo. (5) ¿Por qué Freud llama fase *viril* a la fase en la que la niña pequeña ama, desea a su madre? ¿No elude así la singularidad de la relación del retoño hembra con su madre y con la maternidad, al tiempo que, y de otro modo, elimina del campo de la conciencia, por otra parte, la originalidad de un deseo entre mujeres?¹⁴ Devolviendo todas las modalidades específicas de la libido al deseo del hombre por la mujer –madre, o del hombre –niña pequeña en «fase viril», niña = niño, etc.– por el falo (representado aquí por la madre «fálica»). ¿Del hombre por el hombre? Más exactamente, del falo por el falo. (6) En la evolución hacia la «fase femenina», Freud apela al «destino biológico», expresión a la cual le veremos recurrir en contadas

¹⁰ ¿Se explicaría así la insistencia de la problemática del origen? El «rodeo» más sutil «tomado por la vida en su carrera hacia la muerte» –cfr. S. Freud, «Au-delà du principe de plaisir», *Essais de psychanalyse*, París, Petite bibliothèque Payot, p. 49 [ed. cast.: *Psicología de las masas: Más allá del principio del placer; El porvenir de la Ilusión*, Madrid, Alianza, 2005]– consistiría en repetir, librándole progresivamente de la materialidad de su comienzo, el vínculo con el lugar originario de la concepción. En borrar el nacimiento en un amor infinito de la idealidad (del) Otro.

¹¹ Dicho de otra manera, el complejo de Edipo no serviría para articular la diferencia de los sexos, sino para introducir la ley –sociosimbólica– del padre. Éste ama para siempre su primer objeto, pero el lenguaje se interpone entre él y ese «objeto» imposible, porque ha sido elevado a la dignidad de un ideal que (re)confirma la ley de funcionamiento del logos en cuanto tal: lo que torna impracticable la relación sexual.

¹² ¿Y qué pensar además del valor del que goza el falo –el Falo–, que por su parte procede también del borrado del trabajo de la génesis del «devenir mujer»?

¹³ ¿Hace falta recordar a este respecto que el personaje tradicionalmente detestado, despreciado, caricaturizado, es la madre de la mujer? ¿La que más amenaza la nostalgia que el hombre tiene de su propia madre?

¹⁴ Este problema de la homosexualidad femenina será desarrollado más adelante.

ocasiones para hablar de sexualidad masculina y que remite, una vez más, al «destino» materno de la mujer¹⁵. Ahora bien, ¿cabe denegación más evidente o conjura más explícita del carácter autoerótico, homosexual, o incluso fetichista, de la relación del hombre con la mujer que la preponderancia concedida a la producción de los hijos? El recurso al naturalismo biológico, a la objetividad fisiológica, ¿no vienen a ocultar la fantasmática que domina la economía sexual de la pareja? A no ser que haya que entender con ello una reducción por el «destino» de la omnipotencia materna. Puesto que, como sabemos, las dos sintomáticas imaginarias no se excluyen en ningún aspecto.

«¡Qué sencillo nos parecería todo ello si tan sólo admitiéramos que, a partir de determinada edad, se manifiesta la atracción por el sexo opuesto, empujando a la niña pequeña hacia el *hombre* y, en virtud de la misma ley, al niño pequeño hacia *su madre!*». En efecto, qué sencillo sería si una misma ley pudiera sancionar relaciones tan diferentes como la de la chiquilla con el hombre, y la del niño pequeño con su madre... Ahora bien, ¿cómo formular esa ley? Una ley que, claro está, no es aquella, a «una determinada edad, de la atracción por el sexo opuesto». Salvo, tal vez, dicho en tales términos, para la chiquilla «devenida mujer». Que habría tenido, a tal objeto, que resolver la cuestión de su relación con lo originario –así como la de su deseo (de lo) original o del origen (de) su deseo–, e incluso desplazar-superar su placer autoerótico, homosexual, «sublimar» sus pulsiones parciales, etc. Por su parte, el hombre permanecería polarizado por su relación con el origen. Tanto en la escena de la representación, en la que nos es conocida la insistencia secular de esta cuestión de principio, y la tentativa siempre reanudada de «revelarla», como en su práctica sexual, en la que su deseo más violento, y también el más recurrente, es el de desflorar a la mujer-su madre (hasta el punto de que la relación entre ambas escenas es evidente y sin embargo exige a la vez para su interpretación un cierto desvío por el ideal; volveremos sobre esta cuestión). De esta suerte, la virginidad, representada por el himen, sería así lo que permite, en su figuración de lo *imposible*, en su papel casi de *denegación*, el incesto (ella no es mi madre, porque... todavía no es madre)¹⁶.

Pero, por supuesto, el recorrido propuesto a los dos sexos no es el *mismo*, y no puede obedecer a la *misma* ley, como quisiera Freud. A lo sumo a la ley misma, a la

¹⁵ Se apelará asimismo al «destino biológico» para justificar la castración de la mujer. «¿Qué podemos hacer al respecto?», escribe Freud sirviéndose de un dicho de Napoleón...: «La anatomía es el destino». (Cfr. *La vie sexuelle*, cit., «La disparition du complexe d'Oedipe», p. 121.)

¹⁶ Sería ésta otra interpretación posible del «Tabú de la virginidad» – cfr. *La vie sexuelle*, cit. –, de tal suerte que el himen sería el velo que oculta el misterio de la apropiación de la madre. Es sabido lo que esto puede acarrear en forma de proliferación de fetiches, que difieren la prueba de la potencia/impotencia sexual.

ley de lo mismo, que exige que la chiquilla abandone su relación con el origen, su fantasmática (de lo) originari(o)a, para pasar a inscribirse en la relación y en la fantasmática del hombre, que en lo sucesivo se tornan en el «origen» de su propio deseo. Dicho de otra manera, la mujer no tendrá más relación con el origen que aquella sometida al poder de mando de la del hombre. Perdida, descarriada, enloquecida, si no llega a *afiliarse* a ese deseo, *primero*, masculino. Lo que se traduce, sobre todo, por el hecho de que ella debe renunciar a sus marcas de ascendencia para registrarse con las iniciales del linaje del hombre. Abandonando su familia, su «casa», su nombre –por cierto ya patronímico–, su árbol genealógico, por los de su marido. Y sin duda sería muy interesante plantear en tales términos la cuestión del «falo» y de su poder: éste no sería tan sólo el significante privilegiado del pene ni siquiera de la potencia o del goce, salvo que se vea interpretado como *apropiación de la relación con el origen, del deseo (de) origen*. El tropismo, así como la competencia, se ejercen allí efectivamente entre el hombre y la/su madre. De esta suerte, la mujer está inequívocamente castrada respecto a esa economía.

Pero a su vez se ve reducida la diferencia sexual. Y por más que Freud continúe confesando su decepción ante el hecho de que los hijos no siguen, unívocamente, el camino de la preferencia sexual consentido a los padres –lo que le conduce a «dudar de esa forma misteriosa, *indescomponible analíticamente*, de la que tanto hablan los poetas» (!) –, podemos objetarle que la inclinación del niño por su madre y de la niña por el hombre, e incluso por su padre, no se reducen sencillamente a la atracción de un sexo por aquél que –dice– sería su «opuesto». Puesto que si ésta –y siempre según Freud– deja que el niño se entregue a sus amores originales, exige que la niña se aparte de los mismos. De donde se desprende un largo razonamiento en el que Freud debe demostrar cómo, por qué, ... ¡la chiquilla va a pasar , en lo que atañe a su madre, del amor al odio!

* * *

«Ustedes saben, por supuesto, que un gran número de mujeres permanecen tíernameamente apegadas durante mucho tiempo al objeto paterno, e incluso al padre mismo». Ahora bien, si interrogamos esa fijación intensa y duradera, nos vemos llevados a hacer «comprobaciones realmente *sorprendentes*», a saber, la importancia, la duración, las consecuencias, ... de la fase de fijación de la chiquilla con su madre, que *no habíamos supuesto*. Nosotros, Freud. Esta «fase» puede extenderse más allá del cuarto año y «*todo cuanto se encontrará más tarde en la situación edípica existe en la misma, siendo tan sólo transferido más tarde a la persona del padre*». Así, pues, ¿el amor y el deseo del padre repetirían, re-presentarían aquellos experimentados hacia la madre, *menos algo* que permitiría su transferencia, su desplazamiento? El origen del

amor, del deseo, permanecería inequívoca e implícitamente ligado a la madre. La metaforización primaria del deseo parecería en efecto, a juicio de Freud, correlativa de lo que éste llama el «objeto materno». Y no del padre en cuanto tal, que no sería más que soporte de un desplazamiento de la libido. Ni tampoco de la relación *entre* el padre y la madre, un hombre y una mujer, esto es, de la diferencia sexual.

Si nos preguntamos, ahora, acerca de los sentimientos libidinales de la niña hacia su madre, comprobamos «que son múltiples, y que persisten durante las tres “fases” de la sexualidad infantil y cobran los caracteres de cada una de éstas expresándose mediante deseos orales, sádico-anales y fálicos. Estos deseos traducen emociones activas o pasivas y si llegamos a relacionarlas con la *diferenciación ulterior de los sexos* (?) (lo que, por lo demás, conviene evitar en la medida de lo posible) podemos con razón calificarlos ya de viriles, ya de femeninos. No siempre es fácil formular en qué consisten esos deseos sexuales. Entre los deseos más nítidamente perceptibles se encuentra el de hacer un hijo a su madre y tener un hijo suyo; ambos deseos datan del periodo fálico y su presencia, por más sorprendente que resulte, nos es demostrada de manera formal por la observación analítica».

Uno de los dos deseos puede interpretarse como el hecho de que, en el periodo fálico, la niña pequeña es un niño y por lo tanto, puede desear con su pequeño pene, hacer un hijo a su madre (lo que implica, por otra parte, que se confunda en un mismo falismo: erección, penetración en la madre y fecundación de la madre). En lo que respecta a quedarse embarazada de dicha madre, resulta ya más problemático en la configuración imaginaria de aquel «estadio» tal y como es descrito por Freud. Porque ello supondría que la niña pequeña no es simplemente un niño, que la bisexualidad está ya manos a la obra en su economía libidinal, y que ella puede en tanto que niña desear un hijo de su madre fálica al mismo tiempo que, en tanto que portadora de un pequeño pene, desea verificar su potencia haciendo un hijo a su madre. Ello prueba, en todo caso, que ella conoce ya un tropismo al mismo tiempo *centrípeto y centrífugo*, y que su *órgano sexual de referencia no es tan sólo el clítoris*.

Por otra parte, cabe lamentar que Freud no haya sugerido el sexo del niño-entente entre madre e hija, como hace en otras ocasiones («¡Qué felicidad cuando ese deseo infantil –de tener un hijo del padre– se realiza más tarde, sobre todo si el recién nacido es *un niño* que trae el tan ansiado pene!»)¹⁷. Podemos formular la hipótesis de que el hijo deseado en la relación con la madre sería más bien una hija si la chiquilla es valorizada, por poco que sea, en su feminidad. El deseo de esta hija concebida con la madre significaría un deseo, para la chiquilla, de *repetir-representar su propio nacimiento*, la separación de su «cuerpo» del de la madre. De esta suerte, el engendramiento de un cuerpo de niña, la introducción de un tercer cuerpo de

¹⁷ Cfr. S. Freud, «La feminité», cit., p.169.

mujer, le permite identificarse, e identificar a su madre, como cuerpos sexuados (de) mujer. Como *dos* mujeres, que se definen como semejantes y diferentes, gracias a un tercer «cuerpo» deseado entre ellas como «femenino»¹⁸. Paliando así la indiferenciación de la hija con respecto a su madre y a la función materna, inevitable si el deseo (de) origen no se refiere a la relación entre un hombre y una *mujer*, implicando una representación valorizada de la feminidad –y no sólo de la maternidad– en la que podrá inscribirse el devenir mujer de la chiquilla. Dicho de otra manera, el fantasma de esa mujer-hija concebida por madre e hija significaría el deseo de la chiquilla, e incluso de su madre, de poder representarse como cuerpo de mujer deseado, deseable. Lo que sin embargo no equivaldría a decir «fálico». Pero esto exigiría repetir-desplazar la función materna tal y como es catexizada por el hombre.

Si el hijo deseado por la chiquilla es un niño, cabe suponer que desea producirse-representarse como niño. O incluso que, con su madre – ¿cómo su madre? –, desea apropiarse además del papel del padre en la procreación: dos mujeres bastan para engendrar, y para engendrar un representante del padre. La potencia de éste sería así, imaginariamente, dominada.

Antes de abandonar este fantasma del hijo concebido con la madre, cabe preguntarse por qué Freud hace que intervenga tan sólo en el estadio fálico. Y no, también, en los estadios oral, anal. Mientras que insiste, por otra parte, en la asimilación, en el imaginario infantil, de la producción del hijo y de los excrementos. «Uno come una determinada cosa y eso hace que tengas un niño»¹⁹. Uno bebe la leche de la madre, y le hace, ella te hace, un niño.

Otra variante de la relación preedípica con la madre: «el miedo de ser asesinado o envenenado, germen de una enfermedad paranoica ulterior». Podemos observar de nuevo aquí que la metafóricidad empleada atañe especialmente al «cuerpo» –«asesinado», «envenenado»– y nos gustaría que Freud hubiera desarrollado un poco la articulación cuerpo/sexo, sobre todo en la relación arcaica del hijo con su madre, pero también en toda su «teoría», en la que parece que un cierto sexualismo oblitera la materialidad del «cuerpo sexuado»²⁰. Que la idea –la Idea– del sexo o en todo caso de la función sexual determina, por una parte, el «discurso» freudiano. Lo que desde luego no deja de modificar la economía de la Idea, pero tampoco de colocar el sexo en la trampa de un logos, de una lógica, que siguen siendo tributarios del *eidos* y sus vicisitudes. Y desde luego no es casual que esa observa-

¹⁸ Versión «diferente» del argumento del tercer hombre...

¹⁹ S. Freud, «Les théories sexuelles infantiles», *La vie sexuelle*, cit., p. 22.

²⁰ ¿Estaría éste reservado a los estadios de las pulsiones parciales? ¿Y el carácter «inmortal» de la simiente –determinante para Freud en «la función sexual»– habría acarreado una idealización de la sexualidad genital?

ción se imponga a propósito de la paranoia, o del miedo de ser asesinado, envenenado, por la madre. La sistematicidad de la paranoia –¿de la teoría?– aparece de hecho como un recurso para dominar , rodeando, cercando, cercenando, desviando-deformando como conjunto organizado de significantes el peligroso cuerpo (a cuerpo con) la madre. Pasado, pasando, de nuevo y siempre en/por el lenguaje. Oral. Que, así como y de distinta manera que el seno, que la leche de la madre es, por lo tanto, susceptible de alimentar pero también de matar , de violar, de envenenar el cuerpo sexuado del hijo.

El deseo de la chiquilla de hacer un hijo a su madre o de tener uno de ella, o incluso el miedo de ser asesinado, envenenado, en la relación preedípica con la madre, son descubrimientos «*sorprendentes*» que constituyen el «atractivo» de la práctica y de las investigaciones analíticas.

Añadamos otra revelación, que «*tantas horas penosas hizo pasar*» a Freud:

«En la época en la que nos consagrábamos sobre todo a descubrir los traumatismos sexuales de la infancia, casi todas mis pacientes *me* declaraban haber sido seducidas por su padre. Llegué finalmente a la conclusión de que aquellas alegaciones eran *falsas*, y supe *así* que los síntomas histéricos derivaban no de hechos *reales* sino de *fantasmas*».

Imaginemos que un individuo *x* del sexo masculino, de una edad madura como se suele decir , utiliza con ustedes ese lenguaje: « *tantas horas penosas hizo pasar*», «casi todas mis pacientes *me* declaraban haber sido seducidas por su *padre*», «llegué finalmente a la conclusión de que aquellas alegaciones eran *falsas*», «supe *así* que los síntomas histéricos derivaban no de hechos *reales* sino de *fantasmas*».Y dejemos la interpretación a la discreción de cada analista, aunque lo fuera como analista improvisado para esta ocasión. Sería incluso deseable que así lo fuera, pues de lo contrario correría el peligro de haber sido ya seducido, con independencia de su sexo, o de su género, por el *padre* del psicoanálisis.

Por supuesto, esta seducción se arroja, en la práctica o en la teoría, con un enunciado normativo, con una *ley*, que la deniega. Así: «sólo más tarde me di cuenta de que ese fantasma de seducción por parte del padre era, en la mujer , *la expresión del complejo de Edipo típico* ». Resultaría demasiado aventurado, al parecer, admitir que el padre puede ser seductor , e incluso eventualmente que desea tener una hija *para* seducirla. Que desea hacerse analista para ejercer una *seducción duradera sobre la histérica* mediante hipnosis, sugestión, transferencia e interpretación en lo concerniente tanto a la economía sexual como a las representaciones sexuales proscritas, prohibidas²¹. Hay que pasar por la ley que reha-

²¹ Lo que podrá compararse con los efectos de sugestión y de sometimiento duraderos a consecuencia de la desfloración. Cfr. S. Freud, «Le tabou de la virginité», *La vie sexuelle*, cit.

bilita la operación. Pero, por supuesto, si, bajo la cobertura de la ley puede ahora practicarse la seducción con toda tranquilidad, resulta igualmente urgente la interrogación de *la función seductora de la ley misma*. Y su papel en la producción de fantasmas. La ley, suspendiendo la realización de un deseo seducido, organiza, dispone el universo fantasmático en la misma medida en que lo prohíbe, lo interpreta, lo simboliza.

De esta suerte, no es sencillamente cierto, ni por otra parte completamente falso, pretender que la chiquilla tiene fantasmas en los que se ve seducida por su padre, porque resulta igualmente pertinente admitir que *el padre seduce a su hija* pero que, negándose a reconocer y a realizar su deseo –no siempre, a decir verdad–, *legisla para defenderse*. Dicho esto, su deseo prescribirá, en cualquier caso, la fuerza, la forma, las modalidades, etc., de la ley que promulga o transmite, una ley que reduce al estado de «fantasmas» al deseo seducido, y rechazado, de la chiquilla: deseo aún balbuciente, difícilmente articulable como lenguaje, tal vez mudo, gestual, corporal, que se trata de «seducir» con el discurso, con la ley, del padre. Así, pues, *en lugar del deseo por el cuerpo sexuado del padre* –deseo calificado de «fantasma de seducción», que habrá de ser verbalizado y sometido a la interpretación– *viene a proponerse, a imponer su ley*, es decir, un discurso institucionalizador y ya institucionalizado. En parte defensivo (Piénsese en aquellas «horas penosas»...).

¿Cómo podría ahora la niña reconocerse en su deseo, sobre todo del padre, y no suspenderlo en apetitos, derivados y en deriva, de significante(s)? Que al mismo tiempo violan con su autoridad, y son insignificantes, irrisorios, porque sustituyen a un deseo que se esquivo, y se deniega. Lo que no significa que el padre *deba* hacer el amor con su hija –de vez en cuando es mejor precisar las cosas–, sino que no estaría mal poner en tela de juicio el manto de la ley con que envuelve su deseo, y su sexo. Y si la ley es para él la garante de un plusvalor de placer, de poder, que se ponga de manifiesto lo que ello implica en lo que atañe a su deseo –él *gozaría más haciendo la ley que haciendo el amor*– y a la operación incesantemente abortiva, reductiva, desencaminante, que ese plus de goce del padre, de la función paterna, realiza sobre la «libido» de la niña, futura histérica. Su deseo sexuado es, en efecto, calificado de fantasma, de tal suerte que el no fantasma consiste entonces en desear un discurso de denegación, de conjura o incluso de impotencia sexuales del padre. Así, pues, ella debería sostener con su deseo la añagaza de un discurso legislador, de un texto de ley, que promulga, entre otras cosas, el no deseo del padre hacia ella.

Para realidades algo más prosaicas, será remitida a la madre seductora. En efecto, en lo relativo a la seducción por parte de la madre, «el fantasma» –nos dice– «bordea la realidad». «Puesto que fue en realidad la madre la que provocó, y tal vez despertó incluso las primeras sensaciones genitales voluptuosas al proporcio-

nar a los hijos los cuidados corporales *necesarios*»²². Vemos así a nuestra chiquilla seducida por su madre, realmente, pero no más de cuanto exigen los indispensables esmeros de limpieza, y rechazada por su padre en nombre de la ley. Su devenir mujer no parece a ciencia cierta muy sosegado. Al menos en esta escena tributaria de los fantasmas, fobias y tabúes del hombre –aquí, Freud– sobre la sexualidad de la mujer²³.

«Ni que decir tiene que me tacharán de exagerado [...] y pensarán que los vínculos que unen a la niña con su madre no son ni tan poderosos ni tan numerosos como yo pretendo»... A no ser que nos asombremos, por el contrario, de su necesidad de que nos sorprendamos ante cosas tan evidentes, de su insistencia en probar, demostrar, lo que parece caer por su propio peso. Lo que nos sorprende no es tanto que los vínculos de la niña pequeña con la madre sean tan numerosos, tan poderosos, sino más bien que deban «desaparecer», y que «el cariño hacia la madre deba transformarse en odio». Los caracteres de este odio serían su fuerza, y también su duración: «puede subsistir toda la vida». Hay que subrayar asimismo el hecho de que «por regla general una parte de la hostilidad persiste, mientras que la otra es superada», y que, en algunas, el odio puede verse «cuidadosamente sobrecompensado».

La cuestión que puede plantearse versaría, aquí, sobre el *paralelismo* implícito entre la hostilidad de la niña hacia la madre, y el amor del niño hacia la madre, *durante toda la vida*. ¿Qué significa esa obligación cruzada? E incluso debemos interrogarnos sobre la necesidad de ese vuelco en odio del cariño hacia la madre para que se produzca la evolución hacia el padre. Desear al padre implica odiar a la madre. Desear a un representante del sexo «opuesto» supone, en todo caso para la chiquilla, rechazar al representante de su sexo y, por otra parte, como veremos, la representación de su sexo. Así, pues, ¿no habrá ninguna catexis posible de la relación *entre* los sexos? Si se ama, se desea a uno, se denigra y forzosamente se detesta al otro. Además, toda vez que sólo un sexo es deseable, se trata de demostrar cómo la chiquilla llega a desvalorizar el suyo desvalorizando (el de) su madre.

Se invocarán a este respecto los reproches, las quejas, las recriminaciones y las acusaciones contra la madre hechas por las pacientes, histéricas, al padre del psicoanálisis. Pero las determinaciones transferenciales y contratransferenciales de esos reproches no serán interpretadas.

²² ¿Deberíamos ver un efecto *exclusivo de esas seducciones* en la preocupación por estar siempre limpia y «adecuadamente» vestida que tendrá la mujer? ¿O habrá que interpretarla más bien como su misión al deseo del hombre que con ello confirma la denegación de la posesión anal de la mujer? Pueden leerse, por ejemplo, las páginas escritas por Rousseau sobre esa limpieza femenina.

²³ En una especie de círculo vicioso: estos fantasmas proliferan cada vez más en función de la condición así asignada a la sexualidad femenina.

«La más antigua fechoría reprochada hasta la fecha a la madre es la de haber dado demasiada poca leche a su hijo, demostrando con ello que no le amaba lo suficiente». Este reproche, a menudo fundado en nuestras sociedades, precisa Freud, es sin embargo tan insistente y recurrente que llegamos a dudar de su causa de acontecimiento [*événementielle*]. Habría que escuchar en el mismo la nostalgia del primer alimento, del que el niño y la niña «conservan un hambre insaciable, hasta el punto de nunca llegan a consolarse de la pérdida del seno materno». Y el niño o la niña de las tribus primitivas, amamantados hasta los dos años, formularía las mismas recriminaciones. Admitamos la hipótesis. Pero, no cabe duda, podemos entender esas marcas de intolerancia respecto al destete como síntomas del traumatismo que provoca esa *última ruptura de contigüidad material con el interior del cuerpo de la madre*: corte con las «envolturas» que rodean al feto, corte del cordón umbilical, corte del amamantamiento. Cortes con lo que se re-presentaría como causas materiales del cuerpo del niño o la niña. ¿Sería acaso su «hambre insaciable» el reabsorber en sí mismo su causa material? ¿De apropiársela, hacérsela propia? Se trataría de un hambre insaciable de devorar a la madre, de suprimir ese cuerpo-naturaleza original del que es preciso aún y siempre volver a quedar separado, a separarse, pero al que es preciso aún y siempre regresar y hacer referencia. Pero si se la come, ya no estará allí para atender las necesidades-deseos, ni para garantizar una cierta representación del lugar y del vínculo originarios. Así, pues, ese «hambre» es cabalmente insaciable, y ningún alimento podrá satisfacerla jamás. Por lo demás, no parece que el problema consista en su satisfacción. Puede ser incluso que provoque una enfermedad, que envenene cuando viene a faltar —como dice Freud—, pero más aún cuando falta a su función de repetir —representar la contigüidad con la madre hasta que el deseo (de) origen encuentre «otra» economía.

Así, pues, hacer hijos. Pero los hijos-heces, los primeros que se pueden «hacer», son aún el resultado de la absorción de la madre-materia. Y aunque significan el triunfo de su digestión²⁴, marcan también el carácter *parcial* de ésta, y por lo demás quedarán *cortados* del niño o la niña una vez producidos: otra ruptura de continuidad material cuyo dominio intentarán asegurarse. Sin embargo, nunca se apropiarán sin más de esos «hijos de la madre». La sociedad se los quitará una vez hechos, en nombre de la propiedad.

Así, pues, el problema no está resuelto. De esta suerte, si se es niño se deseará, desde el momento en que se es fálico, regresar al origen, volverse hacia el origen. O sea: poseer a la madre, entrar en la madre, ese lugar original, para restablecer la continuidad con el mismo, y ver, y saber lo que en él acontece. Y, de nuevo, reproducirse. Si se nace niña, la cuestión es otra. Ningún retorno a, hacia, en, el lugar original es posible para quien no tiene pene. La niña, la mujer, encontrará de forma

²⁴ Cfr. al respecto «el triunfo que se consuma en el duodeno» en G. F. W. Hegel, *Encyclopédie*, § 371, add. [ed. cast.: *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, Madrid, Alianza, 2005].

completamente distinta una economía del deseo (de) origen. Ella será el lugar de la repetición del origen, de su re-producción, de la reproducción. De esta suerte, no se trata de que ella repita «su» topos original, «su» origen. Por el contrario, es preciso que rompa toda contigüidad con aquél y con éste, y que, dando una vuelta de más, mediante una especie de volteo *de más* –enumerante de la genealogía–, advenga en el lugar en el que el origen puede repetirse *numerándose*.

Pero esta vuelta de más, esta torsión de más –en el mismo lugar y desplazado, puesto que marca un cifrado– es siempre *irreductible*, para ella, *al estar frente a la representación*, así como a la re-presentación del origen. Y a todo proyecto de retorno y de inversión radical. Ello se cuenta, se reproduce cifrándose, sin que ella pueda, en realidad, dar(se) cuenta, darse indicación de ello. En todo caso, en esta economía, aún dominante, de la representación, que Freud no puso lo bastante en cuestión. Pues éste, en la medida en que seguía comprometido aún con un determinado logos y, por ende, con una determinada economía de la «presencia», no podrá representarse el devenir de la niña como mujer más que en términos de *carencia de, ausencia de, falta de*, etc. Y, por ejemplo o de manera paradigmática, en lo que atañe al «devenir» de su relación con el lugar original, Freud no podrá hablar al respecto sino como de una vacación, de un permiso concedido a la madre: de un rechazo, de un odio a la madre. Y, por lo tanto, de una falla en la re-presentación del origen. Para reemplazarlo *en contraposición* con, o más bien imponerle como única contraposición posible y deseable al pene. ¡Mejor dicho, el falo! O *emblema de la relación de apropiación del hombre con el origen*. Mientras que sin duda *ella* no tiene, y no puede tener relación privilegiada con *elde enfrente* y, por otra parte, sólo puede desear cualquier cosa si no se limita a amar o a detestar a su madre, sino que ha de operar respecto a ésta, suponiendo originales su lugar y su vínculo, un volteo *de más* por lo que se refiere a la cuenta, o recuento, de la enumeración del origen.

Así, pues, volviendo al destete, parecería pertinente decir que la chiquilla lo vive de manera más traumática que el niño pequeño, ella que no tendrá nada –en todo caso en el estado de cosas actual– con que suplir, ponerse en el sitio de o diferir esa última ruptura de contigüidad material con su madre: no puede volver(se) hacia su madre, ni pretender ver, ni saber lo que ocurre con ese lugar original; no (se) re-presentará «su» relación con «su» origen; ya no regresará nunca más al interior de su madre; nunca le dará de beber esperma con su sexo, dentro de una inversión-sustitución del seno y de la leche perdidos²⁵; nunca le hará un niño; nunca se re-

²⁵ «... no obstante el interés que suscita, este órgano tiene, en el erotismo oral, una raíz tal vez más sólida que en el erotismo anal. En efecto, una vez terminado el amamantamiento, el pene hereda también sentimientos dirigidos al pezón de la madre». S. Freud, «La vie instinctuelle», *Nouvelles conférences sur la psychanalyse*, cit., p. 133.

producirá como misma en su/la madre, etc. Entregada al *vacío*, a la *carencia* de toda representación, re-presentación, y rigurosamente también de mimesis²⁶, de su deseo (de) origen, el cual pasará, a partir de entonces, por el deseo-discurso-ley del deseo del hombre: tú serás mi mujer-madre, mi mujer si quieres, si puedes ser (como) mi madre²⁷ = tú serás para mí la posibilidad de repetir -representar-reproducir-apropiarme la (mi) relación con el origen. Ahora bien, esa operación, y podríamos invocar en su contra los términos de Freud, no constituye en modo alguno un *desplazamiento* del deseo-origen de la chiquilla, de la mujer sino, si se quiere, un exilio, una extradición, una expatriación, fuera de esa (su) economía deseante. De los que se le hará además responsable: ella odia a su madre. Mientras que para la mujer se trata más bien de una proscripción de la representación, y del significante, de un tiempo de su economía libidinal, y no del menos importante, puesto que se trata de aquél en el que ella sería desmarcada [*démarquée*] de su *primer* tiempo por su re-marca [*re-marque*]²⁸. Pero digamos que *en el comienzo se detendría su historia*²⁹, para dejarse prescribir por la de otro: la del hombre-padre.

Así, pues, para la mujer no habría representación posible *de historia de la economía de su libido*. En la misma medida en que no habría significado posible de la libido femenina para el hombre. La libido es masculina o, en el mejor de los casos, neutra... «Como quiera que sea, la reunión de las palabras “libido femenina” no puede justificarse»³⁰. Lo que, sin duda, ha de traducirse: en una determinada economía del querer decir –cuya relación con el deseo de lo mismo, con la repetición-representación-reproducción de lo mismo nos es conocida–, las palabras «libido fe-

²⁶ ¿Cómo interpretar de otra manera el hecho de que el juego de muñecas es «malo», es decir, viril, si la niña pequeña se divierte limitándose a imitar sus relaciones con la madre y no ve en la muñeca un hijo deseado del padre? ¿O incluso el hecho de que la mujer desearía por encima de todo traer al mundo un niño? Cuestiones que, entre otras que señalan la prohibición de esa «mala» mimesis, serán desarrolladas más adelante.

²⁷ «La felicidad conyugal no quedará asegurada hasta que la mujer no haya logrado hacer de su esposo un hijo, hasta que no se comporte maternalmente con él», S. Freud, «La feminité», cit., pp. 175-176.

²⁸ Esa proscripción podría interpretarse sin duda en términos lacanianos como «repudio» de un significante-clave para la economía del deseo de la mujer. Pero el «repudio» se vería con ello sometido a su vez a la cuestión de su relación privilegiada con el nombre del padre que, en lo que atañe a la mujer, habrá sido el agente legislador de esa proscripción de la relación con una representación indispensable para la «simbolización».

²⁹ Lo que, por otra parte, confiesa Freud diciendo que él sólo habría hablado de la «prehistoria» de la sexualidad femenina (en S. Freud, «La feminité», cit., p. 172), o incluso reconociendo que lo relativo al pre-edipo de la niña está sometido a un olvido tan inexorable que sería preciso «en cierto modo» volver a atravesar todas las marcas de esa historia para encontrar tras ellas, los vestigios de una civilización más arcaica, en S. Freud, *La vie sexuelle*, cit., «Sur la sexualité féminine», p. 140.

³⁰ En S. Freud, «La feminité», cit., p. 173.

menina» no quieren decir nada, no pueden querer decir algo, puesto que la eventualidad de que ello pueda significar cualquier cosa vuelve a poner en tela de juicio precisamente el proyecto, y las proyecciones, de ese querer decir. El carácter «injustificable», insoportable, de las palabras «libido femenina» sería uno de los síntomas de un afuera amenazador para las palabras, los signos, el sentido, la sintaxis y los sistemas de representaciones del querer decir, o hacer, lo más adecuadamente lo mismo para el «sujeto» (masculino) de la historia.

Pero esta no justificación de la expresión «libido femenina» remite también, al mismo tiempo, al hecho de que la mujer será reducida en lo que respecta a la fuerza pulsional de la vida sexual. Algo que Freud se desvive por demostrar, imputando en gran medida la responsabilidad a la naturaleza³¹. Ahora bien, el a priori y el deseo *de lo mismo* no descansan más que en la dominación de *un único* deseo.

Resultado de ello son las quejas o ironías entre los practicantes del psicoanálisis sobre el hecho de que las mujeres son inanalizables³². Lo que no deja de ser cierto si permanecemos en el discurso de Freud, en la clausura de la representación, de la que a este respecto sigue siendo prisionero. La «libido femenina», y por otra parte y rigurosamente la diferencia sexual, de la que la «castración» de la mujer sería la re-marca actual más flagrante, quedan en efecto excluidas. En contraposición, el falo funciona casi siempre como garante del sentido, el sentido de sentidos, la «figura», la «forma», el «significante» último, en el que las antiguas figuras de la onto-teología vendrían (a) perder su inocencia. Tirando al suelo sus máscaras. La sospecha de postular de nuevo y siempre lo Mismo se impone, entonces, en lo que atañe a la «nueva» economía del significado que organiza, dominándola, el citado Falo.

«El nacimiento de otro hijo, éste es de nuevo un motivo de los reproches» que la chiquilla –y también el niño– puede dirigir a la madre. «Pero este motivo se confunde a menudo con el de la privación oral. La madre ya no ha querido o no ha sido capaz de alimentar a su hijo mayor porque necesitaba ese alimento para el recién nacido. En el caso en el que la lactancia se ve comprometida por un nuevo embarazo, cuando entre los dos hijos no hay mucha diferencia de edad, la queja no deja de tener fundamento y, cosa extraordinaria, el hijo, aun cuando sólo sea once meses mayor que el recién nacido, no es demasiado joven como para no tener conciencia del hecho. De esta suerte, el hijo profesa al intruso, al rival, un odio celoso. ¿Acaso no ha destronado, robado y desposeído a su primogénito el recién llegado?»

³¹ *Ibid.*

³² Enunciados que podrán compararse con los de Kant a este respecto. La relación de Freud y del discurso teórico del psicoanálisis con Kant plantea, por otra parte, un cierto número de cuestiones. Así: ¿qué incertidumbre habrá quedado sin interpretar de una parte y otra en lo relativo a la «imaginación trascendental»? Con el riesgo añadido de verse sometido a continuación al rigor de una práctica «gobernada» por la «moral».

Y el rencor es tenaz a su vez contra la madre infiel que divide entre los dos niños su leche y sus cuidados. Todos esos sentimientos se traducen con bastante frecuencia en una modificación enojosa del comportamiento. El hijo se vuelve "malo", gruñón, indócil, y da marcha atrás dejando de controlar sus funciones excrementicias. Todo esto es conocido y admitido desde hace mucho tiempo, pero nos cuesta imaginarnos la intensidad de estas emociones celosas y el enorme papel que desempeñan en la evolución posterior. Y cuando nacen otros hijos, los celos se reavivan y la emoción se renueva cada vez con la misma intensidad. Este hecho apenas sufre modificaciones cuando el hijo sigue siendo el preferido de su madre, porque el amor de la pequeña criatura no tiene límites, *exige*³³ la exclusividad y no admite ser compartido con nadie».

Podemos arrojar alguna duda sobre el hecho de que la reacción del hijo sea *la misma* cuando de algún modo sigue siendo el preferido de la madre, la misma si el recién nacido es del *mismo sexo* que el hijo mayor o de un *sexo diferente*, la misma si una niña llega después del niño o si un niño nace después de una niña... Por otra parte, ¿debe interpretarse en este caso la pérdida del dominio sobre las funciones excrementicias tan sólo como una regresión, o también como un intento de hacer como la madre, de dar a luz? A causa de su ignorancia de los órganos genitales femeninos, dado el «estadio» en el que se encuentra, sólo podría imitar un parto en forma de una defecación, síntoma que sería, por lo tanto, su forma de abreaccionar*, y de sublevarse contra lo que no le ha sido dicho. De somatizar una carencia de representaciones relativas a la concepción, el embarazo, el parto.

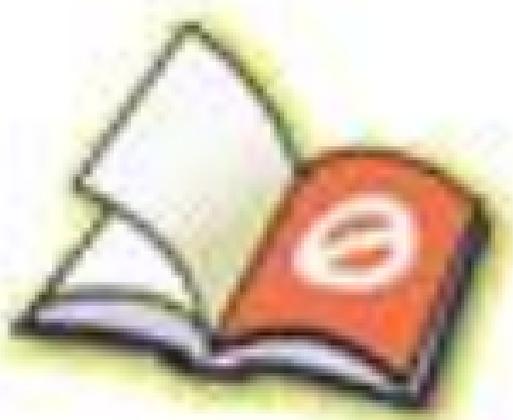
Dicho esto, lo cierto es que el nacimiento de un segundo hijo perturba considerablemente al primero. Y, ante las explicaciones de Freud, que insisten en la frustración oral, cabría objetar tal vez que ésta no sería más que una reactivación, una re-marca sin duda más perceptible, de otro trastorno, de otra «crisis». Un nuevo, un «segundo» –y tercero, etc.– nacimiento desorientaría completamente al niño en cuanto a los puntos de referencia con los que puede contar, que le han podido notificar, relativos a sus propias concepción y nacimiento. Su deseo de una relación con un origen, *uno*, se vería seriamente contrariado. Y él/ella se vería allí, una vez más, confrontado/a a la cuestión del *cifrado de lo originario*, con la que no dejará de

³³ La cursiva es de Freud.

* «Abreacción [*Abreagieren* (al.), *abréaction* (fr.), *abreaction* (ingl.), *abreazione* (it.), *ab-reação* (port.)]. Descarga emocional, por medio de la cual un individuo se libera del afecto ligado al recuerdo de un acontecimiento traumático, lo que evita que éste se convierta en patógeno o siga siéndolo. La abreacción puede ser provocada en el curso de la psicoterapia, especialmente bajo la hipnosis, dando lugar a una catarsis; pero también puede producirse de forma espontánea, separada del trauma inicial por un intervalo más o menos prolongado», J. Laplanche y J.-B. Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, cit., p. 1. [N. del T.]



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

circulación como conceptos, representaciones, formalizaciones del lenguaje que prescriben, de nuevo, la noción y la práctica actuales de la «castración». Instrumentos demasiado débiles, o demasiado cómplices. Determinados por un falocentrismo que aquellas fingen interrogar para mejor re-asegurar su poder.

De esta suerte, y respecto a lo que nos ocupa, cabe preguntarse, preguntarles:

1. Si la chiquilla, la mujer, siente cabalmente «la envidia del pene» en el sentido que Freud da a la expresión. O sea: «la envidia de tener un chisme como ese». Este presupuesto, en efecto, domina todo lo que se ha dicho, y va a decirse, de la «sexualidad femenina». Puesto que esa «envidia» programa toda la economía pulsional de la mujer, incluso «a sus espaldas» *antes* del descubrimiento de su castración, allí donde ella nunca habría sido, nunca habría querido ser sino niño.

2. Cuál es la relación de esta «envidia» con el «deseo» del hombre. Dicho de otra manera, la fobia del hombre, y sobre todo de Freud, respecto a la extrañeza inquietante del nada que ver, ¿podría tolerar que *ella* no sienta esa «envidia»? Que *ella* tenga otros deseos, *heterogéneos* respecto a la *representación* que *él* tiene de lo sexual, a *sus* representaciones del deseo sexual. Esto es, a sus *autorrepresentaciones* proyectadas, reflexionadas y reflejadas, ... Si la mujer tuviera deseos distintos de «la envidia del pene», el espejo que debe remitir su imagen al hombre –aunque fuera invertida– sería puesto en tela de juicio en lo que atañe a su unidad, unicidad, simplicidad. Banalidad. La especularización y especulación del envite de su deseo – *el* deseo– ya no serían planificables. O incluso: «la envidia del pene» tal y como es atribuida a la mujer palía la angustia del hombre, de Freud, respecto a la coherencia de su edificio narcisista, le tranquiliza contra lo que denomina el miedo a la castración. Puesto que si su deseo no puede significarse sino como «envidia del pene», no hay duda de que él lo tiene. Y que lo que tiene representa el único bien posible del comercio sexual.

3. ¿Por qué le viene en mente a Freud el término «envidia»? ¿Qué elige Freud? Envidia, celos, codicia, correlativas de carencia de, falta de, ausencia de, ... Todos estos términos describen la sexualidad femenina como *opuesto* e incluso *revés* de un sexualismo masculino. Que la chiquilla, la mujer, privilegie el pene como instrumento de su placer sexual, que manifieste un tropismo centrífugo-centrípeto por el pene, podría admitirse... Pero «la envidia del pene», en el sentido freudiano y por lo demás psicoanalítico, no significa otra cosa que el desprecio de la chiquilla, de la mujer, hacia *su* placer para asegurar un remedio –ambiguo, sin duda– contra la angustia de castración del hombre. La eventualidad de perder el pene, de que se lo corten, encontraría su fundamento real en el hecho, *biológico*, de la castración de la mujer. El miedo de no tenerlo, de ya no tenerlo, se re-presentaría en la amputación anatómica de la mujer, su despecho ante la carencia de sexo y su «envidia» correlativa de apropiárselo. De esta suerte, el *no, ya no* tenerlo de la angustia de castración



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

de las pulsiones de muerte que no ser(í)án percibidas sin horror , que el ojo (de la conciencia se niega a reconocer . Desconocimiento, protector, que no será levantado sin la expiración de un cierta mirada: envite de la castración. Hasta entonces, *los conceptos principales del psicoanálisis, su teoría, no habrán dado cuenta del deseo de la mujer*, incluso en lo que atañe a «su» castración. Puesto que sus modalidades son demasiado exclusivamente tributarias de la historia y de la historicización de la (llamada) sexualidad masculina. Proceso del devenir de la conciencia en el que la mujer sigue siendo el lugar de inscripción de las represiones. Lo que exige que ella soporte, sin saberlo, los fantasmas –entre otros– de amputación de su sexo, de su cuerpo, cuya «anatomía» será la garantía de realidad. Prueba irrefutable, porque natural..., de que en tal caso no se trata de acción, silenciosa, de las pulsiones de muerte. Así, pues, ella será despojada, sin recurso, de imagen válida, valedera, de su sexo, de su cuerpo. Condenada a la «psicosis», o en el mejor de los casos a la «histeria», por falta –¿censura? ¿repudio? ¿represión?– de significativo valeroso de su deseo «primero» y de su sexo.

No se trata de decir que la cuestión de la castración no se plantea para la mujer, sino que tal vez remita en primer lugar a la del padre, incluido el del psicoanálisis, y a su miedo, su rechazo, su repudio de *otro* sexo. Puesto que si castrar a la mujer es inscribirla en la ley del *mismo* deseo, *del deseo de lo mismo*, ¿qué ocurre con esa «castración»? ¿Y con la relación de quien es su agente con ese concepto y con su práctica?

* * *

Así, pues, la chiquilla, tras haber visto los órganos genitales del otro sexo, desdénando todo el placer que haya podido procurarle ya el suyo, no tiene otro antojo que el de estar un día provista de un pene. Y «no se resigna fácilmente a su inferioridad». Ella «espera», a veces tardíamente, poseer el órgano varonil. E incluso cuando «el conocimiento de la realidad le ha hecho perder toda esperanza de ver cómo se realiza su deseo, el psicoanálisis muestra otra vez que este último ha permanecido vivaz en el inconsciente». Por otro lado, «entre los móviles capaces de incitar a la mujer adulta a someterse al análisis hay que contar el deseo de poseer por fin el pene».

Naturalmente, no ignoremos que la mujer, histérica, resulta particularmente indicada para la sumisión, la sugestión e incluso la ficción, en lo que atañe al discurso-deseo del otro. Y que lo que ella llega a decir en el análisis no será ajeno a lo que se espera que diga. Y si no lo dijera, ¿que habría venido a hacer allí? En esa escena organizada, también, por/para su «envidia del pene». ¿Y qué otra cosa podría entender cabalmente el analista en un deseo de ella que no correspondiera a *su* envi-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

jer, *el horror* de la mujer, *la predisposición a la homosexualidad*, se desprenden de la convicción final de que la mujer no tiene pene»⁴⁸. Hombre cuyo «comportamiento duradero hacia las mujeres podría cabalmente ser dividido entre el *horror* ante esas criaturas *mutiladas* o el desprecio *triunfante* hacia las mismas»⁴⁹. «De esta suerte, un cierto grado de *desprecio* hacia la mujer reconocida como *castrada* es lo que queda aún en el hombre de la influencia del complejo de castración»⁵⁰.

¿Por qué hacer temer, ansiar, esperar, odiar, rechazar, etc., a la niña pequeña, a la mujer, *en los mismos términos*, poco falta para ello, que el niño pequeño? ¿Y por qué ella se presta a ello con tanta facilidad? ¿Porque es sugestionable? ¿Histórica? Pero se vislumbra el círculo vicioso. ¿Cómo no iba a serlo, incluso en las modalidades perversas a las que se somete para «complacer» y corresponder a la «feminidad» que se espera de ella? ¿Cómo podría no serlo en esa castración operada sobre sus pulsiones sexuales, la interdicción sobre sus afectos, representantes y representaciones? Hasta el punto de que el padre se le impone como el único que puede satisfacerla, hacerla que acceda al placer, pero que prefiere el aumento de goce que le procura el ejercicio de la ley y por ende la sanciona por sus (?) «fantasmas de seducción».

Y, por otro lado, ¿por qué no sería «histórica», si la histeria mantiene en reserva, en sufrimiento, algo del mimo cuya puesta en juego es inseparable del placer sexual? El problema es que el ludismo mimético, la ficción, el «hacer como si», el «fingir» –cuyas incredulidades, represiones, escarnios que ha acarreado a la histérica son conocidas– se ven detenidos, frenados, y *dominados por un significante-amo*, el Falo, y por su, sus, representante(s). Emblema(s) no tanto de un juego entre los sexos, sino de la potencia de dominio y de apropiación de la relación con el origen (del deseo, «por ejemplo»). Desde ese momento, el guión histórico, dramatización privilegiada de la sexualidad femenina, se ve condenado como proliferación de «malas» copias, de caricaturas mentirosas de una relación con el origen «buena» y válida y valerosa. La histeria es estigmatizada como el lugar de abundancia de fantasmas, de aparecidos, de sombras, que han de ser desenmascarados, interpretados, devueltos a la realidad de una repetición, reproducción, representación adecuados, conformes al original. Y, por supuesto, se invocará al respecto el «traumatismo inicial», origen (supuesto) de la «enfermedad», pero la partida estaba decidida de antemano. En vez de ello, la pregunta que habría que formular sería –repetámoslo– la de si la simbolización de su comienzo por/para la mujer, la especificidad de su relación con el origen, siempre han estado anuladas, ¿reprimidas? de antemano, por

⁴⁸ S. Freud, «L'organisation génitale infantile», *ibid.*, p. 115.

⁴⁹ S. Freud, «Différence anatomique entre les sexes», *ibid.*, p. 127.

⁵⁰ S. Freud, «Sur la sexualité féminine», *ibid.*, p. 143.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

cesario reconsiderar la tesis según la cual el complejo de Edipo es el núcleo de las neurosis»⁵⁹. Sobre todo porque «supone una relación particularmente estrecha entre la fase del vínculo con la madre y la etiología de la *histeria*»⁶⁰. Pero «todo cuanto atañe al domino del primer vínculo con la madre» le «ha resultado tan difícil de aferrar analíticamente, tan *encanecido* por los años, vago, apenas capaz de ser revivido, como si estuviera sometido a una represión particularmente inexorable», «la penetración en el periodo de pre-Edipo de la niña pequeña llegó así *asorprenderle* como lo hizo, en otro dominio» –¿pero es de veras otro?– «*el descubrimiento de la civilización minoica-micénica antes de la de los griegos*»⁶¹. Como si vislumbrara, al fin y demasiado tarde –¿porque se acerca *su* muerte?–, pero con un deseo de «honestidad científica» que no puede ser puesto en duda en Freud, que la sexualidad de la mujer era cabalmente ajena a toda esta historia. ¿A la historia en general? Que quedaba como recubierta –¿reprimida?– por la forma de esta civilización, y que, para el arqueólogo que era también Freud, habría que excavar la tierra a mayor profundidad, recelosa de los vestigios culturales que en ella yacen enterrados, para encontrar un *arché* (principio) más arcaico anterior al comienzo que representa Grecia, y al concepto de origen que ésta ha dispuesto.

Con independencia de estas constataciones tardías ⁶², Freud continúa, por lo demás, interpretando y prescribiendo el devenir mujer en los términos de esta historia y de su economía, sobre todo conceptual. Como y al igual que en esta historia la mujer tuvo que «reprimir buena parte de sus tendencias sexuales», sufrir en lo que sería su relación con lo originario «una represión particularmente inexorable», «apenas capaz de ser revivida», que deja ese primer vínculo con la madre «tan encanecido por los años», «difícil de aferrar analíticamente». De esta suerte se perpetuaría la «histeria» de la mujer, e incluso su «paranoia»⁶³, no «sublimable» o «elevable» en la elaboración de una teoría, puesto que ésta siempre

⁵⁹ *Ibid.*

⁶⁰ *Ibid.*, p. 141.

⁶¹ *Ibid.*, p. 140. Es preciso señalar que esto puede entenderse del siguiente modo: la sexualidad de la mujer no se descifrará sin más en una economía significativa de tipo alfabético. Ni tampoco se interpretarán recurriendo únicamente a esa economía los mecanismos del inconsciente. Por lo demás, sobre este último punto Freud dice las cosas con claridad.

⁶² Que además le han venido impuestas por algunos colegas psicoanalistas, de quienes, «puesto que tratamos aquí de la mujer», se permite, esta vez, citar sus nombres, y entre las cuales aprecia las contribuciones *empíricas* que son susceptibles de aportar a su *teoría*, sobre todo porque ellas «han podido percibir con mayor facilidad y claridad ese estado de cosas porque les ayudaba, con sus pacientes, la transferencia sobre un sustituto de madre apropiada», mientras que las mujeres que eran analizadas por él «podían conservar el mismo vínculo con el padre en el que se habían refugiado desde la fase de pre-Edipo que aquí nos ocupa». S. Freud, «Sur la sexualité féminine», *La vie sexuelle*, cit., p. 140.

⁶³ *Ibid.*



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

singularmente tampoco de su deseo original, de su deseo (de) origen. Para ella se trata en este caso, y en más de un aspecto, de una «perdida» que escapa radicalmente de toda representación. De ahí la imposibilidad de hacer su «duelo». «En el duelo», en efecto, «se juegan los intentos de separación, pero, en éste, nada impide que esos procesos se propaguen, que por la vía normal pasan por el *Pc* (preconsciente)⁷⁴, hasta la conciencia». Esa vía está cortada por el trabajo de la melancolía, en razón de una pluralidad de causas que pueden actuar de manera convergente». De esta suerte, «en la melancolía [...] se anudan en torno al objeto una multitud de combates singulares en los que *odio* y *amor* luchan uno contra el otro, el odio para retirar la libido del objeto, el amor para mantener esa posición de la libido contra el asalto. No podemos situar esos combates singulares en otro sistema que el *Ics* (inconsciente)⁷⁵, el reino de las huellas mnésicas de cosa (en contraposición a las catexis de palabra)». Ahora bien, la relación de la hija con su madre no está desprovista de ambivalencia, y se complica además cuando la chiquilla se da cuenta de que su madre está castrada mientras que su amor se dirigía –afirma Freud– a una madre fálica. Esta desvalorización de la madre acompaña o sigue, para la niña pequeña, a la de su sexo. Además, «la relación con el objeto (perdido) no es simple en su caso, sino complicada por el conflicto ambivalente», «que permanece sustraído a la conciencia». A esto se añade el hecho de que ningún lenguaje, ningún sistema de representaciones, vendrá a suplir, a asistir, a la «inconsciencia» en la que se mantienen las relaciones conflictivas de la hija con su madre, y con su sexo. ¿Se desprenden de ahí sus «reminiscencias» en forma «de afecciones somáticas», características de la melancolía? Así como, por supuesto, de la histeria...

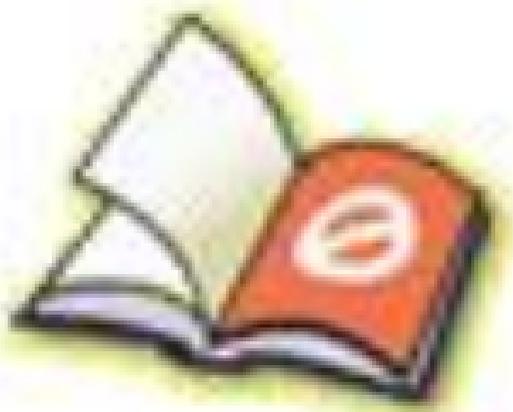
Pero la «pérdida» en juego para la niña pequeña concierne también al «yo». Como en la melancolía. Si el niño se encuentra narcisizado, yoizado, por su pene –porque éste es valorizado en el comercio sexual, y culturalmente sobreestimado en tanto que visible, especularizable, fetichizable–, no sucede lo mismo con el sexo de la niña. Además la marca que sirve, por identificación, para la edificación de su «yo», sufre el mismo daño. De esta suerte, el «yo» de la chiquilla se ve sometido en la prueba de la «castración consumada» a un fracaso y a una herida inevitables, cuyos efectos podrían ser localizados en la evocación del cuadro melancólico. Así, «la aversión del paciente hacia su propio yo», sus quejas acerca de su «imperfección corporal, su fealdad, su debilidad, su inferioridad social». Pero también y a este respecto hay que remitirse a los textos de Freud relativos a la sexualidad de la mujer, al hecho de que «lejos de manifestar hacia su entorno la humildad y la sumisión que convendrían exclusivamente a una persona tan indigna [...], se muestra molesta has-

⁷⁴ La cursiva es de Freud.

⁷⁵ *Idem*.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

históricas. Por otro lado, esa alternativa no es realmente una. Las dos operaciones son consecuentes.

De esta suerte, la chiquilla «se volverá» mujer, feminidad «normal». Que aparece como tal cuando «la represión» que sucede al descubrimiento de su castración, «no ha sido exagerada»... «Volverse» mujer, «la instauración de la feminidad» supone que la chiquilla «renuncie a su actividad fálica», que «la pasividad se lleve el gato al agua» y que «la inclinación hacia el padre se torne predominante». «Sin duda el deseo hacia su padre que siente la niña *no es más que el deseo de poseer un falo*, ese falo que le ha sido negado por su madre y que ella espera ahora tener gracias a su padre». Ni la más mínima huella en esa «evolución» de un deseo de placer femenino. El único objetivo de la formación de la feminidad, la única «razón suficiente» que puede determinar que la niña pequeña se convierta en (una supuesta) mujer, sería el de apropiarse a su vez del instrumento del goce, de adueñarse –aunque fuera por imitación, réplica, redoblamiento– del sexo que cabalmente parece monopolizar el derecho de uso al igual que la determinación del valor de cambio sexuales. Pero, haciéndolo, ¿qué placer procura además al padre, al hombre-padre, re(asegurado) así de tenerlo? Tendrá incluso el tiempo para invertir en operaciones legislativas, u otras actividades sublimes, puesto que *ella*, al menos, sostiene el valor del pene, mantiene su cotización, evita su desperdicio incesante en especula(riza)ciones diversas. Si es preciso incluso, o si es necesario, ella le representará. Su cuerpo «falicizado» apuntalará y recordará su precio, defenderá su cambio, garantizará la apuesta, mientras que el padre, el hombre, dedica todas sus atenciones a otras inversiones. Delegada en la colecta de los regalos, que deberá devolver a quien corresponda en derecho.

* * *

«Sin embargo, la situación sólo se consolida verdaderamente cuando el deseo del pene es *reemplazado* por el deseo de *tener* un niño, de tal suerte que este último, conforme a una vieja equivalencia simbólica, deviene el *sustituto* del pene». Con independencia del crédito, e incluso de la usura, de las que se ha beneficiado esta fórmula, ¿podremos acaso sacar algún provecho de ella? No sin haberla completado para desplegar a continuación sus implicaciones: «La mujer, deseando tener un hijo, piensa con mayor frecuencia en éste que en el padre *desde ese momento relegado a un segundo plano*». Pero la equivalencia hijo-pene da fe de que «el antiguo deseo *viril* de *poseer* un pene subsiste aun cuando la feminidad está mejor consolidada».

1. De esta suerte, para que la chiquilla, la mujer, devenga «plenamente» mujer, el deseo de tener un hijo debe sustituir a las ganas de tener un pene. Así, pues, la



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

el placer sexual. Articulación-recorte siempre «desplazada» y «desplazante» de antemano, re-marca numerante y numerada, de *dos* relaciones específicas con la «materialidad» del comienzo –concepción, nacimiento– y con sus imágenes, sombras, fantasmas originarios o representaciones de origen. Dos, pero un dos que no es evidentemente uno + uno: *el producto de una suma*, ni dos medios, dos mitades: *el producto de una división*. De tal suerte que cada una de estas no unidades se alterna con dos mismos y otras dos parejas. Indefinidamente.

Que las condiciones especulares no funcionan de tal suerte que sea posible un juego de pareja es algo que Freud repite a lo largo de este texto y de otros. La castración de la mujer, la envidia del pene, el odio hacia la madre, el desprecio y el rechazo de su sexo por parte de la chiquilla, el cese consecutivo de su autoerotismo (masculino...), la interrupción de la explicación –salvo en términos de «pene desmirriado»– de la evolución de su erotismo anal, etc., son otros tantos signos de la preponderancia de la apropiación del proceso especular, y especulativo, por parte de la (supuesta) sexualidad masculina. De un proceso especular que privilegia *el espejo plano*, el más adecuado para el dominio de la imagen, de la representación, de la autorrepresentación. Esa dominación excluye que la chiquilla encuentre la economía de sus relaciones con la madre, y con la maternidad. Y sus tentativas de «identificación» con la madre –conservemos provisionalmente este término, aunque ya sabemos que *aquí no puede tratarse de identidad o no identidad*⁸⁵– serán rechazadas por Freud como algo que puede ser un tiempo, una «manifestación», de la evolución de lo que él designa como «feminidad»: «No olvidemos que la chiquilla, desde la fase fálica todavía imperturbada, había deseado poseer un hijo, lo que queda demostrado por su predilección por las muñecas. Pero ese juego no es en realidad una manifestación de la feminidad, sino que traduce más bien una identificación con la madre, al objeto de reemplazar la pasividad por la actividad. La chiquilla jugaba a ser la mamá mientras que la muñeca era ella misma. Ella podía hacer a la hija todo lo que su madre le hacía a ella misma». Podríamos subrayar desde luego que el «juego» –aunque sea de «muñecas»– no es nunca simplemente activo o pasivo, que contradice esa oposición mediante la economía de la repetición que pone en «juego». Y en ese «juego» de muñecas se juega para la chiquilla la posibilidad de jugar a las madres, de hacer «como» su madre, «como si» ella fuera (la) madre. Lo que reservaría para ella un cierto ludismo en lo que atañe a la función materna, y maternante, por repetición, re-presentación, imitadas de su relación con el comienzo, y con la reproducción. Pero representarse «como» madre, el juego de lo

⁸⁵ En la extrañeza de la relación de lo femenino con lo materno, y de antemano también de lo femenino «consigo mismo», la ley del principio de identidad podría llegar a cuestionar ejemplarmente la razón que funda su valor.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

aparición del complejo de Edipo, que, en el caso más *normal*, queda íntegramente destruido».

Pero el caso más normal no existirá. El niño pequeño no renunciará nunca al deseo de su madre. Freud no deja –tal y como ya se ha señalado– de insistir en ello. El complejo de Edipo nunca será destruido. El hombre no dejará de perpetuar su escenografía. Mediante una astucia, que, si se quiere, diremos de la *razón*, pero que podríamos descubrir ya, y siempre, en todo proceso metafórico. De ese rodeo astuto será cómplice y soporte la mujer, sin calcular el envite, ni el precio que *ella* paga para que el deseo de Edipo pueda repetirse.

Así, pues, a esta desaparición del complejo de Edipo le «sucede un superyó riguroso». ¿Qué ocurre con este superyó «riguroso», resultado del simulacro de muerte del deseo por la madre? Dirige, escribe Freud, la formación de los ideales, de la conciencia moral, de la autoobservación, ... Mejor que *una* madre, pues, la elaboración de *la idea de madre*, del *ideal materno*. La transformación de la madre real, «natural», en ideal de la función materna de la que nadie, nunca, podrá privarnos⁸⁸. Y que, siempre, constituirá un *además* de toda mujer-madre, una *matriz suplementaria*: la de la idea, el ideal, la teoría... ¿Reserva, y suplencia, para las aporías que surgen en las relaciones con todas las mujeres-madres? Mejor que la obediencia a palabras singulares, y por lo tanto parciales, proferidas por individuos particulares –los padres, por ejemplo–, la formación de la «conciencia moral» que, alcanzando la esencia y la universalidad de las «cosas», prescribe, autoprescribe al hombre el comportamiento adecuado en toda situación. Leyes transcendentales, inscritas «en el interior», que harán del hombre juez y parte de la marcha de su destino, e incluso del destino del mundo. Mejor que la mirada del otro, forzosamente amenazador en la diferencia de su punto de vista, la autoobservación, el relevo protector y reflexivo para el sujeto de su «propia» mirada.

Así, pues, la desaparición –ficticia– del complejo de Edipo se resolvería en posibilidad de capitalización individual de los ideales, (y de tal suerte también) de las madres, o mujeres-madres, de las leyes, de las miradas... Edipo tendrá todas las madres que quiera, todas las leyes para él, el derecho de mirada sobre todo... Muchas, todas. Madres, leyes, visiones (puntos de vista, al menos). Edipo será rico, y sin complejo. No ha renunciado más que al deseo por una mujer, por el sexo de una mujer y además porque éste *no valía nada*. Su «superyó», proliferando en ideales, reglas morales, miradas autorreflexivas –autorrepresentativas–, le habrá ocultado para siempre en la idea de mujer, «la feminidad». De tal suerte que el velo metafórico del eterno femenino recubre su sexo visto como castrado.

⁸⁸ No obstante, en este sentido podrían interpretarse las rivalidades «a muerte» para una concepción teórica: el padre y el hijo se disputan la apropiación de la madre.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

debe apuntar a «reproducir y conservar el carácter del padre»; además, aquella se habría servido de la «fuerza» de éste.

Henos aquí de nuevo ante modalidades de elaboración del superyó poco adecuadas para la formación de la «feminidad». Y por más que esa descripción tenga por objeto «simplificar la exposición» no ocupándose más que de «la identificación con el padre»⁹⁸, cuesta imaginar su versión, o transposición, femeninas. Por otro lado, «el Superyó, como sabemos, ha nacido gracias a una identificación con el prototipo paterno»⁹⁹. Así, pues, ¿no habría superyó «femenino», a no ser en el caso de una actitud viril, de un «poderoso complejo de virilidad»? Y además: «Toda identificación de ese tipo supone una desexualización, e incluso una sublimación»¹⁰⁰. Ahora bien, el pene del padre, en tanto que objeto de envidia sexual, representa la salvación posible para la niña pequeña castrada que, apartándose de su madre, va a «refugiarse en la situación edípica como en un puerto». Así, pues, ella no puede, sencillamente, desexualizar su relación con el padre, ni tampoco con el prototipo paterno. Además, repitámoslo, sería poco oportuno, estaría mal visto. Ella se comportaría como hombre identificándose con el portador del pene: «Cuando más tarde el vínculo con el padre naufraga y debe ser abandonado, puede ceder ante una identificación con el padre mediante la cual la niña regresa al complejo de masculinidad al que eventualmente queda fijada»¹⁰¹.

Además... «es lícito incluso plantearse una cuestión que merece una discusión detallada, la de saber si [...] toda sublimación se efectúa a través del Yo que transforma la libido sexual dirigida hacia el objeto en una libido narcisista [...]»¹⁰². Ahora bien, la renuncia al complejo de Edipo, su represión, su sublimación en el niño, pueden interpretarse en términos de intereses narcisistas: «Si la satisfacción amorosa, en el terreno del complejo de Edipo, debe costar el pene, entonces se llega necesariamente al *conflicto entre el interés narcisista por esa parte del cuerpo y la catexis libidinal* de los objetos parentales. En este conflicto, *por regla general vence la primera de las fuerzas*; el yo del niño se desvía del complejo de Edipo»¹⁰³. Puede continuarse con la lectura y comprobar, así, cómo se justifica toda la problemática edípica del niño: «abandono de las catexis de objetos», «identificaciones» resultantes, autoridad del padre o de los padres «introyectada en el yo, formando el núcleo del superyó, que *del padre* toma prestado el rigor, perpetúa la prohibición del incesto y asegura así al yo *contra el retorno de la catexis libidinal del objeto*»; «dese-

⁹⁸ *Ibid.*, p. 200, nota.

⁹⁹ S. Freud, «Les états de dépendance du Moi», *ibid.*, p. 228.

¹⁰⁰ *Ibid.*

¹⁰¹ S. Freud, «Différence anatomique entre les sexes», *La vie sexuelle*, cit., p. 130.

¹⁰² S. Freud, «Le Moi, le Sur-Moi et l'idéal du Moi», *Essais de psychanalyse*, cit., p. 199.

¹⁰³ S. Freud, «La disparition du complexe d'Oedipe», *La vie sexuelle*, cit., p.120.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Represiones precarias de los padres legisladores, que conservarán el monopolio de la «conciencia» y que, con calma y sangre fría, tranquilizarán con sus discursos razonables y normativos los conflictos de los que son los principales agentes secretos.

Pues, ¿por qué el superyó de la histérica, de la mujer, es tan «crítico», tan cruel? Podrían invocarse muchas razones: carácter arcaico, prohibición de la agresividad que pesa sobre las mujeres, de donde se desprende el sadismo mortífero de su superyó; relación de las mujeres con el «espejo», con el narcisismo¹²²; e incluso con el lenguaje, con el discurso, con las leyes, etc. Escojamos una, que coincide con muchas otras: *lo que se ejercería como superyó para las mujeres no amaría a las mujeres, y sobre todo el sexo de las mujeres es*. Se habría constituido incluso por angustia, horror, desprecio de su castración. Toda una historia que hay que reinterpretar... Así, pues, habrá que tomarse el tiempo para desarrollar esta cuestión del superyó. Cada vez que Freud –u otros después de él– recurre en su argumentación a los hechos ineludibles de la anatomía, la biología, la genética, un envite histórico importante, insiste y se oculta allí. ¿Es reprimido? O censurado ¹²³.

¹²² Pues el espejo plano no refleja de la mayor parte de su sexo más que un «agujero». Y otro tanto sucede con el ojo, a no ser que penetre «en el interior» (cfr. G. Bataille, *Histoire de l'oeil*, París, 1928 [ed. cast.: *Historia del ojo*, Barcelona, Tusquets, 1986]). Pero incluso entonces no podrá echar el ojo al todo del sexo femenino con *una* mirada porque se habrá *quedado* también «en el exterior».

¹²³ De esta suerte, habrán visto funcionar la triangulación edípica conforme a un modelo de estructuración que pertenece aún a la trinidad dialéctica. El *uno* del padre (avalado por el elemento de la célula germinal del varón), el *uno* de la madre (avalado por el elemento de la célula germinal hembra), el *uno* del retoño (producto de la cópula). Éste será preferentemente un hijo (el *uno* del pene) y además toda la estructuración no se dispondrá y será analizada sino en relación con él. Pero ese *uno* del hijo puede *desdoblarse* gracias a la «bisexualidad». De esta suerte, la triangulación edípica –al igual que la dialéctica hegeliana, por ejemplo– habrá admitido incluso la introducción de cuatro términos mediante reduplicación del tercero y de sus relaciones ambivalentes de identificación con los otros dos (cfr. por ejemplo: S. Freud, «Le Moi, le Sur-Moi et l'idéal du Moi», *Essais de psychanalyse*, cit., pp. 202-203). Pero si esa reduplicación implica ya un proceso de negación relativa, uno de esos «términos» va a ser objeto de una negación de esa negación *relativa*, o de una negación *absoluta*: lo «femenino» (en la mujer, que es también la madre en tanto que castrada, en el niño pequeño, en el hombre). De ser excluido –*verwerft*– por esa negación absoluta, el «cuarto» asegurará en lo sucesivo –espejo virgen de toda (auto)reflexión *positiva*– la proliferación de los fantasmas de aquel que deviene en/por esa operación «sujeto» (masculino). Esquiado, partido, escindido desde luego por la negación absoluta del cuarto que él también era. Pero «ella» ya no volverá a encontrarse en lo sucesivo más que en la cuestión acerca de la estructura de esa esquicia o escisión del «sujeto» que le asegura un acceso a lo «simbólico».

Todo lo cual será preciso articular con este texto de Hegel: «Esta negatividad es, en tanto que contradicción que se supera [*aufhebende*], el establecimiento de la primera inmediatez, de la generalidad simple; pues lo inmediato es el otro del otro, [lo negativo de lo negativo] *lo positivo, lo idéntico, lo general*. Si se quiere contar después de todo, *este segundo* inmediato sería en el conjunto del transcurso, el *tercero* en relación con el primer inmediato y con el mediato. Pero es también el tercero en relación



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

siones anales, y por lo demás ninguna de las pulsiones «parciales», no conocen según Freud la diferencia de sexos. Sin embargo, el erotismo anal –por no reconsiderar sino aquél que más insiste, en todo caso en Freud– es posesivo, narcisista, siempre en reacción ofensiva o defensiva contra las exigencias de los demás; es agresivo contra el «objeto», al que tortura sistemáticamente cuando la cosa es posible, al que querría aniquilar en la medida en que ya no lo necesitaría, ya no se ampararía en su posesión, su dominación; es tan mortífero como su subsistencia, la perpetuación de su placer, se lo permiten ¹²⁹. Siempre está en guerra para tener, tener más, y por lo tanto arrebatar a los demás; acumular, capitalizar, sin perder nada.

En esa «actividad» sin descanso, agotadora, inquieta, en esa lucha despiadada por la apropiación, la propiedad, la promoción y defensa de lo «propio», ¿cómo preservar un mínimo de descanso, de seguridad, la garantía de la autoconservación? Estarán asegurados por *el estatuto concedido a las mujeres en la guerra*. Pulsional. «Parece que la libido sufre una represión mayor cuando se ve obligada a ponerse al servicio de la función femenina, y que, para emplear una expresión teleológica, la naturaleza (de nuevo ella...) tiene menos en cuenta sus (?) exigencias que en el caso de la virilidad». Las mujeres serán eventualmente el móvil, el botín, el «objeto» de la guerra –y no lo son sin más, puesto que el principal envite es el valor del pene, del que la mujer puede tornarse garante-fetiché– pero no tendrán en la misma un papel activo. Ellas estarían sometidas siempre de antemano, «inhibidas en lo que atañe a la meta de sus tendencias pulsionales» convertidas en sentimientos cariñosos. Remansos de reposo, de seguridad. Representantes de la reducción total de las excitaciones pulsionales. Y por ende del re-aseguro de la «muerte». Dulce, tranquila, sin dolor. Desvanecimiento bienaventurado en el seno materno. Acogida, relajación, descanso del guerrero. Tal sería su función en esta guerra, decretada en fórmulas en las que se manifiesta a veces un tono de conjura. En todo caso ellas serán de nuevo rechazadas, inhibidas, ¿reprimidas? en su economía libidinal primaria. La realización de sus pulsiones pregenitales –sobre las cuales se nos informa además acerca de su «increíble» fuerza, comparable «contra toda expectativa» a la del niño pequeño– se verá contrariada, derivada, convertida en su contrario, para satisfacer, en una armoniosa complementariedad, a las del hombre.

En esta guerra, otras *reservas* serán además acondicionadas: la perennidad del botín, del tesoro. Si aquello de lo que se trata de apropiarse, conservar, acumular, es perecedero; si puede ser arrebatado; si se puede cambiar su valor, por ejemplo con una mirada, entonces el trabajo, la guerra, serán sin piedad, sin fin... Así, pues,

¹²⁹ Cfr. S. Freud, «Sur la transposition des pulsions», *La vie sexuelle*, cit., y «Les états de dépendance du Moi», *Essais de psychanalyse*, cit.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

«Otras veces», por desgracia, «ésta (la frigidez) permite suponer la existencia de un factor constitucional, o incluso anatómico». Incluso...

* * *

«Cuando la elección de objeto está influida por una homosexualidad manifiesta, consideramos el hecho como una consecuencia extrema del complejo de virilidad». La elección de objeto de *una* homosexual sólo puede estar determinado por un complejo de *virilidad* particularmente insistente. «Rara vez (o nunca) éste es la prolongación directa de la virilidad infantil». Hay que interpretarlo más bien como «regresión al antiguo complejo de virilidad» como consecuencia de las «inevitables decepciones que sufren las chiquillas por parte de sus padres», a los que habían tomado como «objeto», tras haber «adoptado la actitud edípica». Evidentemente, «esas decepciones, [...] que también constituyen la suerte de las niñas destinadas a la feminidad normal, no provocan en estas últimas reacciones semejantes». Y «desde luego, *el factor constitucional* tiene a este respecto, incontestablemente, una importancia decisiva». Como cabía esperar... Con independencia de este último, ¡las homosexuales «interpretan uno con respecto al otro *indiferentemente* el papel de la madre y del hijo, o del marido y la mujer»!, actitudes que reflejan cabalmente «las dos fases del desarrollo de la homosexualidad femenina». Así, pues, ¿esas dos fases serían «la prolongación directa de la virilidad infantil» o «la regresión hacia el antiguo complejo de virilidad»? ¿A no ser que una de ellas, la segunda, corresponda a la identificación con el padre, posterior a la renuncia a éste como «objeto» de amor? Otros textos subrayan su posibilidad¹³⁵. Lo esencial, en todo caso, consiste en demostrar que la elección de objeto del homosexual está determinada por un deseo, un «tropismo», ambos *masculinos*. La libido femenina está amputada de la búsqueda activa de sus «objetos-fines» pulsionales, y de sus «impulsos» primitivos. Ella no tiene, en cierto modo, ni fin (telos) ni origen (arché) propios. Las pulsiones que conducen al homosexual a elegir para sí un objeto de satisfacción son, forzosamente, pulsiones «varoniles».

Así, pues, se leerá en la argumentación de Freud desarrollada en el texto consagrado a un caso de homosexualidad femenina, que la homosexual «asumía claramente el tipo masculino en su comportamiento hacia el objeto amado»¹³⁶, que «no

¹³⁵ En particular S. Freud, «Psychogénèse d'un cas d'homosexualité féminine», *Revue française de psychanalyse* VI, 2, 1933. Puede acudirse preferentemente a la última traducción francesa de este texto a cargo de D. Guérineau en Freud, *Névrose, psychose et perversion*, París, PUF, Bibliothèque de psychanalyse [ed. cast.: *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis* Madrid, Alianza, 2003]. Con independencia de la traducción, se apreciarán las cualidades «literarias» de este «relato» y las sobre-determinaciones ideológicas de buena parte de sus enunciados.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 137.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

su sexo para tornar sus deseos, «ganas», hacia el único sexo: masculino). La prohibición, la depreciación del deseo del «mismo» –¿del que serían cómplices las mujeres por su superyó «masculino»? ¿fálico, en todo caso?– en la evolución de la sexualidad femenina daría cuenta, en buena medida, de cuanto es deplorado como la frigidez, la inapetencia sexual. Pero podría servir de palanca de interpretación de muchos otros síntomas concomitantes, o derivados: falta de autonomía; fragilidad narcisista o hipernarcisismo; incapacidad para la sublimación, que no excluye un erotismo «etéreo»; relaciones por lo menos difíciles con la madre, y por lo demás con todas las mujeres; ausencia de intereses «sociales» y más en general de todo interés sostenido; depresiones y somatizaciones crónicas; etc. Manifestaciones todas de una carencia de economía autoerótica, homo-sexual. O incluso, y de nuevo, *de las pulsiones de muerte*. Su reintroducción «activa» está prohibida para/en la sexualidad femenina. Proscripción sin derivación, metaforización, sublimación, habilitadas, habilitables debido a la inadecuación, para la sexualidad de la mujer, de una organización, dominante, de lo *especular*. Que deja, de forma diferente sin duda, a la función sexual femenina y a la función sexual materna en un suspenso, amorfo, de su economía pulsional y/o en una determinación excesivamente heterónoma de ésta. «Economía» dominada por las exigencias de pulsiones –en particular sádicas, o escotofílicas –cuya práctica estará reservada sólo a los hombres. Y, sobre todo, por la necesidad de mantener la primacía del Falo.

Por eso no habrá homosexualidad femenina, sino una sola hombro-sexualidad [*homo-sexualité*] en la que la mujer será implicada en el proceso de especularización del falo, solicitada a sostener el deseo de lo mismo para el hombre, al mismo tiempo que asegura, por otra parte y de manera complementaria y contradictoria, la perpetuación del polo «materia» en la pareja ¹⁵⁵. O sea, de lo que resiste a la reflexión infinita: misterio –¿histerio?– que se mantendrá siempre púdicamente *detrás de todo espejo* y que relanzará el deseo de ver, de saber más de ello. De tal suerte

¹⁵⁵ Esta asimilación y asignación de la mujer, de la madre, al polo «materia» es, como es sabido, tradicional. La encontramos en Freud, incluso en el texto sobre la homosexualidad femenina en el que se enuncia más o menos explícitamente en la interrogación, igualmente secular, sobre las responsabilidades respectivas en la homosexualidad del «hermafroditismo físico» y del «hermafroditismo psíquico» (*ibid.*, p. 137), de lo «innato» y de lo «adquirido» (*ibid.*), de la «herencia» y la «adquisición» (*ibid.*, p. 152), del «cuerpo» y del «alma» (*ibid.*, p. 153). Y aunque Freud no se inscribe sin reticencia en semejante problemática, numerosos enunciados indican que permanece en parte aferrado a la misma, en particular y sobre todo cuando se trata de sexualidad femenina. De esta suerte, nos enteramos por el texto de que la independencia de uno de los factores respecto al otro «es más clara en el hombre que en la mujer, en la que la expresión física y psíquica del carácter opuesto coinciden con mayor regularidad» (*ibid.*, p. 137). La mujer tiene un psiquismo, un «alma», mucho menos diferenciados de lo orgánico que el hombre. ¿Tal vez incluso carece de ella? Veja cuestión... Así, pues, su homosexualidad estará más determinada por sus hormonas, por «ovarios probablemente hermafroditas» (*ibid.*, p. 154).



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

pues, la identificación con la madre acarrearía una repetición del himen desventurado de los padres. ¿Qué expone aquí Freud a la interpretación? ¿El matrimonio poco afortunado de «sus» padres? ¿El fracaso, fatal, de toda unión conyugal? ¿El infortunio de la mujer, aunque fuera madre, en todas las bodas? ¿Así como el del hombre, aunque fuera padre? Curiosa evocación del himen, que cobra, forzosamente, el rostro de la desgracia...

En cuanto a la mujer que se convertirá en madre, obedecerá aún al «viejo móvil» de siempre: «La carencia de pene no ha perdido un ápice de su potencia». Lo que se traducirá en el hecho, ineluctable, de que «sólo las relaciones de la madre-hijo sean capaces de dar a la madre una plenitud de satisfacción, porque, de todas las relaciones humanas, son las más perfectas y las más desprovistas de ambivalencia». En efecto, «la madre puede trasladar a su hijo todo el orgullo que le estaba permitido tener a ella misma, y ella espera de ello la satisfacción de lo que continúa exigiendo al complejo de virilidad». De esta suerte, no es tanto el hecho de convertirse en madre lo que «cambiaría la actitud de la mujer después del nacimiento de su primer retoño», o al menos ese *mero* hecho no bastaría para resolver los conflictos, en particular conyugales: si ella es madre como *su* madre, madre de una hija, la relación desgraciada entre sus padres –que procrean una hija– seguirá amenazando la unión con el marido. Pero si ella es madre de un niño –lo que, por desgracia, no tuvo lugar en su relación con la madre, lo que instaura y confirma para ella, por ella, el valor de otro «comienzo»–, encontrará entonces, encontrarán entonces, «una plenitud de satisfacción». Porque, gracias a su hijo, ella será recompensada por su humillación narcisista, susceptible al fin de amar al portador de pene «perfectamente» y «sin ambivalencia». Fianza de la armonía familiar. Porque «la felicidad conyugal no está firmemente asegurada mientras que la mujer no haya logrado hacer de su esposo *su hijo*, mientras que ella no se comporte *maternalmente* con él». Haber traído al mundo un niño, el nacimiento del hijo, resolverá la cuadratura del círculo¹⁶⁰. Familiar. En el que la mujer queda colmada, llena de «orgullo» de inscribirse en, y de perpetuar, el árbol genealógico de su padre-marido. Así, pues, no serán la repetición, re-presentación, representación de *su* relación con *su* madre, las determinantes a este respecto. Es más, el descubrimiento para/por ella de una relación especular específica con lo originario, la introducción de un «espejo» a cuyo alrededor giraría, volvería, la función matricial; acceso y/o exceso al y/o en el deseo sexual de la mujer. Tampoco lo sería el hecho de que la maternidad

¹⁶⁰ Habrán observado que, para resolver la cuadratura de esta «circulación del deseo», el sexo de la mujer habrá sido marcado con una *doble negación* (cfr. nota 123), pero que ella deberá cargar de manera *doblemente positiva* el pene o patrón del valor. Esta economía de la reduplicación, posible gracias al nacimiento del hijo, garantizaría sus pulsiones frente a toda *ambivalencia*.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

en la economía de la (re)producción, y a reinterpretar a este respecto el papel constrictivo de las determinaciones históricas sobre lo «psicológico» y las teorías que dan cuenta de ello.

Sin duda, «lo que acabo de contarles no es, por así decirlo, más que la *prehistoria* de la mujer». Lo que tranquiliza e inquieta al mismo tiempo. Aún no se ha dicho todo sobre la sexualidad femenina... Pero lo que se enuncia de su «prehistoria» implica tal desconocimiento, tal denegación, tal represión de sus pulsiones y representaciones pulsionales primarias, y por lo tanto tal inhibición, tal retirada de catexis o tal «conversión» de las mismas, que la historia resultante despierta los peores augurios.

«Para continuar la prehistoria, digamos tan sólo», o incluso, «que la instauración de la feminidad queda a merced de los trastornos provocados por las manifestaciones residuales de la virilidad primitiva. La regresión a las fijaciones de esta fase preedípica es frecuente». Y, «en determinadas existencias, puede observarse la alternancia reiterada de épocas en las que unas veces predomina la virilidad y otras la feminidad». De tal suerte que lo que los hombres designan como «*enigma femenino*» se explica, tal vez, por «*esta bisexualidad en la vida femenina*». Bisexualidad que se analizaría, por lo tanto, como «virilidad primitiva», por una parte, e «instauración de la feminidad» mediante la aceptación de «la castración consumada», por otra. Como falismo valeroso, y falismo capado. O incluso como deseo «viril» hacia la madre, y «envidia» del pene del padre.

Así, pues, esta bisexualidad femenina, ¿no representaría una *recapitulación, invertida, del «programa» que se pr escribiría a la sexualidad masculina?* ¿Una proyección, trastornada, invertida, del fin –del *telos*– de la historia de la sexualidad masculina? Donde el *enigma* femenino es la prueba de una progresión hacia su saber . Absoluto. Por lo tanto, él tendría que introducir cada vez más en la efectividad de la conciencia el no saber que ella perpetuaría, el «inconsciente» que le habría sido asignado sin que ella lo sepa. No saber e «inconsciente», para ella, en última instancia absolutos –al menos en esta historia– pero, para él, descifrables en la medida en que de alguna manera la habría sometido a los mismos como guardiana de lo negativo. Que asegura la posibilidad del infinito de la regresión: de la conciencia, del sexo. Muerte de la conciencia (y) del sexo necesaria para la dialectización progresiva por sublimación (?) fálica.

De esta suerte, la bisexualidad de la mujer; esa indecibilidad en la que sería mantenida la determinación de su sexo, esa «inconsciencia» en la que ella permanecería en lo que atañe a su relación con lo sexuado, sería *la reserva de diferencia sexual* conservada por ella en el no saber para todos los efectos de idealización(es). Bisexualidad «femenina» que evoca el reverso, el envés y el repliegue, el cambio total, la retroversión de *la matriz de la historia* (de la –llamada– sexualidad masculina) que



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

mordial impedir que apareciera la conformación incompleta, viciosa, de los órganos genitales femeninos. El pudor será el recordatorio, *invertido*, del compromiso y de la negación que operan en la elaboración del fetiche. De cuerpo bello, engalanada con oro por él y para él, la mujer seguirá siendo reservada, modesta, púdica, en cuanto a su sexo. Discretamente cómplice de su disimulo. Asegurando el *doble juego* de exhibir su cuerpo, sus joyas, para mejor ocultar su sexo. Porque si el «cuerpo» de la mujer presenta alguna «utilidad», representa algún «valor», será con la condición de ocultar el sexo. Esa *nada* de consumo. Convertido además en fantasma, como boca ávida. ¿Cómo comerciar con una cosa tan hueca? Para venderse se trata, para la mujer, de poner el máximo velo al des-precio sexual que le corresponde ¹⁶².

4. De donde se desprende, para ella, la importancia de los tejidos, de la tela para (re)cubrirse. Se explicaría así la única contribución de las mujeres «a los descubrimientos y las invenciones de la historia de la civilización: el arte de tejer». «Copia», por lo demás, muy aproximada, «del *modelo* que *la naturaleza* ha provisto en los pelos púbicos». La mujer (no) podría (más que) imitar la Naturaleza. Redoblar lo que ésta provee, produce. Para ayudarla, suplirla, *técnicamente*. Y paradójicamente. Puesto que la Naturaleza es (el) todo. Pero ese todo no puede aparecer como nada. De sexo, por ejemplo. Así, pues, la mujer teje para taparse, para ocultar los defectos de la Naturaleza, restaurarla en su integridad. *Desarrollándola*. Envoltura de la que se dice, en palabras de Marx, que preserva el «valor» de una justa apreciación. Que permite el «intercambio» de productos «sin el saber» de su valor efectivo. Abstractando, universalizando, haciendo sustituibles los «productos» sin el (re)conocimiento de sus diferencias ¹⁶³. En palabras de Freud, que sirve para disimular frente a la mirada horrorizada del niño pequeño, del hombre, la diferencia de sexos. «Es sabido cómo reaccionan a las primeras impresiones provocadas por la carencia de pene. Niegan esa carencia y *creen ver* pese a todo un miembro; corren un *velo* sobre la *contradicción entre observación y prejuicio*¹⁶⁴». Envoltura que, casi imperceptiblemente, habrá introducido la naturaleza y su trabajo en la economía fetichista, hurtando a la estimación, manteniendo en secreto, lo que ella/él es susceptible de producir. Conservando, desde ese momento, la creencia y el prejuicio. Protegiéndolas de la contradicción con la «observación».

Pero *la contradicción está ya inscrita en el velo*, en la *duplicidad* del funcionamiento del velo. Toda vez que sirve para cubrir un «menor» valor, para sobrevalorar el fe-

¹⁶² Por lo demás, ella es comprada en tanto que cuerpo impregnado o huella del valor de un pene-falo: el del padre o el del proxeneta.

¹⁶³ K. Marx, *Le Capital*, Libro I, Sección I, cap. I, § 4 [ed. cast.: *El capital*, Madrid, Ediciones Akal, 2002].

¹⁶⁴ S. Freud, «Organisation génitale infantile», *La vie sexuelle*, cit., p. 115.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

lo—, los desiderata relativos a los derechos sociales de las mismas «emancipadas», o que al menos tienen la esperanza de estarlo, son más difíciles de eludir. Naturalmente, no viene a cuento, al fin y al cabo, pedir las mismas atribuciones. Sin embargo es preciso que las mujeres obtengan la(s) misma(s), para que se tengan en consideración —para que esta consideración se imponga— las diferencias que ellas suscitarían. Porque es evidente que las mujeres tienen «menos» intereses sociales que los hombres». La equivocidad, la duplicidad de sentido de la expresión hace las veces de comentario. ¿Y por qué tendrían que interesarse por una sociedad que no les interesa? Que no les proporciona intereses sino por la mediación, obligada, de aquellos que están, de derecho y de hecho, interesados. ¿Por «protesta viril»? Que corre el riesgo de acarrearles más perjuicios que... intereses. ¿Por masoquismo? En el ámbito social, el masoquismo no supone un gran placer. Por otra parte, ¿cómo participar en la vida social cuando no se dispone de alguna moneda de cambio, cuando no se posee nada (de propio/en sus propias manos) que pueda poner en relación con las propiedades del otro, de los otros?

Entonces...: «En lo que atañe al interés social, la inferioridad de la mujer se debe, sin duda, al carácter asocial que es propio de todas las relaciones sexuales. Los enamorados se bastan a sí mismos y la familia, asimismo, pone obstáculos a que se abandone un círculo estrecho para pasar a uno más amplio». O incluso: la inferioridad social de la mujer *redobla* su inferioridad sexual y/o *viceversa* en una circularidad que será difícil de superar, de la que a duras penas se podrá salir. En este sentido, se sabe que la mujer ve cómo le son negados beneficios sociales en función de su «constitución», pero se olvida con excesiva frecuencia lo que las estimaciones de la citada constitución deben a la condición social que se concede a la mujer. La sociedad, con el pretexto de imitar, de ayudar a una «naturaleza» cuyo concepto ella ha producido —siempre dando vueltas sobre lo mismo—, animaría hacia las mujeres una «mayor represión», «tendría menos en cuenta sus exigencias que en el caso de la virilidad». De tal suerte que el enlace de las palabras «interés social femenino» no podría justificarse. ¿Y otro tanto sucedería con «libido femenina»? Entonces, ¿por qué invocar el hecho de que la mujer manifiesta un desinterés hacia la cosa pública porque está más absorbida por las relaciones sexuales? ¿Por qué «los enamorados se bastan a sí mismos»? Las mujeres son a menudo «frías» en función de su «destino» libidinal, el amor les resulta prácticamente imposible a causa de su «envidia del pene», etc.

Todo esto se presenta desde luego muy «oscuro», y lo seguirá estando mientras que la «feminidad» y los papeles que se le atribuyen no sean interpretados en tanto que formaciones «secundarias», prescripciones «útiles», en relación con la masculinidad. Cualquier otra explicación, que se esfuerce en relacionar la «feminidad» con la «mujer» —constitución, destino biológico, complejos de castración e incluso de



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

la sexualidad de la mujer? Sin duda, en la medida en que describe un estado de hecho, Freud no se equivoca. Pero sus enunciados son además normativos y regulan una práctica. ¿Entonces?

7. Máxime «*cuando, en ellas, la facultad de sublimar los instintos permanece más débil*». Lo que da un poder más absoluto a la (contra)transferencia sobre/del analista –padre, hombre, marido– y hace más problemática su disolución por la interpretación.

Que la mujer tenga menor aptitud para sublimar que el hombre –salvo algunas variantes individuales– es presupuesto por la operación misma de la sublimación: su envite, sus condiciones y modalidades. Y, sirviéndose de la comparación –«*facultad más débil*–, Freud pensará, una vez más, la sexualidad femenina como una *sexualidad masculina menor*. Ahora bien, todo el «devenir mujer» tal y como él lo ha descrito explica que la «feminidad», incluso realizada, sobre todo realizada, no puede sublimar. De esta suerte, el «superyó» funciona de tal manera que no favorece la sublimación. La madre, soporte de la identificación primaria, se descubre castrada, y por lo tanto desvalorizada; en cuanto a la identificación con el «prototipo paterno» –madre «primitiva» fálica o padre–, le está doblemente prohibida a la madre: el pene representa el objeto del deseo que no se puede introyectar totalmente, el superyó que resultaría de esa identificación sería «viril». Así, pues, la mujer permanecerá *en un estado de dependencia infantil frente a un superyó fálico*, superyó severo y despectivo hacia su sexo «castrado» y cuya crueldad favorecerá más bien la proliferación de fantasmas y prácticas masoquistas que la elaboración de valores «culturales». Y además masculinos.

La sublimación implica, asimismo, la movilización de la libido narcisista, la transformación de la libido sexual en energía desexualizada al servicio del yo. Ahora bien, además de que la definición del «yo» en la mujer resulta dudosa, el sentimiento de inferioridad que padece, necesario para el papel sexual y social que debe cumplir, no favorece, en ella, el desarrollo de la libido narcisista. Sino mediante identificaciones con modelos masculinos que conducen a la «protesta viril», o incluso por la satisfacción de representar el pene para el hombre, a hacerse por procuración su soporte fetichista, a representar la «cosa» deseable; «cosa», por supuesto, cuya «*facultad de sublimar los instintos permanece débil*». Lo que recuerda que la mujer se cree obligada a perpetuar el polo «objeto» en el funcionamiento de la diferencia sexual; así, pues, ella será poco apta para la «sustitución de objetos» que opera en el proceso de sublimación. Que por añadidura está dominado por intereses sociales que poco la atañen.

Por otra parte, es sabido que la energía pulsional de la chiquilla ha sufrido una fuerte represión a causa de su «*complejo de castración*». Así, pues, le quedará poca para invertirla en actividades de sublimación. Apenas podrá ejercitarse en «la incli-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

treinta años, casada, madre de uno, dos, tres... hijos, ella ya no tiene otros progresos, socialmente ratificados, que realizar, sino que ha de continuar incansablemente la misma tarea. ¿Tendrá que aceptar tal vez que su marido tenga una o varias queridas? Lo que la obligará, en el mejor de los casos, a analizar su relación con la homosexualidad. Pero son éstas cosas de las que se habla poco, y ni siquiera es seguro que ella tenga alguna ocasión de decir algo al respecto. Y otro tanto sucede con las dificultades, mayores aún, a las que se enfrentará si nace en ella el deseo de uno o varios amantes. ¿Le queda su hijo? Si su sueño infantil tuvo el placer de realizarse.

La historia continúa... Pero, ¿qué «esperanza de ver realizarse un cambio cualquiera»? «Todo ocurre como si el proceso hubiera *acabado*, a salvo de toda influencia, como si la *penosa* evolución hacia la feminidad hubiera bastado para agotar las posibilidades del *individuo*». ¿Cómo si la historia hubiera terminado? ¿Y se hubiera detenido, para ella, en su prehistoria? Y si esa «penosa evolución» hacia la feminidad ha sido en buena medida el resultado de influencias que ya han producido sus efectos –poder familiar y social patriarcal, ideología falocrática, que la amenazan «con la pérdida del hecho de ser amada» si no se somete¹⁷⁸–, dichas «influencias» sólo piden a la mujer de treinta años que continúe satisfaciéndolas, y que encuentre en ellas satisfacción.

Por más insatisfecha que pueda estar. Lo que la conducirá, eventualmente, ante algún terapeuta que «lamentará ese estado de cosas», que en nada podrá cambiar, «aun en el caso en que logre *vencer a la enfermedad* liquidando (?) el conflicto neurótico». Eso es tanto como decir.. No obstante, la reacción del terapeuta puede sorprender. La mujer de treinta años, sobre la que hay motivos para pensar que padece una ¿psicosis?, ¿neurosis? histérica, aporta en el análisis una sintomatología bastante móvil, maleable, una angustia de frustración que pide una transferencia, es –para aquellos para quienes el asunto siga resultando interesante– hipnotizable y sugestionable a pedir de boca a causa de la fragilidad de su inserción en los sistemas simbólicos. En una palabra, habría que *inventar para ella la práctica analítica*. Más que en el caso del «hombre de treinta años», al que su implicación sociocultural predispondrá más bien a la psicosis-neurosis obsesiva. Ahora bien, ¿tendría el psicoanálisis otro efecto que el de confirmarla en las «posiciones definitivas» que su (?) libido se vio obligada a adoptar? ¿Mientras que el obsesivo –¿tal vez un poco paranoico?– trabajaría para apaciguar estos conflictos femeninos al objeto de que todo vuelva de nuevo al orden? Él, que no desea gran cosa que esto cambie, que esto evolucione, que esa mujer perturbe sus costumbres sexuales, su economía pulsional escotofílica y sádico-anal, sus sublimaciones narcisizantes, su respeto algo

¹⁷⁸ S. Freud, «Disparition du complexe d'Oedipe», *La vie sexuelle*, cit., p. 121.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

más allá del espejo? ¿Cómo dominar esos maleficios, fantasmas movedizos del inconsciente, cuando una larga historia ha enseñado a no buscar ni desear más que la claridad, la evidencia de las ideas (fijas)? ¿Acaso ha llegado el momento de volver a hacer hincapié en *la técnica*? De renunciar momentáneamente a la soberanía del pensamiento para forjar *herramientas* que aprovecharán los recursos aún no explotados, las minas no exploradas. Tal vez haya que abandonar provisionalmente la contemplación serena del propio imperio para domesticar las fuerzas que podrían, desencadenadas y liberadas, conducir cabalmente al estallido de la concepción. Rodeo por *la estrategia, la táctica y la práctica*, al menos durante el tiempo necesario para ver, saber, tenerse, incluso en el propio descentramiento. El «sujeto» se anda con rodeos con la verdad, la vigila con el rabillo del ojo, oblicuamente, para intentar apropiarse de lo que ésta no puede, ya no puede decir Abriendo, perforando las metáforas –sobre todo fotológicas– que la han constituido como tal partiendo de las premisas de la filosofía occidental: virgen, muda, y oculta en su misma revelación, conforme a una óptica que todavía es ingenuamente «natural», desde un punto de vista aún decididamente ciego, y que no sospechaba acerca de aquello que su ceguera recubría.

Sobre lo cual conviene ahora operar so pena de perderlo todo. Así, pues, ha de reanudarse la labranza de las tierras que se creían definitivamente cultivadas y que resultan estar baldías, susceptibles de producir la asfixia de cuanto echa cimientos sobre su suelo. El «sujeto» debe volver al trabajo de profundización de los cimientos, abrir más espacio para los subterráneos que aseguraban el edificio de su determinación, seguir cavando en los sótanos sobre los cuales erige el monumento de su identificación, con el fin de apuntalar de manera más estable su «residencia»: el sistema de su relación consigo mismo, la clausura de sus auto-representaciones, hogar de su exilio voluntario como «sujeto». En efecto, la estancia más familiar para el hombre se ha tornado en las/sus elaboraciones teóricas mediante las cuales ha intentado reconstruir, conforme a una imposible metaforización, lo matricial y el camino que conduciría, que devolvería al mismo. Pero, queriendo trastocar la angustia del encarcelamiento en el otro, haciendo suya la estancia misma, le vemos hecho prisionero de efectos de simetría que ya no conocen límites. Se apoya aquí y allá en las paredes de su palacio de espejos, cuyo suelo comienza además a temblar, a tambalearse. Lo que desde luego da un nuevo impulso a su actividad, incitándole a nuevas tareas que durante un cierto tiempo van a distraerle de su cautividad especular. Derivación por el fondo o los fondos de su locura, pretexto para un aumento de atención, de vigilancia, de dominio. Hay que hacer prospecciones acerca de las causas de las sacudidas, interpretar sus convulsiones sísmicas, se-ípsicas.

Pero el hombre sólo se plantea (a sí mismo) las cuestiones para las que ya tiene respuesta, dotado de los instrumentos suficientes para asimilar hasta los reveses de



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Mientras que «ella» llega a no poder decir que su cuerpo sufre. Desvalijada hasta de las palabras que se esperan de ella sobre esa escena inventada para escucharla. ¿En una confesión de usura del lenguaje o su denegación fetichista? Pero la histeria, al menos la que por privilegio es el destino de lo «femenino», *no tiene ahora nada que decir*. Lo que «ella» padece, lo que «ella» codicia, e incluso aquello con lo que «ella» goza, sucede en otra escena en comparación con las representaciones ya codificadas. Represión del decir, sometimiento a un inter-dicto con síntomas «jergológicos» –designación ya sospechosa de un prehistórico–, que sin duda ya no será retirado en esta historia. Salvo tal vez haciéndola entrar, sin tener en cuenta su sexo, conforme a juegos de tropos y tropismos «masculinos». Convertida a un discurso que niega la especificidad de su placer, inscribiéndolo en huecograbado, en el reverso, en negativo, censurándolo incluso, con sus certificados fálicos. Homosexualizada, pues. Tra(ns)vestida perversamente para las satisfacciones pederásticas o sodomizantes del padre-marido. Profiriendo con voz chillona reivindicaciones cuya inocuidad es demasiado evidente como para que susciten inquietud, que provocan una sonrisa. Como proporciona diversión un niño que proclama en voz alta las locas ambiciones que los adultos callan. Se conoce su ineptitud para realizarlas. Y que ella exhiba además ingenuamente sus fantasmas de poderío les sirve de re-creo en su carrera hacia el poder. Volviendo a poner en escena para ellos, conservando en reserva para ellos, en su infancia, aquello de cuanto deben apartarse un poco para atender solícitamente a la confirmación de su dominio, pero de lo que no pueden dispensarse completamente so pena de llegar incluso a perder el rumbo. Así, pues, ella imitará pitiáticamente deseos inducidos, sugerencias ajenas a su conciencia todavía amorfa, y que se claman con tanta mayor fe cuanto más lejos aún la desvían de sus intereses. Re-sometiéndose, en ese rol de doble alienante, al orden establecido, ella abandona, reniega incluso de la prerrogativa que le ha sido históricamente asignada: la inconsciencia. Ella prostituye cabalmente el inconsciente a los proyectos y proyecciones, aún presentes, de la conciencia masculina.

Puesto que, allí donde el hombre-Freud –pero también podría hacerlo la mujer, que es aquello que se le debe al hombre– habría podido interpretar lo que la sobredeterminación del lenguaje, sus efectos a posteriori, sus subsuelos de sueños y de fantasmas, sus sacudidas convulsivas, sus paradojas y contradicciones... debía a la represión, siempre sujeta a un retorno, del poder materno –del matriarcado, sirviéndonos de un punto de referencia prehistórico– pero también del devenir de la historia de la sexualidad femenina, no se obtendrá más que confirmación en comprensión y extensión del discurso (del) mismo. De esta suerte, la «mujer» viene a empotrarse, a empalarse en esta arquitectónica más poderosa que nunca. En la que ella misma se complace a veces requiriendo un reconocimiento de consciencia, e incluso una apropiación de inconsciencia, que ella no puede tener. Inconsciencia que



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Pero, se habrá podido objetar ya –defendiendo de nuevo el objetivo y el objeto–, el espejo no es forzosamente un espejo. Puede ser –sencillamente... – un instrumento que *separa* los labios, las ranuras, las paredes, para que el ojo pueda penetrar *en el interior*. Para que pueda echar un vistazo, en particular con fines especulativos. La mujer, después de haber sido ignorada, olvidada, diversamente congelada en espectáculos, envuelta en metáforas, sepultada bajo figuras bien estilizadas, realizada en distintas idealidades, se tornaría ahora en el «objeto» a considerar, al que conceder explícitamente su consideración, y a introducir, en cuanto tal, en la teoría. Y si ese centro, que fijaba e inmovilizaba en su clausura la metafísica, era atribuido a menudo a alguna divinidad u otra transcendencia invisibles en cuanto tales, ¿se descubrirá acaso su sentido último devolviéndolo a lo visible del sexo femenino?

Sí, el ojo –incluso delegado al sexo– del hombre podrá explorar el sexo de la mujer, buscar en el mismo nuevas fuentes de beneficio. También teóricas. Con ello fetichiza adicionalmente su/el deseo. Pero la hipoteca del misterio se perpetúa, con independencia de la asistencia que hoy y desde hace poco proporciona la «histeroscopia». Puesto que, aunque el lugar del origen, lo originario, permanezca, aunque no sólo la mujer sino también la madre pueden descubrirse ante sus ojos, ¿que hará él de la exploración de esa mina? Sino usurpar un poco más un derecho de mirada sobre todo, sobre el todo, reforzando de tal suerte la usura de su deseo, precisamente allí donde, rigurosamente, cree estar trabajando para la reducción de una ilusión. Aunque fuera transcendental. Pues, ¿que habrá, qué habrán *visto* en esas desviaciones? ¿Y qué relatarán acerca de las mismas? Una desilusión igualmente ilusoria, donde lo transcendental conserva su secreto. Entre empírico y transcendental *una incertidumbre habrá quedado indemne*, se habrá sustraído a la prospección. El espacio-tiempo del riesgo de una consumación, de la iluminación de los fetiches. En ese fuego, en esa luz, en la debilidad óptica de cuanto resulta imposible contemplar de sus encuentros en llamas, la esquicia que funda y estructura la diferencia entre la experiencia y la eminencia transcendental, en particular fálica, se habrá abrasado también. *Ex-esquicia crisis de la diferencia óptico-ontológica*. ¿Que se deducirá como refundición de toda economía? A decir verdad, no se tiene la menor idea. Y, de insistir en ello, sólo cabe esperar lo peor. Porque cabe temer una crisis general del sistema de los valores, un hundimiento de aquellos que hoy tienen curso legal, la devaluación de su patrón y del régimen de sus monopolios.

La efusión, y la fusión, copulativa, refunde a cada éxtasis el crédito de la moneda. Renueva y redistribuye los envites válidos: entre dos crisis, dos explosiones, dos incandescencias del mineral fetiche. Y no resulta nada fácil prever si, en el juego, quien –¿el que?– haya recuperado y acumulado el mayor número de fichas será el ganador. Cabe imaginar asimismo que quien –¿la que?– se dedique a pulir su as-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Pero la contigüidad voraz de la luz será evitada otra vez dirigiendo la atención únicamente sobre las formas. La visión se protege del riesgo de ceguera utilizando el día para la percepción exacta de los «entes» y el cálculo de sus relaciones y cuentas respecto a su inscripción ideal en la ψυχή [alma, psique]. La visión recta es aquella que sin duda mira a la cara pero por la mediación de dispositivos ópticos interpuestos que impiden todo *tocar de/a* la luz. La razón –que se seguirá llamando luz natural– resulta de montajes especulares que aseguran una constante luminosidad, desde luego, pero que esclarece *fríamente*, sin resplandores. La exactitud eterna de lo bien visto, de lo justamente percibido, ya no conoce la noche, pero tampoco los fuegos del mediodía. La ἐπιστήμη [saber, ciencia] comienza a acordelar, a medir, a calcular a partir de *sombras proyectadas* por/sobre superficies, pantallas y soportes. Y las formas (que se traducen casi siempre con el nombre de Ideas) no serán determinadas como tales –en su presencia, su esencia– sino por la luz que habrán captado, detenido, en sus perfiles. Que se imponen con tanta mayor fuerza, y se tornan por ende más memorables, cuantos más obstáculos, recortes, hayan puesto a una brillantez más fuerte. Huellas delimitadas con arreglo a su luminiscencia. Su impacto, su contacto, es –al menos implícitamente– calificado de demasiado sensible, demasiado material, para que lo inteligible encuentre en ello el principio de sus beneficios. Envite demasiado corruptible, demasiado inconstante e inconsistente, para establecer la permanencia de la relación consigo mismo y con el Todo.

Y el sol en su incandescencia, el sol que conjugándose con un espejo ardiente –y que, además, puede sostener la ficción de haberlo tragado, entrometido, siempre de antemano, en su autocombustión– prende fuego a la flota de todo un pueblo, debe perder su estatuto de modelo para la elaboración de las leyes eternas de la Ciudad. Este «hijo» está aún demasiado cerca de la tierra-madre, demasiado atrapado en la órbita de su universo de pasiones, de aproximaciones, de contactos, para poder servir de patrón de las especulaciones ideales del padre. Que haya indicado, indiciado, algo de su potencia, contribuyendo además a los fundamentos aún empíricos de la ciencia, no deja de exigir que, en un determinado momento, vuelva a caer por debajo del horizonte para no perturbar con sus rayos, arreboles ardientes e intermitentes, la verdad –la ἀλήθεια– inmutable en su candor virginal del λόγος [logos]. Palabras del Padre cuya evidencia exige una reflexión mesurada y armoniosa, sin faros ni eclipses, de cada parte en el todo. Este reparto riguroso de cada parcela de claridad, de la que no se retendrá más que la *información*, es asegurada por series de espejos –pero también de filtros, de lentes, de parafragmas, de cámaras oscuras, de pantallas de proyección y reproducción,... –que dividen el «ser» en fragmentos apropiados para cada «ente»: espejo del Bien, origen de todas las especula(riza)ciones; espejo del alma, que difiere con arreglo al grado de sabiduría de cada existencia; donde este ψυχή cuenta con la ayuda del espejo adivinatorio del hígado; espe-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

rarse de los mancebos, para que no se gaste mucha energía en algo incierto, ya que el fin de estos no se sabe cuál será, tanto en lo que se refiere a maldad como a virtud, ya sea del alma o del cuerpo. Los hombres buenos, en verdad, se imponen a sí mismos esta ley voluntariamente, pero sería necesario también obligar a algo semejante a estos amantes vulgares, de la misma manera que les obligamos, en la medida de nuestras posibilidades, a no enamorarse de las mujeres libres.»

El Banquete, 191 b: «Y cada vez que moría una de las mitades y quedaba la otra, la que quedaba buscaba otra y se enlazaba con ella, ya se tropezara con la mitad de una mujer entera, lo que ahora precisamente llamamos mujer, ya con la de un hombre [...].»

Menéxeno, 238 a: «Pues bien, nuestra tierra y , al propio tiempo, madre nos da una prueba convincente de que ha engendrado hombres: sólo ella en aquel tiempo produjo, la primera, un alimento idóneo para el hombre, el fruto del trigo y la cebada, con el cual se alimenta el género humano de la manera mejor y más bella, por haber engendrado en realidad ella misma este ser. Y este tipo de pruebas conviene admitirlas más para la tierra que para la mujer: no ha imitado, en efecto, la tierra a la mujer en la gestación y en el alumbramiento, sino la mujer a la tierra».

Crátilo 414a: «[...] *gyné* (mujer) me parece que tiene que ver con “generación” (*goné*). Lo “femenino” (*thély*) parece que ha recibido su nombre a partir de la mama (*thél?*)».

Crátilo 418b: «SÓCRATES – Te diré. Ya sabes que nuestros antepasados empleaban mucho la *i* y la *d*, y sobre todo las mujeres, que son precisamente las que conservan la lengua primitiva.»

Crátilo 430d-431c:

«SÓCRATES – Veamos, pues (quizá no alcanzo a ver qué es exactamente lo que dices y podrías llevar razón): ¿es posible atribuir y asignar ambas clases de imitaciones –tanto las pinturas como los nombres aludidos– a las cosas de las que son imitaciones? ¿O no?»

CRÁTILO – Es posible.

SÓCRATES – Antes que nada, examina esto otro: ¿podría atribuirse a un hombre la imagen de un hombre y a una mujer la de una mujer e, igualmente, en los demás casos?»

CRÁTILO – Desde luego.

SÓCRATES – ¿Y lo contrario: el de un hombre a una mujer y el de una mujer a un hombre?»

CRÁTILO – También esto es posible.

SÓCRATES – ¿Acaso son correctas ambas atribuciones? ¿O una de ellas?»

CRÁTILO – Una de ellas.

SÓCRATES – Supongo que la que atribuye a cada uno la que le es propia y semejante.

CRÁTILLO – También yo lo supongo.

SÓCRATES – Entonces, para que no entablemos una combate verbal tú y yo que somos amigos, acéptame lo que te digo: esta atribución, amigo mío, es la que yo llamo correcta en ambas imitaciones –la pintura y los nombres–, y en el caso de los nombres, además de correcta, verdadera. En cambio, a la otra, la atribución y asignación de lo desigual, la califico de incorrecta y falsa cuando se trata de nombres.

CRÁTILLO – ¡Cuidado, Sócrates, no vaya a ser que esto suceda con las pinturas –la atribución incorrecta–, pero no con los nombres, sino que la correcta sea siempre inevitable!

SÓCRATES – ¿Qué quieres decir? ¿En qué se distingue ésta de aquélla? ¿Acaso no es posible acercarse a un hombre cualquiera y decirle: «éste es tu dibujo», y enseñarle, si acaso, su retrato o, si se terciara, el de una mujer? Y con «mostrarle» quiero decir «someter a la percepción de sus ojos».

CRÁTILLO – Desde luego.

SÓCRATES – ¿Y qué si nos acercamos de nuevo a este mismo hombre y le decimos: «éste es tu nombre»? , pues, sin duda, también el nombre es una imitación como la pintura. Me refiero, pues, a lo siguiente: ¿no sería acaso posible decirle: «éste es tu nombre», y después, someter a la percepción de su oído, si acaso, la imitación de aquél, diciendo que es un *hombre*, o si se terciara, la de la parte femenina del género humano, diciendo que es una *mujer*? ¿No piensas que ello es posible y que sucede a veces?

CRÁTILLO – Estoy dispuesto, Sócrates, a aceptarlo. Sea así.

SÓCRATES – Y haces bien, amigo mío, si ello es así. Ya no hay que discutir en absoluto sobre esto. Por consiguiente, si hay tal atribución también en este punto, a una de ellas nos proponemos llamarla «decir verdad» y a la otra «decir falsedad». Mas si ello es así, si es posible atribuir incorrectamente los nombres y no asignar a cada cosa lo que le corresponde, sino a veces lo que no le corresponde, sería posible lo mismo con los verbos. Y si es posible disponer así nombres y verbos, a la fuerza también las oraciones, pues las oraciones son, según pienso, la combinación de éstos.

República I, 329c: «¿Cómo eres, Sófocles, en relación con los placeres sexuales? ¿Eres capaz aún de acostarte con una mujer?» Y él respondió: «Cuida tu lenguaje, hombre; me he liberado de ello tan agradablemente como si me hubiera liberado de un amo loco y salvaje».»

República II, 360b: «En cuanto se hubo cerciorado de ello, maquinó el modo de formar parte de los que fueron a la residencia del rey como informantes; y una vez allí sedujo a la reina, y con ayuda de ella mató al rey y se apoderó del gobierno.»

República III, 387e-388a: «En tal caso, será correcto que eliminemos los lamentos de los varones de renombre, y que los refiramos a las mujeres –y no a aquellas

que son valiosas— y a los hombres viles, de modo que, a quienes decimos que hemos de educar para la vigilancia del país, les desagrada parecerse a estos».

República III, 395d-e: «No toleraremos, pues, que aquellos por los cuales debemos preocuparnos, y que se espera que lleguen a ser hombres de bien, si son varones, imiten a una mujer, joven o anciana, que injuria a su marido o desafía a los dioses, con la mayor jactancia porque piensa que es dichosa, o bien porque está sumida en infortunios, penas y lamentos. Y mucho menos que representen a una mujer enferma o enamorada o a punto de dar a luz.»

República III, 398e: «¿Y cuáles son esas armonías quejumbrosas? Dímelo, ya que eres músico.

– La lidia mixta, la lidia tensa y otras similares.

– Entonces, éstas deben ser suprimidas; no son útiles, en efecto, ni siquiera para mujeres que se hagan acreedoras al respeto; y menos aún para los hombres».

República IV, 431b-c: «Dirige ahora tu mirada hacia nuestro Estado, y encontrarás presente en él una de esas dos situaciones, pues tendrás derecho a hablar de él calificándolo de “dueño de sí mismo”, si es que debe usarse la calificación de “moderado”, y “dueño de sí mismo” allí donde la parte mejor gobierna a la peor .

– Al mirarlo, veo que tienes razón.

– Claro que en él se puede hallar una multiplicidad de deseos de toda índole, de placeres y de sufrimientos, sobre todo entre los niños, las mujeres y los sirvientes y en la multitud de gente mediocre, aunque sean llamados “libres”.»

República V: Habría que citar una gran parte del libro; se extraerán algunos fragmentos que indican que en la ciudad ideal la mujer participará en las mismas funciones que el hombre, como guardiana del Estado. Pero, aparte de que las realizará *menos bien*, habida cuenta de la inferioridad de su naturaleza, ella sólo accederá a las mismas en tanto que es *misma* que el hombre. Todo lo cual habrá de exigir un largo debate —al que habría que remitirse— sobre la definición de lo mismo y de lo diferente en la naturaleza.

451b-c: «Pero tal vez sea correcto proceder así: que una vez completada la actuación masculina, se cumpla a su vez la femenina, máxime dada tu exhortación.»

451d-e: «Sigamos con la comparación, entonces, y démosles [a las mujeres] la generación y la crianza de modo similar, y examinemos si nos conviene o no [...] En este sentido: deben participar en la vigilancia junto con éstos [los varones], o bien ellas quedarse en casa, como si estuvieran incapacitadas por obra del parto y crianza de los cachorros, mientras ellos cargan con todo el trabajo y todo el cuidado del rebaño?

– Deben hacer todo en común, excepto que las tratemos a ellas como más débiles, y a ellos como los más fuertes.»

451e: «Pues entonces, si hemos de emplear a las mujeres en las mismas tareas que a los hombres, deben enseñárseles las mismas cosas.»

452a: «Pero, ¿qué es lo más ridículo que ves en ellas? ¿No es obviamente el hecho de que las mujeres hagan gimnasia desnudas en la palestra junto a los hombres?»

454d-e: «Y en el caso del sexo masculino y del femenino, si aparece que sobresalen en cuanto a un arte o a otro tipo de ocupación, diremos que se ha de acordar a cada uno lo suyo, pero si parece que la diferencia consiste en que la hembra alumbraba y el macho procrea, más bien afirmaremos que aún no ha quedado demostrado que la mujer difiere del hombre en aquello de lo que estábamos hablando, sino que seguiremos pensando que los guardianes y sus esposas deben ocuparse de las mismas cosas.»

455b-e: «[...] ¿no decías que el hombre bien dotado para algo difiere del poco dotado en que el primero aprende fácilmente, el otro con dificultad, y en que uno, tras breve aprendizaje, se torna capaz de descubrir mucho más de lo que ha aprendido, mientras el otro, con una instrucción larga y mucho estudio, no puede retener lo que se le ha enseñado, y en que, en tanto que los miembros del cuerpo del primero son servidores adecuados de su espíritu, los del segundo lo contrarian? ¿Es por esas cosas o por otras por lo que distinguías al hombre bien dotado para algo del poco dotado? [...]

¿Conoces alguna de las actividades que practican los seres humanos donde el sexo masculino no sobresalga en todo sentido sobre el femenino? ¿O nos extendemos hablando del tejido y del cuidado de los pasteles y pucheros, cosas en las cuales el sexo femenino parece significar algo y en la que ser superado sería lo más ridículo de todo?

—Dices verdad —contestó Glaucón—, pues podría decirse que un sexo es completamente aventajado por el otro en todo. Claro que muchas mujeres son mejores que muchos hombres en muchas cosas; pero en general es como tú dices.

—Por consiguiente, querido mío, no hay ninguna ocupación entre las concernientes al gobierno del Estado que sea de la mujer por ser mujer del hombre en tanto hombre, sino que las dotes naturales están similarmente distribuidas entre ambos seres vivos, por lo cual la mujer participa, por naturaleza, de todas las ocupaciones, lo mismo que el hombre; sólo que en todas la mujer es más débil que el hombre.»

456b: «Elegiremos, entonces, mujeres de esa índole para convivir y cuidar el Estado en común con los hombres de esa índole, puesto que son capaces de ello y afines en naturaleza a los hombres.»

457a: «Deberá entonces desvestirse a las mujeres de los guardianes, de modo que se cubran con la excelencia en lugar de ropa, y participarán de la guerra y de las demás tareas relativas a la vigilancia del Estado, y no harán otra cosa, pero las más livianas de estas tareas han de confiarse más a las mujeres que a los hombres, dada la debilidad de su sexo.»

457b-c: «En esto, pues, hemos esquivado algo así como una ola, al hablar de la ley de las mujeres, de modo que no hemos sido completamente inundados por ella, prescribiendo que tanto nuestros guardianes como nuestras guardianas deben ejercer en común todas sus ocupaciones; incluso de algún modo el argumento ha convenido consigo mismo en que dice cosas posibles y provechosas.

– Y por cierto, no es pequeña la ola que esquivaste.»

457d: «[...] todas estas mujeres deben ser comunes a todos estos hombres, ninguna cohabitará en privado con ningún hombre; los hijos, a su vez, serán comunes, y ni el padre conocerá a su hijo ni el hijo a su padre.»

458c-d: «[...] tú, que eres su legislador, tal como seleccionaste a los hombres, así has de seleccionar a las mujeres, y se las darás, tanto cuanto sea posible, de naturaleza similar. Y ellos, al tener casa en común y comida en común, sin poseer privadamente nada de esa índole, vivirán juntos, entremezclados unos con otros, en los gimnasios y en el resto de su educación, y por una necesidad natural, pienso, serán conducidos hacia la unión sexual. ¿O no te parece que digo cosas necesarias?

– Pero no necesidades geométricas sino eróticas, que pueden ser más agudas que aquellas respecto del persuadir y atraer a la mayoría de la gente.»

458e: «Así es. Pero después de eso, Glaucón, que se unan irregularmente unos con otros o hagan cualquier otra cosa, sería sacrílego en un Estado de bienaventurados, y no lo permitirán los gobernantes [...] Es patente, pues, que conformaremos matrimonios sagrados en cuanto sea posible. Y serán sagrados los más beneficiosos.»

459d-e: «En vista de lo que ha sido convenido, es necesario que los mejores hombres se unan sexualmente a las mejores mujeres la mayor parte de las veces; y lo contrario, los más malos con las más malas; y hay que criar a los hijos de los primeros, no a los de los segundos, si el rebaño ha de ser sobresaliente. Y siempre que sucedan estas cosas permanecerán ocultas excepto a los gobernantes mismos, si, a su vez, la manada de los guardianes ha de estar, lo más posible, libre de disensiones.»

460c: «Estos magistrados se encargarán también de la crianza, y de conducir a las madres a la guardería cuando estén con los pechos henchidos, poniendo el máximo ingenio para que ninguna perciba que es su hijo [...]»

Timeo 42b-c: «Y el que hubiera vivido bien, el tiempo adecuado, volvería de nuevo a la morada del astro al que está destinado y allí tendría una vida feliz y parecida a la del astro. Por el contrario, si llegara a errar su objetivo, se metamorfosearía, cobrando, en su segundo nacimiento, la naturaleza de una mujer. Y, a través de esas metamorfosis, si persistiera en su malicia, conforme a la manera en que hubiera pecado, sería siempre semejante a su vicio, transformado en animal.»

Timeo 78d: «Esa piel se ha formado por la acción de estas causas accesorias, pero ha sido dispuesta así también por la sabiduría, que es la causa más elevada en lo que atañe a cuanto habrá de suceder en el futuro. En efecto, que de los hombres de-

bieran nacer un día las mujeres y los otros animales, los que nos han construido lo sabían.»

Timeo 90e: «Aquellos varones que eran cobardes y habían llevado mala vida al parecer se transformaron en hembras en su segundo nacimiento. Y fue en aquellos tiempos y por ese motivo que los Dioses formaron el amor del encuentro sexual».

Carta VIII 355c: «Pero llamar felices a los ricos es de por sí penoso, y un discurso estólido, propio de mujeres y de niños, y que vuelve igualmente estólidos a los que creen en el mismo.»

¿Cómo concebir una niña?

Además el retoño tiene forma femenina, y la mujer se parece a un varón estéril.

Pero el sujeto del deseo es la ὄλη, al igual que una hembra desea a un macho y el feo al hermoso, salvo que aquella no es fea en sí sino por accidente.

Lo que indica además que la hembra no expulsa esperma como el macho y que el producto no es una mezcla de los dos es que a menudo la hembra concibe sin haber experimentado placer durante el coito; y cuando, por el contrario, su placer no ha sido menor, y el macho y la hembra han ido acompañados, no hay germinación si la salida de lo que se denomina la menstruación no se produce adecuadamente.

Porque la naturaleza de la menstruación pertenece al dominio de la materia prima (πρώτη ὄλη).

Aristóteles

Pero, por cierto, ¿qué es el fuego? Un cuerpo simple, una sustancia elemental, predicable de determinadas cualidades. ¿Y la luz? La actualidad de la transparencia para determinados cuerpos que potencialmente lo son: el aire, el agua, y numerosos sólidos. Aquello sobre cuyo tratamiento todavía se extasiaba el filósofo en los comienzos de la επιστήμη [episteme], basta con devolverlo a un análisis científico riguroso para retirarles el aumento de poder que genera. Basta con relocalarlo, en su debido lugar, en una teoría general del ser para reducir la fascinación que provoca.

Ahora bien, ¿y la «materia prima»? Ese incognoscible y que no posee existencia en sí, ¿qué es? ¿Lo que se sustrae así a la cuestión del τόδε τί [éste qué] no sería el devenir (del) cuerpo de/en la madre? ¿El devenir φύσις [fisis] siempre constituido

de antemano como ὑποκείμενον [*hypokeimenon*/cuanto subyace] para la definición de la sustancia del hombre? Esa co-corporeidad con la madre que no conoce aún movimiento(s) estrictamente propio(s), ni intervalos decidibles, delimitaciones entre, pero tampoco, en términos rigurosos, medida del continente ni del medio ambiente ni del contenido, ni tampoco de sus relaciones. Indeterminable, pues, en forma alguna. Fusión, confusión, transfusión, de materia(s), de los cuerpos-materias, donde incluso lo elemental escaparía de una caracterización irrevocable. Donde el mismo y lo otro no habrían encontrado aún su sentido.

Impredicabilidad de la (pr)esencia del «comienzo» del que va a surgir, ex-sistir el ente reclamándose de su progenitor varón que ya disfruta de una forma específica. Y si nos remontamos a las causas de la generación, del deseo y del amor a Dios de ese padre: «origen» de pura propiedad. Para la cual lo inteligible será identificado con la intelección sin aporía posible procedente de lo ilimitado de una «materia prima» gracias a su eterna y perfecta autonomía. Ser ajeno a toda génesis. Separado desde siempre de lo por venir de su formación. Y con todo, plenitud en acto que jamás se arranca de suelo alguno (del) pasado. Actividad que nunca habría tenido que trans-formar (su) potencia con vistas a algún fin –puesto que él siempre ha sido el ser en sí realizado. Y que tampoco se mueve *en ningún lugar* (todavía) natural, que no comprende en sí, ni se desplaza en *extensión alguna* en la que insistiera aún su cuerpo en/con el de su madre-materia.

Y si el Dios –principio absoluto (de sí)– es en la pureza misma de la/su concepción, podrá de esta suerte servir de paradigma –aun desde su recogimiento allende el cielo– para la representación de todo ente, incluso del doblemente aporético del feto en el vientre materno. Su forma siempre distinguida de antemano, la prece-dencia de su diferenciación respecto a lo (la) que la porta, encuentran un aval irrefutable en este Inengendrado que le produce de manera más originaria. Con ello no se afirma que él no tenga siempre que comenzar de nuevo a definir su sustancia en tanto que sometida al devenir, en particular de la generación. Pero una primera determinación, y más arcaica que su comienzo mismo, le es en lo sucesivo atribuida en la relación con su principio, con su τέλος [*telos*/fin]. Y, a fin de cuentas, con el motor primero del universo.

Nada indica que la «materia prima» disfrute de todo ello, materia cuya imperfección es tal vez aquello sobre lo que se funda la elevación suprema (de) Dios. Que sirve, en su inhabilitación misma para toda predicación, de fundamento infinito/indefinido de la promoción ontológica de todo cuanto vive. Radicalmente impotente en cuanto al logos y a la vez suelo todopoderoso, sin saberlo, de su despliegue. Desconocimiento que rechaza a lo más bajo, y en cierto modo a lo más pesado y lastrado, *a ese centro inmóvil en la indiferenciación* de la circularidad de su proceso. Donde su motor reconocido actúa más bien en la *periferia de su órbita*.

Así, pues, toda enunciación, toda afirmación, se desarrollarán y se pondrán por testigo del recubrimiento de la ocultación de la relación inescindible del ser con la madre-materia. Una vez que ésta se ha visto reconfirmada por el a priori de aquél –en tanto que ὑποκείμενον (*sub-jectum*) censurado de la existencia presente–, el hombre puede exponer con toda tranquilidad sus debates, siempre amañados de antemano, con la ὕλη [*hyle/materia*] y la δύναμις [*potencia*]. Por otra parte, todo lo que se repite con insistencia en el enunciado es siempre sospechoso de alguna denegación, o de algún des-precio. Y un discurso filosófico que va a (creer) tomar en consideración la materia en cuanto tal merece que se le escuche de una manera particularmente atenta. En algún lugar olvida, o deniega, que una determinada especulación ya ha disfrazado aquello de lo que habla. Y cuanto menos visible es la intervención del espejo que va a añadir a/en la φύσις, más poderosa e insidiosa es la ficción en curso.

Así, pues, la materia –primera puesta en suspenso, y sospecha– está ya informada. La φύσις está siempre en acto de apropiación a un τέλος. Así sucede con la *planta*, o incluso con *su flor*, «por ejemplo». ¿Es preciso aún que un λόγος haya podido juzgar de su género y especie de planta? ¿Especular sobre las cualidades del vegetal? Etc. La sanción de conformidad de la planta con su finalidad le viene de otro. De un ser hablante, es más, filosóficamente. Ella puede ser plenamente ella misma, y en sí misma, pero la decisión de ese estado será pronunciada por otro. Así, pues, ella sufre en su devenir los efectos de predicación que proceden de otro. Y si ella demostrara, en un tiempo que todavía no ha llegado, un despliegue de potencia todavía sin nombre, no sería ella la que tendría que juzgar del ser o el no ser de esa manifestación imprevista. Ella, que evaluaría ese surgimiento inédito del aparecer de la φύσις como monstruosidad, aberración respecto a la plantidad, devenir incalificable de planta, hibridación natural, ¿o?... Por sí sola sería incapaz de dilucidar su promoción en el ser. Y si, en una «imposible» –en el sentido aristotélico del término– actualización de una «esencia» aún desconocida, ella suplantara, o al menos pusiera en tela de juicio el devenir ontológico del hombre mismo, invirtiendo las premisas de cuanto garantiza su lógica, cabe suponer que el discurso pondría en marcha la prueba de su malformación. Que demostraría la ateleología de semejante determinación de potencia, susceptible de poner en tela de juicio los fundamentos de la discursividad.

La sustancia de la planta, como la de todos/as y cada unos/as, no puede exceder, ni transgredir, ni siquiera desplazar, el estatuto ontológico que le ha sido asignado. De una vez por todas. Ella no es capaz ni de más ni de menos. Debe permanecer en su individualidad y su unidad numérica. Materia-potencia debidamente inmovilizada en/por categorías inmutables, enunciadas por la filosofía primera y en cada una de sus divisiones científicas que tratan de diferentes géneros y especies del Ser. Donde los sentidos del Ser son impasibles a todo devenir.

Y las comprobaciones del físico mismo en el estudio de la naturaleza no pueden modificar lo que se plantea en los «Analíticos». La particularidad de su campo de análisis está de antemano bajo el dominio de las prescripciones que gobiernan o interpretan sus descubrimientos. Si pretende apuntar alguna contradicción con lo que dice el filósofo, lo hace por ignorancia de esa división del Ser que ha tenido lugar de antemano y le pone en condiciones de no considerar más que los atributos de una de sus partes. Por falta de conocimiento de esa petición de principio que prohíbe que el Ser sea nunca definido salvo como lo fuera antaño en las premisas de toda la silogística.

Estos conflictos de precedencia en cuanto a la ocupación del lugar del archivo y del poder de determinación del lugar asignado a cada uno en la teoría no son ajenos sin duda a la cuestión del «infinito» y a las aporías que ésta no deja de re-introducir. Si el primer motor no pusiera un muelle *ala regresión al infinito*, por ejemplo, ¿en qué indiferenciación de la materia prima no correría el peligro de desaparecer/desplomarse sin fin toda sustancia? Seducida por el retorno al vientre de la tierra-madre donde la seguridad de la identidad consigo mismo del ser es cuanto menos problemática. Así, pues, el acceso al mismo debe verse impedido por la elaboración, primordial, de una onto-teología. Lo que –salvo para Dios ajeno a la materia– reduce la potencia de generación, de crecimiento, de alteración, de todo ente. En efecto, cada uno se ve así privado del arraigo en su suelo, de los recursos primos de su «cuerpo», del infinito virtual de su extensión. Pero además todos deben repartirse el «lugar» así determinado, limitándose mutuamente. De ahí la necesidad de que ninguno exceda su lugar ni los movimientos conformes a su naturaleza, que ningún nuevo ser venga a añadirse al número ya existente, so pena de usurpar el espacio de otro, destruyéndole. O incluso de hacer que (se) desborde el continente en el que se despliega(n). O al menos de hacer que se mueva. Se conmueva. Lo que para un lugar (conveniente) es «imposible».

A cada uno le corresponde realizar lo más perfectamente posible su esencia, actualizar plenamente su *τέλος* [fin], en los límites que le son impartidos. Lo que implicaría una lucha a muerte entre las individualidades por la apropiación de la *δύναμις* [potencia] si el filósofo no lo hubiera previsto todo gracias a su sabiduría suprema y su liberalidad desinteresada. A saber, que sólo *Dios* goza sin reserva de sí mismo, pero en el cielo y sin relaciones con la madre-materia que aquel no conoce, ni ha conocido nunca, en la perfección de su entelequia. En cuanto al *hombre*, esclavo por naturaleza, siempre está en devenir en cuanto a la posesión de su forma. Pero el acto será con independencia de todo su privilegio en su relación con *la mujer*, cuya relación con la sustancia es, en la diferenciación que de tal suerte les hace complementarios y no rivales, más *δύναμις*. Más próxima de la materia, pues, y menos apta para conferirse su forma con arreglo al orden del ser. ¿Corresponde

al hombre ayudarla a apropiársela? ¿A apropiarse? ¿A no ser que, en vez de ello, él utilice la disponibilidad de esa potencia para otros fines que le son propios? En efecto, las acciones más valerosas para él son desde luego aquellas en las que el *τέλος* se confunde con el ejercicio mismo. Toda vez que no tiene presente ninguna otra obra, en la que la *ενέργεια* [energía] se transformaría en el objeto producido. Contribuir a la realización de la feminidad de una mujer –siempre que admitamos que ello es posible, en todo caso para un hombre–, constituye forzosamente un rodeo, un desvío de la actividad en una producción secundaria respecto a su devenir ontológico. Antes bien, él debe aplicarse a ver, a pensar, a concebir –lo que no quiere decir necesariamente engendrar–, a vivir, a disfrutar de la felicidad: únicos movimientos en los que el fin es inmanente a la acción, y que en cuanto tales son actos exclusivamente. Donde el agente es a la vez productor y paciente de su energía, obedeciendo así a un ir y venir sobre ella/él misma/o que la/le protege de la ruina. Sin dispensarla, ni desperdiciándola, cuando se trata de mover alguna sustancia que le es ajena, pero tampoco sometiéndose pasivamente a la actividad de cualquiera. Y por supuesto cuando no es el primer motor el que pone todo el universo en movimiento. De esta suerte, el sabio no se activa más que en el devenir de su ser del ser que es su causa y su fin, principio de su traslación circular, la única que no tendría –dicen– en la naturaleza ni su comienzo ni su final. Así, pues, su única «pasión» sería el ser, en torno al cual cabrá preguntarse/le a partir de qué suelo él la/le cultiva.

Por su parte, la mujer permanece más bien en la potencia no actualizada. Al menos por/para ella. ¿Ser por/para otro por naturaleza? Y, en esa separación desigual de la sustancia que es la suya, no sólo ella no es, y por lo demás no existe, sino secundariamente respecto al hombre, sino que además ella podrá ser tanto como no ser. Inacabada, inacabable, en su estatuto ontológico. *Nunca toda* en cuanto a su forma propia. ¿A no ser que ésta sea más bien factible –lo que resultaría paradójico– sólo como *privación*? Ahora bien, cómo podría decidirse al respecto, puesto que la hembra no se resuelve nunca a/en (el) ser, permanece como coexistencia simultánea de los contrarios. *Uno y otro*. Tanto en devenir de corrupción como de generación, por ejemplo. Lo que no permite hacer augurios acerca de su relación de semejanza con lo eterno (lo Eterno). Que, además, no tiene nada que ver con la potencia. Pero da lo mismo: *ni uno ni otro*. ¿Entre uno y otro? ¿Imperceptible «intervalo» entre la determinación de dos cuerpos? ¿Entre dos actualizaciones de un cuerpo? Lo que quiere decir que siempre está sujeto a cambio. Siempre en otro lugar, y en alterancia, en cuanto a su definición. ¿Envés, revés de la posibilidad que tiene el individuo de operar sus desplazamientos en el lugar? ¿No necesario *como tal*, sino en tanto que *sub-jectum* no subjetivo? ¿No subjetivable? ¿En todo caso para/por sí (como) mismo? ¿Condición indispensable para quedarse, mantenerse,

perfeccionarse en la semejanza consigo mismo de lo vivo? A pesar de los riesgos de desaparición en «el infinito», de movimientos incontrolables en «el vacío». De esta suerte, esa «cierta falta de cualidades» que hace que la hembra sea verdaderamente hembra asegura la realización en sus cualidades del varón. Cuya plenitud de posesión de sí habrá tenido necesidad de apropiarse *la potencia* y en cierta medida *el lugar*, y lo que allí se (re)produce como *intersticios* en su incesante transformación en mismo del otro aún en sí. Etc.

De esta suerte, él continúa de manera indefinida/infinita –incognoscible (en su sustrato *histórico*– a moverse en/sobre el cuerpo de su madre, receptáculo que será preciso acotar bien por miedo a que no se pierda en el mismo, y a que el padre ya no pueda hacer que prevalezca la condición previa de su lógica. Pero sigue alimentándose de su potencia –indefinible a su vez– de la que el/ese *lugar* sería, según dicen algunos, la reserva más extraordinaria. ¿Incluso en los predicados de *extensión* espacial de la materia inteligible sin duda? Sin tener en cuenta que él extrae en todo momento de la madre-materia aquello con lo que (re)alza la realización de su forma.

La mujer, en cuanto tal, no sería. No existiría, salvo en la modalidad del *todavía no* (del ser). Y en los (todavía) *entres* del devenir del ser, o de los seres, podría localizarse algo de su apecificidad. *Intervalos* que, reabriendo la cuestión del «vacío», suscitan por regla general un enérgico rechazo horrorizado, y una obturación de «tejidos» y «órganos» especulativos. Debidamente apuntalada por la evidencia, completamente natural, del continuo. Ahora bien, si (el) todo es ocupado por la actualización de la *φύσις* [*fisis*], *la mujer no tiene, y no tendrá (un) lugar*. Incluso en su *privación* de ser, cuya conducción, cuya devolución a la plenitud de posesión en sí de la sustancia, con arreglo a un incesante trabajo dialéctico que, por su parte, no prescinde de los intermediarios, resulta de suma importancia.

Fuera de ese proceso, nada es: la mujer. La única en posición de interrogar –¿tal vez?– su función en esa todopoderosa «máquina» que representa, aún, la metafísica, en esa omnipotente «técnica» que es aún la onto-teología. Que la coloca –aún...– en posición de elección, pero siempre decidida de antemano por la «naturaleza», entre un placer (como el) varón y su papel de «vehículo» en la generación. Cuya manifestación más segura (?) son «las menstruaciones» que «pertenecen al dominio de la *πρώτη ὕλη* [materia prima]». Regresando al ciclo de la madre, al menos en potencia, se habrá cumplido el retorno a la materia prima, y a sus misterios. Regresión a los mismos de la que debe abstenerse el individuo varón. Porque nada provechoso se anuncia en ello para su forma. Antes bien, su identidad consigo mismo se afirmará en la distancia y la separación.

Ahora bien, ¿en qué términos la constituye él en tanto que «prima»? Esta cuestión, que Aristóteles intentó elaborar en un cuerpo a cuerpo casi constante con la materia y que sólo resolvió con la afirmación de una «inmanencia» que remite al

problema de la del logos, con la cual Freud continuaba tropezando en enunciados a veces contradictorios, encontraría ahora una respuesta impecable: en el/los nombre(s) del padre. ¿Transcendente(s), inmanente(s) a su devenir (como) natural? Sería preciso aún que la φύσις no haya dejado de tener curso legal. O que no se haya reconocido, al menos en determinados lugares, que desde siempre había estado tra(ns)vestida. Tela fantasmática, también en su sexuación, que se (re)corta aún con arreglo a un orden lógico. Donde la aporía de la identificación «primaria» de lo «femenino» persiste en hacer desgarrones, en su cercado [*barrage*] mismo.

Abandonada de esta suerte en su imperfección, su vicio de forma, la «hembra» desearía al «macho», como lo feo a lo hermoso. Lo que no habría que entender como el hecho de que ella sea fea «por esencia» –una concepción semejante sería en exceso ateleológica– sino sólo «por accidente».

Ahora bien, ¿su existencia no se reduce a un accidente? ¿Un accidente de generación? ¿Una monstruosidad genética? Porque el ser humano no recibe su forma más que de su padre, y más en particular de la simiente masculina, donde el producto de la cópula no está constituido por la mezcla del esperma y del óvulo. De ser así, ¿cómo sería concebible una niña? ¿Salvo por una anomalía cromosómica? En todo caso, ella no podría aspirar a sustancia alguna. Simple añadido –o carencia– fortuito, enojoso, «accidental» a la esencia, ella puede por ende modificarse o suprimirse sin que por ello la «naturaleza» se vea alterada.

Quedaría el hecho de que «ella» desea apropiarse (a) todo porque es privación de todo. Y de ello es importante abstenerse, porque cuanto ella haya seducido de esta suerte en sí misma se reducirá al reflejo, sombra, fantasma, defecto, de cuanto era realmente en su completitud natural.

Una madre de hielo*

«Pero es preciso volver a la materia subyacente o bien a las cosas que se dice que existen sobre la materia, por las cuales se conocerá tanto el no ser de la materia como su impassibilidad. Pues bien, la materia es incorpórea, puesto que el cuerpo es posterior y compuesto y ella misma, junto con otra cosa, forma un cuerpo; porque así es como ha obtenido el mismo calificativo que el Ente: por su incorporealidad, puesto que los dos, tanto el Ente como la materia, son distintos de los cuerpos. Pero como la materia no es ni alma, ni inteligencia, ni vida, ni forma, ni razón, ni límite –pues es ilimitación– ni potencia –porque, ¿qué efecto produce?–, sino que cayó fuera de todas esas cosas rebasándolas, tampoco puede recibir con justeza la denominación de “ente”, sino que lo razonable sería llamarla “no ente”; empero no al modo como el Movimiento es no ente y el Reposo es no ente, sino verdaderamente no ente, simulacro y apariencia de masa, anhelo de subsistencia e inestablemente estable; es de suyo invisible: elude a quien trata de verlo y asoma cuando uno no lo mira, mas se oculta para quien lo mira fijamente; aparenta llevar siempre sobre sí los contrarios: pequeño y grande, menos y más, deficiente y sobrante, y es un simulacro no permanente pero incapaz, por otra parte, de huir. Es que ni aun para eso tiene fierezas, como quien no ha recibido fortaleza de la inteligencia, sino que está falto de todo ser. Por eso es falaz en todo lo que proclama: si aparece grande, es pequeño; si más, es menos, y su ser, fantasmal como es, es no ser, como un juguete huidizo. De ahí que aun las cosas que parecen originarse en él, son juguetes, simulacros reflejados sin arte en un simulacro, del mismo modo que, en un espejo,

* Plotino, «De la impassibilidad de los incorpóreales», *Enéadas III*, 6 [ed. cast.: *Enéadas III-IV*, trad. de Jesús Igal, Madrid, Gredos, 1999, pp. 141-190].

lo que está situado en una parte se refleja en otra. Está llenándose, al parecer, y, sin embargo, no tiene nada; no obstante, parece ser todas las cosas.

“Mas las cosas que entran y salen son copias de los Seres”*, imágenes que penetran en una imagen sin forma y que, reflejándose a causa de la infirmitad de la materia, parecen, sí, actuar en ella, pero no actúan en absoluto: es que son hueras, endebles y carentes de resistencia. Mas como tampoco la materia tiene resistencia, la atraviesan sin cortarla como si atravesaran agua o como si uno proyectara, diríamos, formas en lo que llaman “vacío”. Además, si las imágenes reflejadas fueran tales cuales son los Seres de donde vinieron a la materia, quizás podría uno atribuirles alguna de las potencias de los que las emitieron y suponer que, una vez que dicha potencia había llegado hasta la materia, ésta se veía afectada por aquellas. Pero como, en realidad, los Seres que reflejan son distintos de las imágenes reflejadas, es posible colegir aun de éstas la falsedad de la afección de la materia, puesto que la imagen reflejada es falsa y en modo alguno guarda semejanza con quien la proyecta. Siendo, pues, endeble, siendo falsedad y yendo a caer en un medio engañoso cual en un sueño, o en el agua o en un espejo, por fuerza deja impasible a la materia. Y, sin embargo, en los ejemplos mencionados sí hay semejanza entre las imágenes reflejadas y los objetos que las reflejan.»

.....

«Pues bien, hay que tener en cuenta ante todo que el estar una cosa presente a otra y el estar una en otra no ocurre de un solo modo; no, sino que hay un modo que consiste en que la una, con su presencia, empeora o mejora a la otra al par que la modifica, como se observa en los cuerpos, al menos en los de los animales; otro consiste en que la una mejora o empeora a la otra sin que esta otra sea afectada, como decíamos en el caso del alma; y hay otro modo que es como cuando uno imprime una figura en la cera en que no se sigue ni afección alguna que convierta a la cera en otra cosa mientras está presente la figura ni deficiencia alguna una vez desaparecida la figura. Pero la luz ni siquiera produce cambio de figura en el objeto iluminado. Y la piedra, al enfriarse, ¿qué recibe de la frialdad puesto que permanece piedra? ¿Qué afección puede causar el color a la línea? Y tampoco, creo yo, a la superficie. ¿Pero sí tal vez al cuerpo subyacente? Aunque, ¿qué afección puede producirle el color? No hay que llamar afección a que el color esté presente o a que revista de forma al cuerpo. Y si alguno dijese que ni a los espejos ni a las superficies transparentes en general les afectan en nada las imágenes reflejadas en ellos, aduciría un ejemplo que no deja de ser similar. Porque también son imágenes las cosas que hay en la materia, y ésta es más impasible aún que los espejos. Es verdad que en ella se originan calores y frialdades, pero

* Platón, *Timeo* 50c 4-5. [N. del T.]

sin (enfriarla ni) calentarla. Porque el calentarse o el enfriarse se dan porque el sustrato es conducido de una cualidad a otra. Pero, por lo que respecta al enfriamiento, habría que estudiar si no consistirá en una ausencia y una privación. [...] Fuerza es, por lo tanto, que si alguna cosa puede ser afectada, no sea materia, sino un compuesto de dos o, en general, de varias cosas juntas. Empero lo “solitario y desierto”^{*} de las demás cosas, lo absolutamente simple, será impasible a todas las cosas y quedará aislado de todas las que actúan en otras, del mismo modo que si en una misma casa hay gente dándose de golpes unos a otros, la casa y el aire que hay en ella se quedan impasibles. Concluyamos que, al juntarse sobre la materia, actúan unas en otras todas aquellas cosas que por naturaleza son capaces de actuar, pero que la materia misma permanece impasible con mucha mayor razón que todas aquellas cualidades que, estando en ella, no pueden ser afectadas unas por otras por no ser contrarias.»

.....

«Además, si la materia es afectada, debe recibir algo de la afección, bien sea la afección misma, bien sea una disposición distinta de la que tenía antes de que penetrara en ella la afección. Por consiguiente, al sobrevenirle una nueva cualidad a continuación de aquella, el sujeto receptivo ya no será materia, sino una materia de una cierta cualidad. Y si también esta cualidad se retira después de haber dejado un rastro de sí misma como resultado de su acción, el sustrato se modificará más aún. Y así, prosiguiendo de ese modo, el sustrato se convertirá en otra cosa distinta de la materia, en un sustrato polifacético y multiforme. Así que tampoco será ya “omnireceptivo” al convertirse en un obstáculo para las muchas cosas que tratan de entrar, con lo que la materia deja ya de ser permanente y no será, por lo tanto, impecedera. Así que si tiene que haber materia, como la había desde el principio, entonces debe ser siempre ella misma y la misma, de tal suerte que decir que la materia se modifica equivale a renunciar a preservarla como materia [...]»

.....

«Precisamente por eso creo que Platón, pensando también él de este modo, dijo acertadamente: “Mas las cosas que entran y salen son copias de los Seres”^{**}, creo que no dijo en vano que “entran y salen”, sino con el propósito de que nosotros comprendiéramos el modo de la participación parando mientes en ello. Y, por todas las trazas, el problema aquel de cómo la materia participa en las formas, no consiste en

* Platón, *Filebo* 63b 7-8. [N. del T.]

** *Ibid.*, 50b 7-8.

lo que la mayoría de nuestros predecesores creyeron: cómo entran en ella, sino más bien, cómo están en ella. Porque parece realmente sorprendente cómo estando esas formas presentes a ella, permanece idéntica siendo impasible a ellas, y más cuando las formas mismas que entran expulsan a sus respectivas predecesoras, y que la afectación se produzca en el compuesto y ni siquiera en todo compuesto, sino en aquel que tiene necesidad de la presencia o de la ausencia de alguna cosa, en aquel que es constitutivamente deficiente por la ausencia de alguna cosa y perfecto por la presencia de ella. Ahora bien, a la materia no se le sigue ni ganancia alguna para su propia constitución por la presencia de esa cosa, ni pérdida alguna por la ausencia de ella, pues sigue siendo lo que era desde el principio. Por otra parte, de estar adornadas no han menester más que las cosas necesitadas de ornato y de orden, y es posible, en fin, que el ornato les venga sin que se transformen, por ejemplo en aquellos a los que ataviamos. En cambio, si fuera posible que alguien fuese adornado de tal modo que el ornato le fuera connatural, sería preciso que lo que antes era feo se modificara y que aquello, lo ya adornado, se transformase en otra cosa y, de ese modo, de feo se tornara en bello. Si, pues, la materia de fea que era se tornó bella, deja ya de existir lo que existía antes: la fealdad de su ser. Así que, al quedar adornada de ese modo, perdería su ser de materia, sobre todo si no es fea accidentalmente; mas si es tan fea que es la fealdad, ni siquiera puede participar del ornato; y si es tan mala que es el mal, ni siquiera puede participar del bien. Así que la participación no es tal como se cree que es: porque la materia haya sido afectada, sino que el modo es otro: de forma que parezca ser afectada. Y tal vez ése es también el modo como se puede resolver el problema de cómo, a pesar de que la materia es mala, puede apetecer el bien: en el supuesto de que por la participación no cesa de ser lo que era. Porque si su supuesta participación es de tal modo que sigue siendo la misma sin que se modifique, como decimos, sino que sea siempre lo que es, ya no resulta sorprendente cómo, a pesar de ser mala, participa: es que no se sale de sí misma, sólo que, como es necesario que participe, participa de algún modo mientras existe, pero por ser lo que es y gracias a un modo de participación que la preserva, no recibe de quien la hace partícipe de ese modo daño alguno en su ser. Y todas las trazas son de que no es menos mala por eso, porque sigue siendo siempre lo que es. Porque si participara realmente y se modificara realmente por influjo del bien, no sería mala por naturaleza. Así que si alguien dice que la materia es mala, dirá verdad con tal de que lo que quiere decir es que es impasible al bien; y esto es lo mismo que decir que es totalmente impasible.»

.....

«Y esto es precisamente lo que piensa Platón de la materia: no concibe la participación en el supuesto de que en el sustrato surge una forma que dé conformación al

sustrato hasta convertirlo en un compuesto unitario de componentes cotransformados y como confundidos y coafectados. Y queriendo dar a entender que no es eso lo que quiere decir y cómo la materia puede recibir las formas permaneciendo impasible, busca un ejemplo de participación impasible –no es fácil explicar de otro modo qué cosas son precisamente las que, aun estando presentes, dejan a salvo la identidad del sustrato– y afrontó numerosas dificultades persiguiendo su propósito y queriendo además dar a entender cuán inane es la realidad de lo sensible y cuán dilatado el ámbito de lo aparente. Al suponer, pues, que la materia de las figuras da origen a las afecciones de los cuerpos inanimados sin que sufra ella misma ninguna de esas afecciones, con ello hace patente la permanencia de la materia, dándonos pie para concluir que ella misma no sufre, ni siquiera de las figuras, afección ni alteración alguna.»

«Pero antes todavía hay que hacer una advertencia sobre la impasibilidad de la materia: que no hay que dejarse llevar, por la rutina de las palabras, a la creencia de que la materia sea pasible. Por ejemplo, cuando (Platón) dice que una misma materia “se incendia y se humedece”, también hay que tener en cuenta lo que sigue: “y recibe las formas de aire y agua”*. Porque la frase: “y recibe las formas de aire y de agua” quita la fuerza a la otra: “se incendia y se humedece” y muestra que la materia, al “recibir las formas” no queda conformada ella misma, sino que las formas se quedan tal como entraron, y que la expresión apropiada no es: “se incendia”, sino “se convierte en fuego”, pues no es lo mismo convertirse en fuego que incendiarse: el incendiarse es efecto de otra causa, y en ello está el padecer; pero lo que es de suyo una parte del fuego, ¿cómo puede incendiarse? Decir que el fuego ha permeado la materia y encima que la incendió, sería como decir que la estatua ha permeado el bronce. Además, si lo que adviene es una razón, ¿cómo podría incendiar? ¿Y si es una figura? No, lo incendiado lo es ya por obra de ambos componentes [de figura y de materia].

—¿Y cómo puede serlo por obra de ambos, si de ambos no se forma una unidad? No, ni aunque se formara una unidad, pues no se afectan el uno al otro, sino que actúan en otros. Según eso, ¿actúan ambos a dos?

—Sí, porque el uno impide la huida del otro.»

.....

«Además, debieran parar, mientes en lo siguiente: ¿cómo explican que la materia “rehuye” la forma? Porque, ¿cómo puede escapar de las piedras y las rocas, que son las cosas que la rodean? No nos irán a decir que unas veces rehuye la forma y otras no. Porque si la rehuye por voluntad propia, ¿por qué no la rehuye siempre? Pero si se queda por fuerza, entonces nunca deja de estar en alguna forma. Mas es preciso

* Platón, *Timeo* 52d 5-6.

inquirir cuál es la causa de que cada materia no retenga siempre la misma forma y se quede más bien con las entrantes. ¿Qué quiere decir , pues, que rehuye la forma? Pues que la rehuye por su propia naturaleza y siempre. Y esto, ¿qué otra cosa puede ser sino que, como jamás se sale de sí misma, por eso tiene la forma de tal modo que nunca la tenga? Si no, mal podrán apelar a la frase que ellos mismos emplean: “el receptáculo y la nodriza del devenir universal”*. Porque si la materia es receptáculo y nodriza y el devenir es distinto de ella y lo que se modifica está en el devenir , síguese que la materia será existente antes que el devenir y antes que la modificación. Y el “receptáculo” y, por añadidura, la “nodriza” indican que (Platón) la conserva en su estado por ser impassible. Lo mismo indica lo de “en donde cada cosa aparece cuando nace y de donde de nuevo desaparece”**, y lo de que es “sitio” y “sede”***. Y la fórmula tan criticada so pretexto de que se llama a la materia “lugar” de formas no expresa afección alguna en ella, sino que apunta a un comportamiento distinto. ¿Y en qué consiste este comportamiento? En que como esta naturaleza de que hablamos no debe ser ninguno de los Seres, sino que debe haberse evadido toda ella de la Esencia de los Seres y debe ser totalmente “otra” –aquellos son, en efecto, Razones y Razones realmente reales–, por eso, gracias a esa alteridad, custodia la incolumidad que le ha tocado custodiar: la de sí misma; de donde se sigue necesariamente que la materia no sólo no es receptiva de los Seres, sino que además, caso de que exista alguna copia de esos Seres, tampoco participa en ésta con objeto de apropiársela. Porque así es como será totalmente “otra”. Si no, si se apropiara de alguna forma transformándose con ella en otra cosa, dejaría de ser “otra” y de ser el “sitio” de todas las cosas y el “receptáculo” de todas sin excepción. Pero no; debe mantenerse la misma cuando aquellas entran e impassible cuando salen para que siempre haya algo que entre en ella y algo que salga de ella. Así que lo que entra, entra como fantasma y como algo no verdadero en algo no verdadero.

—¿Entra, pues, verdaderamente?

—¿Y cómo va a entrar verdaderamente lo que de ningún modo tiene derecho a participar de la verdad por ser falsedad? ¿No es verdad que entra falsamente en lo que es falsedad y que sucede como si uno viera entrar en un espejo las imágenes de los objetos que se reflejan y mientras esos objetos se reflejan? Porque si quitaras los seres de este mundo, en ningún momento aparecería ninguna de las cosas que ahora se reflejan en lo sensible. Pues bien, aquí, el espejo mismo es perceptible a la vista porque él mismo es una forma; pero allá, como el espejo no es ninguna forma, él mismo no es perceptible a la vista; porque si lo fuera, él mismo debiera ser visto an-

* *Ibid.* 49a 5-6.

** *Ibid.*, 49e 7-50a 1.

*** *Ibid.*, 52a 8-b 1.

tes por sí mismo. Pero, en realidad, le pasa como al aire, el cual es invisible aun cuando está iluminado porque tampoco se le veía cuando no estaba iluminado. Por eso, pues, no nos fiamos, o nos fiamos menos, de que las imágenes reflejadas en los espejos sean reales, porque se ve el espejo en que están y él mismo es permanente mientras que aquellas desaparecen. En la materia, en cambio, a ella misma no se la ve ni conteniendo imágenes ni sin ellas. Pero si fuera posible que las imágenes de que se llenan los espejos fuesen permanentes y que no se viesen los espejos mismos, no desconfiaríamos de que las imágenes reflejadas en ellos fueran reales. Si, pues, en los espejos hay algo real, concedamos que también en la materia sean reales las cosas sensibles; pero si las imágenes que se reflejan en los espejos no son reales, sino que aparentan serlo, hemos de reconocer que también allá aparentarán serlo las que se reflejan sobre la materia y atribuiremos la causa de esta apariencia a la realidad de los Seres, realidad de la que los Seres participan siempre realmente, pero de la que los no seres no participan realmente, dado que estos no deben ser tales como serían si existiesen por sí mismos sin que existiera lo realmente real.»

.....

«—¿Pues qué? ¿Es que si no hubiera materia, no habría venido a la existencia cosa alguna?

—No, como tampoco habría imagen si no hubiera espejo o algún otro medio parecido. Porque lo que por naturaleza se origina en otra cosa, no puede originarse si no existe esta otra cosa. En esto consiste, en efecto, la naturaleza de una imagen: en existir en otra cosa*. Porque si los Seres activos emitiesen algo real, esto existiría aún sin existir en otra cosa; pero como aquellos se quedan allá, por eso es preciso —supuesto que aquellos han de reflejarse en otra cosa— que exista esta otra cosa que proporcione una sede al Ser que no descendió y que emplee fuerza, por así decirlo, para apresarlos con su propia presencia, con su osadía, con su mendicidad, diríamos, y con su pobreza y ella siga siempre mendigando. Porque como nació rapaz, el mito la pinta mendigando, tratando de evidenciar que su naturaleza está desprovista de bien. Además, el que mendiga no pide lo que tiene el donante, sino que se contenta con cualquier cosa que reciba. Así que también esto evidencia que lo que se refleja en ella es otra cosa. Además, el nombre de “Pobreza” [*Penia*] supone que no está saciada, y la frase: “ayuntarse con el Recurso” [*Poros*]** es propia de quien trata de expresar que no se ayunta con el Ente ni con el hartazgo, sino con una cosa ingeniosa, esto es, con la ingeniosidad de la apariencia.

* *Ibid.*, 52c 2-4.

** Platón, *Banquete* 203b 8-c 1.

Efectivamente, es imposible que todo aquello que existe de cualquier modo, aunque exista fuera del Ente, se quede sin participar de ningún modo en el Ente, pues en esto consiste la naturaleza del Ente: en actuar en las cosas existentes. Pero, por otra parte, el no ser absoluto es impermeable al Ente. De ahí el resultado sorprendente de cómo participa sin participar y cómo, por su modo de vecindad con el Ente, recibe algo de él a pesar de que por su propia naturaleza es incapaz de pegarse, diríamos, al Ente. Así que cuanto recibe le resbala repelido cual por una naturaleza extraña como el eco por las superficies lisas y planas. Como no permanece en ella, aparenta estar en ella y salir de ella. Mas si la materia participara y recibiera tal como alguien pretendería que lo hace, entonces la forma que se acercara a ella se hundiría tragada por ella. Pero de hecho la forma aflora porque no ha sido tragada. No, sino que la materia permanece la misma sin recibir nada, antes bien bloqueando el paso como plataforma rebotadora y como receptáculo de los ingredientes que se concentran en un mismo punto y se mezclan en él. Es como esos recipientes de superficie lisa que instalan frente al sol los que tratan de sacar luego, llenando de agua algunos de ellos a fin de que la llama, obstaculizada por el elemento antagónico que encierran, no pueda atravesarlos, sino que se concentre en el exterior. Así es, pues, como la materia es causa de la generación y ese es el modo como se concentran las cosas que se concentran en ella.»

.....

«En cambio, la razón [*logos*] que se superpone a la materia tiene una exterioridad de otro tipo, pues le basta la alteridad de su naturaleza sin necesidad alguna de un doble borde. Lejos de ello, es ajena a todo borde, manteniendo su inmiscibilidad merced a la alteridad de su esencia y a la ausencia de todo parentesco con la materia. Así que la causa de que la materia permanezca en sí misma es ésta: que lo que entra no percibe nada de ella ni ella de lo que entra. [...] Así, pues, en este caso, aunque la representación de la fantasía es una imagen, el alma por su naturaleza no es una imagen, y por eso, aunque parece que la fantasía lleva al alma al retortero por donde quiere, no obstante, si bien se vale de ella como de materia o cuasimateria, con todo no la encubre, pues a menudo es expulsada por las actividades procedentes del alma; y por más que caiga masivamente sobre ella, no logra que quede encubierta ni que parezca ser de una cualidad determinada. Es que el alma posee dentro de sí actividades y razonamientos opuestos con lo que rechaza los fantasmas que la asaltan. La materia, en cambio –pues la materia es mucho más endeble de fuerzas que el alma y no posee ninguno de los seres, ninguno verdadero y tampoco, en propiedad, uno falso–, la materia, digo, no tiene medio alguno para hacerse ostensible, siendo como es derelicción de todas las cosas. Es causa, eso sí, de la aparición de las otras cosas, mas no es capaz de decir ni siquiera esto: “Aquí estoy”; a lo más,

ocasionalmente, un sondeo profundo de la razón podrá descubrirla de las otras cosas –de los seres–, mostrando que es algo dejado aparte de todos los seres, aun de los que nos habían parecido ser posteriores a ella, y algo que se estira a todas las cosas y las acompaña aparentemente a la vez que, por otra parte, no las acompaña.»

.....

«Mas he aquí que una determinada razón se acerca a la materia y, agrandándola tanto cuanto quiere la razón misma, la hace de cierta magnitud revistiendo por sí misma de magnitud a quien de suyo no es –quiere decirse que tampoco se hace– magnitud. De lo contrario, esa cierta magnitud que hay sobre la materia se identificaría con la magnitud. Si se le quita, pues, esta forma, el sustrato deja de ser y de parecer de cierta magnitud [...]. Porque aun ahora que la materia se ha hecho, al parecer, del mismo tamaño que este universo, si dejara de existir el cielo y todas las cosas que hay en su interior, desaparecería también de la materia, junto con todas estas cosas, toda magnitud y, junto con ella, claro está, las otras: las cualidades, y la materia quedaría reducida a lo que era sin salvaguardar nada de cuanto anteriormente existía en ella de ese modo [...].

Y si alguno pregunta extrañado: ¿Cómo tomará magnitud una cosa carente de magnitud?, la respuesta es: ¿y cómo tomará calor una cosa carente de calor? Porque cierto es que para la materia no es lo mismo ser que ser magnitud, dado que la magnitud es inmaterial lo mismo que la figura es inmaterial. Y si queremos conservar la materia, ésta no debe ser todas las cosas más que por participación. Ahora bien, también la magnitud es una de todas esas cosas. Así, pues, en los cuerpos, como son compuestos, sí está presente, junto con las otras cosas, también la magnitud –no está, empero, separada–, por razón de que en la noción de cuerpo está incluida también la magnitud. En la materia, en cambio, ni aun la magnitud no separada está presente, pues la materia no es cuerpo.»

.....

«Tampoco se identificará con la Magnitud misma, porque la Magnitud es una Forma, y no algo receptivo. Además, la Magnitud es magnitud por sí misma, no magnitud de un modo determinado. Sólo que, como la Magnitud sita en la Inteligencia o en el Alma, desea tomar magnitud, por eso dio poder a los seres que sienten una especie de deseo de imitarla, aspirando a ella o poniéndose en marcha hacia ella, para que inyectasen en otra cosa su propio sentimiento. En consecuencia, en el curso de su manifestación progresiva, la Magnitud hizo que la pequeñez de la materia emprendiese el mismo curso en dirección, justamente, a esa misma magnitud. Con ello ha logrado

que esa pequeñez, dilatándose sin llenarse, pareciese tomar magnitud. Porque en esto consiste la pseudomagnitud: en que una cosa, dilatándose hacia la magnitud por el hecho de no tenerla, se estire con la dilatación. [...] Y así, la imagen total, reflejada a la luz de la Magnitud en sí, cobró magnitud, y cada parte de la imagen cobró una magnitud particular, y el conjunto de todas las magnitudes apareció como resultado de la Forma total a la que pertenece la magnitud, y de cada Forma particular. La imagen quedaba como dilatada a todo y a todas las cosas y compelida a cobrar magnitud tanto en forma como en masa en la medida en que su potencia ha hecho que lo que de por sí no era nada, fuera todas las cosas. [...] Pues lo mismo le sucede a la magnitud, la cual proviene también de un principio que no es magnitud o lo es meramente de nombre. Es que las referidas manifestaciones son consideradas como intermedias entre la materia misma y la Forma misma. Se manifiestan porque provienen de allá, pero son engañosas porque el sujeto en que se manifiestan no es real. [...] La causa de la aparente magnitud de la materia estriba en el reflejo de la Magnitud, y esa es la magnitud reflejada, la magnitud de aquí. Mas la materia, sobre la cual la magnitud se ve obligada a coextenderse, se brinda a ello toda a la vez y en todas partes. Esto se debe a que es materia y materia de algo determinado, pero no algo determinado. Ahora bien, lo que por sí mismo carece de quiddidad, es capaz de convertirse aun en lo contrario en virtud de una nueva causa; y, sin embargo, una vez convertido en lo contrario, tampoco es esa cosa contraria. Porque si no, se estabilizaría.»

.....

«Además, la imagen de la Magnitud, siendo imagen de la Magnitud, no se resignaba a seguir igual por más tiempo en una masa pequeña, sino que, por cuanto aspiraba a la Magnitud como objeto de su esperanza, se acercó a ella lo más que pudo acompañada de quien, no pudiendo quedarse atrás, corría con ella. Con ello ha logrado que lo que ni aun así está dotado de magnitud, aparente ser incluso la magnitud visible en la masa. Sin embargo, no lo es: la materia preserva su propia naturaleza, sirviéndose de esa magnitud como de una prenda que se puso mientras corría con aquella, cuando aquella la arrastraba consigo en su carrera. Pero si quien le puso esa prenda se la quitara, la materia seguiría siendo de nuevo la misma, tal como era por sí misma la que no es más grande que lo que la haga la forma presente en ella.

Bien es verdad que el alma, que contiene las formas de los seres, como también ella misma es una forma, las contiene todas juntas, estando además cada forma toda junta consigo misma, y cuando ve que las formas de las cosas sensibles como que se vuelven y se acercan a ella, no sufre recibirlas con multiplicidad, sino que las ve cuando se han despojado de la masa. Es que el alma no puede hacerse otra cosa que lo que es. Pero la materia, como es nula la capacidad de contrarresto de que dispo-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

movimientos no quebrantar en exceso tanto la movilidad como el reposo de los demás, tanto aquello que les lleva a desplazarse –la perfección afortunadamente consiste en una utilización del libre arbitrio para *educar* el alma en la contemplación de las verdades eternas– como lo que les mantiene apegados a la tierra por el peso. Las contrariedades comienzan, evidentemente, cuando *dos cuerpos van uno hacia el otro*. ¿No sería el tropismo más idealmente natural que sigan su camino *en línea recta* casi en fila india, empujándose en cierto modo uno al otro y transmitiéndose así el impulso divino que, como instancia más originaria, les mueve? Así, pues, cuando dos cuerpos se encuentran, se impone un cálculo rápido para estimar sus velocidades y masas respectivas, y el establecimiento de una correlación con el sentido de su movimiento. Se desprenden de ello todo tipo de leyes que harán previsibles la fuerza y la cualidad del *choque*. Lo importante es que cada uno continúe su camino conforme al orden del universo. De esta suerte, no pueden detenerse uno (al) otro, ni tampoco juntarse– so pena de detener el mecanismo del mundo. Pero tampoco deben permanecer a una distancia tal de uno respecto al otro que podría dar lugar al *vacío*, por más que éste deba entenderse siempre como pleno de cuerpos y vacío tan sólo respecto a la espera que se crea hasta que sea llenado con otra cosa.

Porque si hubiera verdadero vacío, la «naturaleza» volvería a cerrarse por sí misma, juntando los labios de la abertura. Y si se me objeta que Dios puede subrepticiamente retirar de *una vasija* –por ejemplo– lo que la llenaba, dejándola así desprovista de contenido alguno que justifique *la abertura de su cuello*, respondería que *eso repele a mi concepción*, y que es además imposible que Dios no cumpla el *principio de no contradicción*. Pero además son éstas respuestas a fantasías propias de ingenuos que todavía no han considerado en ningún momento *las propiedades de los espacios imaginarios*. Y la materia, aunque indefinidamente *extensible y divisible* –en partes innumerables pero contiguas, lo que no abole la continuidad–, es en su conjunto de una sola pieza. Y el espacio es –en su conjunto– constante e inmutable, aunque esté sometido a la diversidad en sus partes. Aunque parezcan producirse en él movimientos heterogéneos, estos son interpretables como necesarios para la *homogeneidad del todo*. Así sucede con los *torbellinos irregulares* y con la materia *sutil* que se desliza consiguientemente por los *estrechos corredores* que se abren gracias a sus configuraciones. Porque todos los «cuerpos» deben estar a la vez separados –ocupando cada uno el espacio que le corresponde, sin confusión posible entre ellos– y yuxtapuestos como en el funcionamiento de una enorme *máquina* en la que cada pieza asegura el movimiento general. En cuanto tal incesante y duradero. Proporcionando una completa utilidad.

Todo esto ha sido concebido y re-construido a partir de la certidumbre de que mi representación era el único valor firmemente establecido, la única cosa que no podía faltar en este mundo en el que todo lo que me aparece está perpetuamente someti-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

objeto el Ser mismo. Y si el hombre pensara escaparse mediante una recta visión de la opacidad de todo cuerpo ante la luz, veremos cómo vuelve a sumergirse a causa de la impetuosidad de su deseo en la oscuridad que proyectaba aún en su contorno y en su reverso una mirada supuestamente esclarecida.

¿Dónde fijarla en ese vagabundeo nocturno? Sino una vez adentrada en la noche hasta que se torne en rayo transverberante, tiniebla luminosa. En una *tecla* que reabre el «alma» a un contacto divinamente hiriente en su golpe, y su irradiación. Alcanzada en ese estrato subterráneamente resplandeciente que seguía siendo sin saberlo. Y que no (se) conocerá jamás distintamente allí donde (re)comienza a arder, en una dulce confusión. Imperceptible primero en su centro. Donde el desgarrro impone su dolor, sus miedos, sus gritos, sus lágrimas y su sangre, por encima de cualquier otro sentir. Llaga antes de convertirse en hoguera. Pero ya delicia y avidez de/en el suplicio, si ella se ha confiado a una pulsación bastante sutil en la administración de su fuerza. Preguntando otra vez, desconsolada en la pista así abierta e impaciente por aplazarlo todo. Pero sin poder especificar lo que quiere. Con palabras que desfallecen. Presintiendo un *quedar por decir* que se resiste a todas las palabras, que apenas podría balbucearse. Para el que todos los términos están demasiado gastados, y son demasiado débiles, para traducir de manera sensata. Porque ya no se trata de suspirar por algún atributo determinable, algún modo de la esencia, algún rostro de la presencia. Lo que se espera no es ni un *esto*, ni un *aquello*, ni siquiera un *aquí*, pero tampoco un *allí*. Sin ser, ni tiempo, ni lugares designables. Así, pues, más vale negarse a todo discurso, callarse o limitarse a un clamor tan poco articulado que apenas forma *un canto*. Acercando por eso el oído a todo estremecimiento que anuncia un retorno.

Porque, ¿a dónde dirigirse en esta ignorancia que sólo de un abrazo/acoplamiento [*embras(s)ment*] puede recibir su ciencia? Sin duda quedan puertas estrechas, caminos enormemente angostos, oscuros y terribles que aún han de ser atravesados, habrán de sufrirse opresiones entre dos paredes, aberturas que habrá que ampliar hacia la plenitud de la claridad, cavernas que habrán de ser exploradas... Desiertos sin fin, pendientes entre dos extremos, vértigos, ascensiones e incluso marchas atrás... Ahora bien, ¿cómo arreglárselas, aunque se tuviera la pasión de tales pruebas, si no se es «llamado»? No hay ningún fin perceptible hacia el que tender(se), ninguna causa asignable a la que hacer referencia. La «luz natural» no está allí para asegurar la progresión en esta vía, que ya ha desaparecido/se ha venido abajo [*éc(r)oulée*] en la confusión con las paredes reflectantes del «alma» de las que ella se había apropiado en una óptica bastante fríamente razonable. Apagada en esa noche en la que un extraño despertar se presiente mientras que todo duerme, y la parte superior del alma está profundamente adormecida, el entendimiento como estúpido. Y cuanto comienza a acontecer tiene lugar en un escondite tan profundo,



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

De esta suerte, ¿toda herida no sería inconfesable, todo desgarrón vergonzoso? ¿Una llaga podría ser *sagrada*? Éxtasis en la hendidura gloriosa en la que ella se acurruca como en su morada, en la que ella se apoya y descansa como si estuviera en su casa; y Él está también en ella. Inmerso en una sangre que ella siente caliente y purificándose en su flujo generoso. Y lo que ella descubre en esa divina pasión, ella no tiene ni la voluntad ni el poder de traducirlo. Finalmente autorizada a callarse, oculta a las miradas en lo íntimo del intercambio en el que *ella* (se) ve lo que no podrá decir. En el que ella no ve nada y en el que ve todo. (En)cerrada en el misterio en el que se oculta el amor que se ha depositado en ella. Revelándose en el secreto del deseo. Así tú me ves y yo te veo, yo me veo por fin viéndote, en la insondable llaga que es la fuente de nuestra comprensión maravillada y de nuestra ebriedad. Y para conocerme apenas necesito un «alma», me basta con contemplar la abertura de tu cuerpo amoroso. Cualquier otro instrumento, todavía teórico en cierto modo, me aparta de mí misma separando –y/o volviendo a cerrar– artificiosamente los labios de la hendidura en la que me re-conozco, re-tocándome en ella (casi) inmediatamente.

Y en esta visión arrebatada del lugar desde el que tú te expandes, en un éxtasis mortal, *un relámpago ha encendido en mí el entendimiento adormecido*. Resistente a todo saber que en ese abismo no encontraría su/mi sentido. Ahora le/me conozco y conociéndole/me le/me amo, y amándole/me le/me deseo. Y en la visión del cuerpo ensartado del Hijo veo una alegría de la que me resulta imposible decir una sola palabra, no se vaya a juzgar precipitadamente que encuentro placer en sus sufrimientos. Pero que el Verbo se haya hecho carne de tal suerte y hasta entonces, sólo podía responder a la intención de hacerme (devenir) Dios en mi goce finalmente reconocido. Hundida ahora en mí misma, ya no estoy cortada en los dos abismos contrarios de la elevación y de la decadencia. Sabiendo, ahora, que la altura y la profundidad se traen al mundo –se arrojan desgarradas al mundo– una a otra infinita/indefinidamente. Y que una sea en la otra, y la otra en mí, poco importa puesto que es en mí donde se engendran una a otra en sus transportes. *Fuera de todo sí (como) mismo*. Nunca semejantes, siempre nuevos. Nunca repetidos ni repetibles en sus arrebatos. Y por lo tanto incontables en su enumeración, puesto que carecen de medida determinable. Y además eterno(s) a fuerza de ser inmenso(s). Misterio –me histerio– sin comienzo ni fin asignables. Más íntimo que el «alma» misma. Cripta de la partición recíproca del abismo entre «ella» y Dios. A la que ella habrá tenido que (volver a) bajar para encontrar, finalmente, el sosiego y el reposo en ella-Dios. Transformada en Él en su amor: el secreto de su intercambio. En ella y/o fuera de ella, porque en su goce sus entrañas se abren y se expanden indefinidamente. Tanto más distante(s) de sí misma cuanto más profundamente «interior» era el fuego. Y cuanto más afectada se haya visto la sima más oculta de su bodega.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

horror de lo informe inapropiable e incluso la repugnancia de lo contrahecho que será excretado en forma de materia(s). Esquemas que en lo sucesivo regularán la imaginación de la escena dando tantos rodeos como se quiera, pero siempre como *puras representaciones*. Con ello no se dice que el espíritu se habrá dado sencillamente a sí mismo el objeto que ve –lo que sería pretender la intuición intelectual reservada al Ser Supremo–, sino que habrá definido de tal suerte las condiciones a priori de su percepción de los objetos, que aquellos que se representarán, espontáneamente, serán *propia y pulcramente concebidos*. Su materia eventual ya no aparecerá sino posteriormente, conforme a una especie de decadencia de su forma de aprehensión, conforme a una conclusión imprevisible para el espíritu y odiosa para la pureza de la intuición. Que, por más sensible que permanezca, no deja de estar por ello encajada a priori por el espacio y el tiempo: formas del sentido exterior o del sentido íntimo que subsumen, pero ordenándolo, lo diverso absurdo en su confusión del sentir(se) y resentir(se), ya proceda de un fuera de nosotros poblado de objetos que de tal suerte reciben su destino geográfico específico o bien de un dentro de nosotros sometido a un cambio desde ese momento analizable en función del tiempo. Ahora bien, ¿cuál?

Porque si sabemos, ya, qué tiempo ha sido preciso para abrir la ventana a través de la cual será percibido el universo, para encajar el espacio cuyo infinito queda así determinado a priori, siempre definido de antemano en/por la subjetividad del hombre, llegamos a saber además que el *espacio-tiempo de la especularización* está implicado en la intuición del espacio. Y si, para el concepto, mi mano derecha y mi mano izquierda, o mi mano y su imagen en un espejo, son rigurosamente la misma cosa, lo mismo, sería diferente en el carácter intuitivo del espacio que tuviera en cuenta la *paradoja de la simetría*. Así, pues, un *espejo* se reconoce como lo que de antemano soporta la aprehensión de los objetos. ¿Un *espejo siempre introyectado de antemano* especularía toda percepción y concepción del mundo, *salvo a sí mismo*, cuya reflexión sólo atañería al tiempo? De esta suerte, la extensión estaría siempre re-puesta en escena y re-proyectada de antemano por el sujeto que, solo, no se situaría en la misma. ¿Extraería su poder del dominio de ese *no lugar* del espejo? ¿Y de la especulación? Que en cuanto tal y en esa operación constituyente no se analizará, se dejará olvidar incluso, y sólo volverá a intervenir en sus efectos cuando sea preciso para obtener un nuevo efecto de simetría en el sistema. ¿Mediante otro, y mismo, recurso a lo imaginario?

Para impedir, esta vez, que se abra como un abismo la falla que separa de manera inconciliable lo sensible y lo suprasensible. Así, pues, su articulación se encontrará en el juicio *reflexivo*, (re)productor, entre otros (dos) –la facultad de conocer y la de desear–, del sentimiento de placer. Pero como éste y por otra parte el dolor están *necesariamente* vinculados al deseo –que encuentra su fundamento en la razón–, es preciso un intermediario practicable, a priori en su principio, *entre* los conceptos na-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

piedad. Donde el arquetipo de la intención moral en toda su pureza es, por supuesto, el hijo de Dios cuya madre permaneció virgen para siempre. Engendrado, pues, sin la vergüenza de la cópula. Modelo (como si hubiera) descendido del cielo hasta nosotros, re-vistiendo a la humanidad, y que nos indica cómo gracias a su doctrina, a su buena conducta y sobre todo a sus sufrimientos, es posible redimirse ante «Dios» de su culpa original, saldando con su *dolor* –¡dulce señuelo!– llevando eventualmente hasta la muerte su *deuda* con «Él». Triunfo de aquél que es clavado en la cruz, que volvería a dar fe en la exhibición del suplicio de la suerte que corre sobre la tierra todo hombre bueno. Depositando su gloria en la humillación a la que le clava el instrumento *que viola* toda conversión. Y ese *sacrificio*, también en esta ocasión, lo hará por fe, por *creencia*. Acrecentamiento imaginario que sobrepasa el saber del entendimiento y que aún no ha sido reabsorbido en una legislación puramente moral, aún no se ha sometido a los imperativos de la razón práctica que exige, para ejercerse sin escorias, una libertad pública de conciencia.

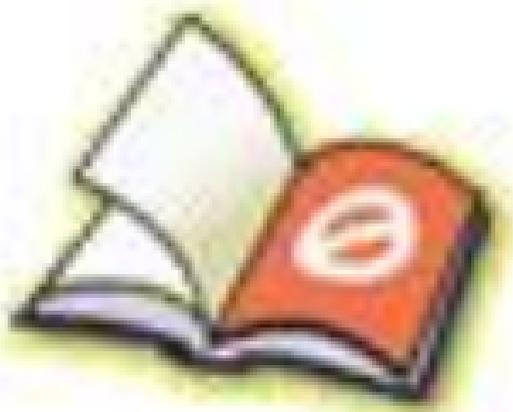
Algo que ninguna sociedad, ni monárquica, ni aristocrática, ni tampoco democrática ha llegado a permitir. Habría que pensar más bien en una comunidad de tipo *familiar*. Ésta funcionaría bajo la dirección de un Padre moral invisible representado por su Hijo y honrado en Él por todos sus miembros, formando así una asociación cordial, voluntaria. Universal y duradera. Que para subsistir requiera algunos cultos, algunos ritos –de *fustigación*, por ejemplo–, obedece a la debilidad humana, que sólo progresivamente llega a persuadirse de que es preciso obrar por deber, , venteando de nuevo y siempre algo de *placer-dolor* en el transcurso de su marcha hacia una mayor perfección. La forma de tales gratificaciones-castigos será, en cada ocasión, inspirada *directamente* por «Dios», el legislador supremo de la razón. Natural, conforme a su más estricto rigor. Donde el carácter divino del mandamiento sólo se concede, *como suplemento de goce*, a aquello que «yo» ya sé que constituye un deber. La *voz* del Padre –¿o de la madre proscrita?– no es más que un excedente, pero irreductible al menos en su lenguaje interior, de revelación y de recompensa. ¿Para beber otra vez? *Prima de absolución/enajenación [déli(r)ante]* para la libertad del sujeto que de esta suerte se concede, una vez más, el derecho de legislar sobre todo cuanto se encuentra fuera de él. Despreocupado del amor hacia sí mismo y de sus inclinaciones, que obtendrán, *subrepticamente*, su revancha en la soberanía de la conciencia. Que, cuanto menos elegida se siente, tanto más arrogante se torna en la confianza en sus propias fuerzas; lo que ella llama, en su sentido crítico, sus límites. Cegada en el rechazo de su ceguera por todo saber que, en su espíritu, no encontrara su causa. Iluminada, pues, e ilusionada por su sola lucidez que, para cada decurso de su sistema, re-metaboliza un *misterio* siempre resurgente mediante una nueva reflexión de la fuente de luz. Sirviéndose de un espejo, en ocasiones sin azogue, o de un cristal ennegrecido por el humo.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Que, sin mezcla, *sólo* tiene lugar *entre el hermano y la hermana*. Llevan la misma sangre, pero ésta ha llegado en ellos a su reposo y al equilibrio. De esta suerte, ellos no se desean uno a otro, no se han entregado, o no han recibido uno de otro el ser-para-sí, sino que son uno respecto al otro libres individualidades. Así, pues, ¿qué es entonces lo que les empuja a unirse hasta llegar a pasar uno dentro del otro? ¿Qué significan uno para el otro para atraerse de tal modo en sus intercambios? ¿Es el reconocimiento de la *sangre*? ¿Su pertenencia común al poder de la *misma sangre*? Esto es, su complicidad en una permanencia, una subsistencia de ésta, asegurada de manera más pura, más universal en su ser, en un linaje de tipo matriarcal. En este sentido, la familia de Edipo sería bastante ejemplar, puesto que la madre del marido también es su mujer; lo que re-marca en los retoños de esa unión –Polínice y Antígona, entre otros– el vínculo de sangre, además de que el tío –el hermano de la madre– será de nuevo aquí el representante de un poder ya patriarcal. ¿O sería más bien su compartición de un *mismo esperma*, que otorga a la consanguinidad (otro) equilibrio, que la saca de su pasión mágica contrapesándola con otra? Pero el es-perma no se une a la sangre –por más que así se haya pensado durante mucho tiempo– sino más bien al óvulo, cópula que, si se considerara en toda su «efectividad», ya habría hecho estallar, y sin reconciliación posible, la unidad del espíritu, y de la sustancia ética. Además, ésta sólo se produce con el matrimonio del marido y de la mujer, impuro en su mezcla. Así, pues, ¿habría que buscar de parte del *mismo nombre* el acuerdo del hermano y de la hermana, donde su atracción co-uterina se ve compensada por una sumisión, representada en el patronímico, con reglas simbólicas que relevarían la potencia de la sangre, y elevarían ya la comunidad familiar a los tipos de ley ejercidos en la ciudad?

De esta suerte, por un momento, el hermano y la hermana se reconocerían en su sí singular, donde cada uno puede afirmar un derecho debido al poder de cada uno equilibrado en/por el otro: el de la sangre roja y el de su reabsorción, su relevo en un proceso de denominación: la apariencia. Separación ideal en el que la sustancia (ética) del matriarcado y la del patriarcado coexistirían, volviendo a darse cada una su propia subsistencia, en una paz sin mezcla y una relación sin deseo. La guerra de los sexos no habría tenido lugar. Pero ese momento, por supuesto, es mítico y *ese sueño hegeliano* es ya el efecto de una dialéctica producida por el discurso del patriarcado. Un fantasma apaciguador, una tregua en una lucha con armas desiguales, una denegación de la culpabilidad que pesa de antemano sobre el devenir del espíritu, y además el señuelo de una *bisexualidad* asegurada para cada uno/a en la conexión y el paso de uno a otro de cada sexo. Que, masculino o femenino, ya han sido sometidos a un destino diferente en el uno y el otro. Aunque la violación, el asesinato, la fractura, la lesión siguen estando, al menos en apariencia, al menos generalmente, en suspenso entre el hermano y la hermana. Lo que, por otra parte, ya



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

ría de su sueño y comenzaría a arder, etc. Pero tal vez estén ya sin embargo irremediablemente separados en el proceso que constituye *la digestión*. Porque si una puede reconocerse en uno, que por lo tanto la habría asimilado, lo recíproco no es plenamente efectivo. Y si Antígona atestigua un valor, un corazón y una cólera que le dan un movimiento autónomo que ella dirige hacia/contra ese exterior que para ella es la ciudad, lo hace porque ha digerido lo masculino. Al menos parcialmente, al menos en un momento. Pero tal vez ello sólo habrá sido posible en el duelo de su hermano, durante el tiempo de entregar a éste la virilidad que ha perdido en la muerte, de volver a alimentar el alma de éste. Y de morir por ello.

Así, pues, ya se ha deshecho, se ha alterado y disuelto el equilibrio de la sangre. Y la felicidad sin mezcla de digerirse a sí mismo, de darse a sí mismo su fluidez, de estimularse a sí mismo, de estremecerse a sí mismo en su propio movimiento, de engendrarse a sí mismo, no es igualmente compartido. Pero, mientras la hermana subsista en su unidad viva, puede ser el soporte autorrepresentativo de esa sustancia –la sangre– que el hermano asimila para volver a sí mismo. Garantía del devenir para sí del hijo en su independencia de la pareja que le ha engendrado, ella sería el *espejo viviente*, fuente en la que se elabora en su reflexión la autonomía del sí mismo. Lugar privilegiado de la armoniosa (con)fusión recíproca de la sangre roja y de la apariencia. A la que ella no tiene el mismo derecho. Y el reconocimiento diferente que la ciudad concede a su auto-especulación recíproca siempre ha pervertido de antemano su unión, aunque a veces haya que esperar una re-marca pública para que se torne plenamente efectivo el hecho de que uno debe forzosamente eliminar a la otra.

De esta suerte, lo masculino y lo femenino habrán de escindirse más adelante. La mujer-madre insistirá en lo sucesivo del lado de *la linfa* nutricia y fluidificadora, casi *blanca*, mientras que ella pierde su sangre en hemorragias cíclicas, lo bastante *neutra y pasiva* en su materia para que los distintos miembros y órganos de la sociedad puedan incorporarla y encontrar en ella su subsistencia propia. El hombre (padre) perseverará en el devenir de su individualización mediante *la asimilación* en sí y para sí del otro exterior, reforzándose así en su vitalidad, su irascibilidad, su actividad; experimentando un triunfo particular en el momento de la absorción del otro en sí en su intestino. El Padre-rey repetirá señalándola en su discurso la ruptura del intercambio (vivo) entre el hombre y la mujer. Carbonizando la sangre en la escritura del texto de ley del que (se) produce al mismo tiempo (como) el doble –de forma diferente en él, en su hijo, en su esposa– y decolorándolo en la proliferación de apariencias, átomos diversamente exangües de los yo individuales. Algo de sustancia se ha perdido en ese proceso: la sangre en su constitución de una subjetividad viva autónoma.

Irreductible hipocondria, melancolía de la dialéctica. Cruor que recuerda el calvario sangriento que le asegura en su trono pero también la espuma de un líquido in-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Pero sucede que de ese mundo de abajo se sublevaron fuerzas, que se han vuelto hostiles a causa de su privación del derecho a vivir a la luz del día, que amenazan con devastar la comunidad. Con ponerla patas arriba. Negándose a ser la tierra inconsciente nutricia de la naturaleza, la feminidad reivindicaría entonces para sí misma el derecho al placer, al goce, e incluso a una actividad efectiva, traicionando así su destino universal. Es más, pervertiría la propiedad del Estado burlándose del ciudadano adulto que ya no piensa más que en lo universal, sometiéndole a la burla y al desprecio de una adolescencia inmadura. Contraponiéndole la fuerza de la juventud del *hijo*, del *hermano*, del *joven*, en el que ella reconoce mucho más que en el poder del gobierno a un *amo*, un *igual*, un *amante*. La comunidad no puede preservarse de tales reivindicaciones más que reprimiéndolas como elementos de *corrupción* que corren el peligro de destruirla. Por otra parte, en principio esos *gérmenes* de revuelta no pueden nada, reducidos ya a la nada en tanto que *separados del objetivo universal* que persiguen los ciudadanos. Y toda comunidad debe transformar esas fuerzas aún demasiado inmediatamente naturales en sus propias armas invitando a los jóvenes –en los que el deseo de la mujer se complace– a hacer(se) la guerra y a matarse unos a otros en conflictos sangrientos. Gracias a ellos la sustancia todavía viva de la naturaleza va a inmolar sus últimos recursos a una universalidad formal y vacía, esparciendo sus últimas gotas *desangre* en una multitud de puntos que nunca más podrán ser recogidos en la intimidad de una bodega familiar .

Y si, en estos *puntos*, el *esperma*, el *nombre*, el *individuo entero*, pueden encontrar un soporte representativo que les permita levantarse/rehacerse [*s'en relever*] otra vez, la sangre, en su flujo autónomo ya no se re-unirá. Pero el *ojo* no tendría necesidad de ella –al menos absolutamente– para ver , y tal vez ni siquiera la tenga el Espíritu para pensar(se).



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

bre(s)—, uno está en la buena línea, ve con precisión, piensa bien, y el otro es un niño descarriado, engañado por simulacros. Irreflexivo, inconsciente. Así, pues, es importante que una de las partes (de)vuelva a la otra al camino recto, que reduzca su estupidez, destruya sus sueños. Todo lo cual se hará mediante un golpe de fuerza de resultas del cual la «locura» no habrá de ser disipada de manera imperativa, sino que, antes bien, será prohibida, será enterrada, será denegada, para que predomine una ley, un discurso, claros, con categorías netamente divididas, con dicotomías sin reserva que pueda excederlas. Mientras que la arbitrariedad de esa decisión se remite a efectos de justificación a *otra vida* de la que convendría acordarse. Porque en ésta, la del niño de la caverna, ¿qué determinación podría conducir a elegir como más visible, más verdadera, y a decir verdad más válida, aquello que se nos indica, para desprecio del espectáculo que desde siempre nos seducía? ¿Y acaso no es precisamente entrar en el extravío, la divagación, el delirio, el hecho de renunciar sin más, bajo la presión de un amo/maestro, a las certidumbres pasadas? Aunque fueran «sensibles», fantásticas o fantasmáticas. Y, por poco que nos detengamos a considerar los procedimientos y objetivos de esta autoritaria pedagogía, ya no se sabe dónde reside la locura, la desmesura. Y a no se puede decidir qué, o quién está más, o menos, «loco».

Y, si es preciso insistir en ello, añádase lo siguiente: las «cosas» que se indican al cautivo como portadoras de mayor ser, como más verdaderas, como los objetos de los que sólo se veían las sombras, o incluso como lo «positivo» de lo que él no habría percibido nunca más que lo «negativo», no han de ser, ni mucho menos, reconocidas como los entes ahora presentes cuya proyección habría bastado para producir la fascinación fantasmática. Todo el montaje escenográfico, cinematográfico, no le es «desvelado». Ni los artificios del director de escena, ni la arquitectónica de la caverna, ni la astucia de los magos, ni los mecanismos de la proyección, ni siquiera el principio de la cinética, por no hablar del principio del eco, ... Y no faltará a la cita *una nueva finta, de la razón*, si se quiere, cuando el pedagogo le obligue a ver únicamente en aquellas «estatuillas» la causa más «desocultada», más verdadera, más próxima del ser, que aquello que antes le cautivaba. Porque, en esa demostración, él sólo revela para encubrir mejor los móviles del deseo, las vicisitudes del tropismo, e incluso los efectos de vértigo, que se trata de suspender para mayor esplendor de la Idea. Fija.

Así, pues, en su estupefacción, el desencadenado, el desencantado, el desviado, sólo percibirá indistintamente aquello que se le muestra. Y estimará que bien mirado lo que él contemplaba con anterioridad era más claro que esta ceguera y esta confusión. «Y si alguno le indicara cada una de las cosas trastocadas y le obligara mediante preguntas a decir lo que son — ὅ τι ἔστιν—, ¿no crees que se sentiría bastante confuso?».



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Máxime cuando esa verdad que ahora se pretende «revelarle» no es sencillamente la del fantasma seductor. *Cuando no hay, no habrá ἀλήθεια* [verdad] *de la seducción*. Pero en este punto, el fuego, al igual que el sol, pueden ser engañosos. Sobre todo al prisionero que no conoce otra cosa, que ha estado encadenado al fondo de un gruta desde su infancia. Él, que aún no sabe al servicio de qué ficción, teórica, habrán servido siempre de antemano el fuego y el sol. Que aún no ha aprendido a cazarlos, a velarlos, en una «buena» metaforicidad, que conforme su mirada al *paso de* la imagen. Fuego que tendrá el resplandor insoportable de una luz demasiado intensa, demasiado inmediatamente «presente», demasiado próxima, para el metabolismo ocular. Irrupción injuriosa de la ὑβρις [soberbia, insolencia] de la naturaleza. Deslumbramiento de lo aún no mirado al trasluz, no medido con metro. O al menos de lo que aparece (como) tal. De aquello que hay que apartarse para volver a la propia habitación. A sus fantasmas. A sus sueños. De tal suerte que preferirá creer en las únicas certidumbres (sensibles) posibles.

Dos modos de emergencia, y de recubrimiento, de la ὑβρις natural (se) remiten ahí el uno al otro, se rechazan el uno al otro, cada uno tirando para sí, a riesgo de desgarrarlo, el velo de la verdad. Para el prisionero, que ignora el arte de la dialéctica, los poderes de lo ideal, lo intolerable de la ὑβρις residiría en la brillantez cegadora del fuego, del sol. Para el filósofo, que ya ha sometido la luz a su logos, residen en el hechizo de las sombras, de los fantasmas, en la alucinación, la «locura». Una cierta violencia natural debe reabsorberse en la sabiduría. Mediante los giros en redondo, las medias-vueltas, de un *menos* a un *más* de verdad. Donde la verdad está ya en todas partes, tanto como en ninguna. Artificiosa comparación de esas «apariencias» de lo originario, que no sólo tienen que comparecer especialmente en una demostración en la que unas se impondrán sobre las otras, sino que tienen que conjuntarse, articularse. La verdad está por todas partes gracias al señuelo, al privilegio engañoso, de un «plus de». Escalada de valores que además acontece sin *comparecencia efectiva*. Habrían sido precisos, cada vez, dos rostros para evaluar Monstruosidad natural. Por supuesto. La verdad no deja no obstante de imponerse mediante un subterfugio comparativo que excluye toda evaluación «natural». Los grados de parentesco, las semejanzas o diferencias en las relaciones, los cotejos, las confrontaciones, las estimaciones de utilidad y de precio, etc., serán reguladas por procesos intrínsecos al logos. La «naturaleza» se resolverá en los mismos. Por medio de comparaciones, de analogías, de metáforas, que pretenden hacerla presente, representarla, con un «plus de»... verdad, si se quiere, pero cabría decir también «plus de» fantasma. Eclipsándola.

Pero la violencia natural no se somete sin dificultad. Sin los dolores físicos de este niño-prisionero, por ejemplo. Su vértigo. Su ceguera. E incluso su *indecisión*, sus *incertidumbres*, sus *retornos* para intentar encontrar algo de su tropismo ante-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

vo los ideales. Artefacto necesario para la representación, para aquella en todo caso, se interpone, *impermeable*, ante cualquier tipo de materia. Tal vez habr(í)á sido alzado –antepecho que divide la caverna, sus hombres, sus miradas, su τόπος– después de la introducción de los prisioneros. Supongámoslo así. Se habr(í)á vuelto a cerrar el «fondo» del antro para que moren allí los cuerpos de hombres. Bien. ¿Pero cómo pasar más allá de ese tabique opaco, estanco, para volver, volverse o ser arrebatado a las profundidades de aquella cripta? ¿A no ser que sea un fantasma? ¿A no ser que se trate de un *simulacro* de aparición del «otro» lado? ¿De una *figura* de un aparecer por fuera? ¿Pero entonces dónde están los fantasmas? ¿Y los simulacros? ¿Fuera? ¿O dentro? O proliferando por la/esa demarcación del afuera y del adentro, por la intervención de un artificioso parafragma que opone dentro/fuera, en todas partes. Caverna en/de la que el cuerpo mismo de los hombres sólo podría aparecer ilusorio, que no engendra más que espectros. Blancos o negros. Fantasmas solares o sombras sepulcrales. Más, o menos, buenos.

Ahora bien, ningún muro detuvo jamás a un aparecido, tampoco lo hizo una puerta, ni a fortiori un telón o un velo. Ni siquiera los re(-)marca. Pero puede deducirse su carácter fantasmagórico de su facilidad para atravesar toda barrera, separación, división, intervalo, entre dos estancias, lugares, tiempos, espacios-tiempos. Sin miramientos. Ignora todas las diferencias. Pero hacen falta barreras, separaciones, diferencias, para que haya fantasmas, y estos puedan subsistir. Incluidas, por supuesto, las que prohíben la transición de la muerte a la vida, de la vida a la muerte. Él transgrede esas fronteras establecidas. Nada le retiene. Lo que explica el miedo, la represión, las leyes que separan con tabiques las diferentes estancias. Para protegerse de las «apariciones», que proliferan entonces con mayor fuerza. Las defensas contra los fantasmas engendran los fantasmas, y recíprocamente. Ya no es posible librarse de ellos. Esa caverna produce más espectros que cualquier otra, aunque a veces estos aparezcan limpios, claros, ya iluminados. Libres de sus manchas uterinas, de sus corrupciones sepulcrales. Blancos, como todo fantasma que se precie. La idea misma (del) fantasma está por todas partes, pero va a ser purgada de su carácter algo espantoso, terrible por su recuerdo de la muerte, del «cuerpo». Basta, en definitiva, con que ya no haya más que fantasmas. Que ya no haya distinción entre no fantasmas y fantasmas. Entre vida y muerte, muerte y vida. Estancia subterránea y solar. Entre madre y padre, «si así se quiere». Que todo, todos, esté(n) fantasmagorizado(s) e ilustrado(s) en el cielo de las ideas eternas. Donde quedan algunas estatuas-fetiches, sombras venidas a menos, escorias de una antigua vida, a la que se habrá dado la espalda, que han de ser elevadas, re-su(s)citadas a su esencia ideal.

Pero no es conveniente alertar a cualquiera sobre el «paraíso» que le espera, decir lo que traerá la otra vida. Y, eventualmente, que no habrá «otra» vida. Así, pues, es preciso fingir, de nuevo, una salida, y una salida penosa, agotadora e incluso hi-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Finalmente... imaginemos algo que podría parecerse a ello. La bóveda del cielo correspondería a la pared protectora, envolvente, de la caverna. La noche repetiría –sería repetida por– la penumbra de la gruta, sin astros. El sol sería el fuego, aquello cuya imagen se dice que es el fuego. Los prisioneros serían los prisioneros, en un recinto evidentemente mucho más espacioso, infinita, indefinidamente más vasto. Así, pues, los «cuerpos» de hombres serían los cuerpos de hombres, ¿pero cuáles? Las sombras corresponderían a las sombras. Tratarán de convencerles. ¿Las imágenes en el agua? A *nada*, que esté representado en la gruta en la que los espejos están prohibidos. Ya no hay magos, o al menos que sean conocidos con ese nombre. Ni instrumentos que utilizan para llevar a cabo sus hechizos, estatuas-fetiches cuyos reflejos fascinan. Ni teatro, ni fantasmas, ni ecos. Ni *parafragma*, en todo caso representado como tal. Ni *camino*, sino un proceso, progreso, metódicos de la formación de la mirada. Ni transición *materializada* entre el afuera y el adentro, ni separación localizable entre la entrada y el «fondo» del antro. Entre el lugar *en el que se inscribe la proyección* y aquel *desde el cual se proyecta*. Entre el lugar *desde el que se calculaba/aría la seducción* y aquel *desde el que se cae bajo su dominio*.

Así, pues, la trasposición de la escena no es algo sencillo. Y el hombre no verá «fuera» –fuera y arriba– al sol, una vez que ha salido de la residencia subterránea, lo que sucedía en –dentro ya abajo– el antro. V erá a la vez más, y menos. De otro modo que en el «interior» de ese recinto. Y no es exacto decir que la escena habría sido sencillamente elevada de las regiones «inferiores» a las regiones «superiores», incluidas las del alma. De lo sensible a lo inteligible, de las pasiones al amor armonioso de la verdad, de la δόξα [doxa] a la ἐπιστήμη [episteme]. Las precauciones adoptadas para que el neófito no vuelva a su antigua estancia, para que no vuelva a descender a la misma hasta que no esté lo bastante asentado en la *creencia* en su nuevo saber como para convertir a su vez a los demás, ponen de manifiesto que algo no cuadra en esas cuentas. Que esa «ascensión» suscita alguna reticencia, duda, sospecha. Nostalgia.

Así, pues, una vez que se ha adaptado un poco a la nueva luz, lo primero que podría mirar serían las sombras. Sin duda la decisión pedagógica es la de hacer que en un primer momento pase de nuevo por aquello que veía antes: sombras. Y la recurrencia del significante *sombras* –σκιάς– puede respaldar la intención mimética. ¿Se recurre a la *sofística*? De hecho, esta última está operando subrepticamente en la demostración desde hace mucho tiempo. Así, pues, σκιάς = σκιάς. Y, además, la sombra –aunque fuera diurna– es en efecto más fácil de mirar, más idéntica a lo que él miraba, para una mirada acostumbrada a la penumbra de la gruta y a las proyecciones subterráneas. Así, pues, sombra = sombra, que esta vez significa visual, y no acústica. La práctica sigue siendo la misma. Fonética o no, juega con el significante, y no remite al mismo significado, al mismo referente. La formación está, a decir ver-

dad, pervertida. Utiliza de modo más general, en una economía más general, procedimientos sofisticados que no serán dichos, que no serán confesados como tales, sino que se practicarán de manera implacable, casi «inconsciente», desde el arraigamiento de la Verdad. Minando su fundamento, y el espacio-tiempo de su dominación.

Las sombras no son las «mismas» sombras. Sólo puede sometérselas a la analogía, al desplazamiento, a la transferencia, «reemplazarlas» recurriendo al *significante*. Cuyo modo de intervención, aquí, engaña particularmente al deseo, cuando no a los sentidos, sustituyendo los simulacros, los fantasmas, por productos del artemaleficio de los magos –que necesitan los instrumentos convertidos en efigies de su prestigio, emblemas interpuestos entre fuego y fondo del antro, erigidos por encima del muro-telón y vistos por retrovisión sobre la pared más recóndita de la caverna, pantalla-soporte de las proyecciones–, sustituyéndolos, pues, por la sombra de un «cuerpo presente», de un «ente» (presente), que intercepta, ahora, la luz del sol. Donde todo esto –sombra y cuerpos (re)presentados *simultáneamente*– acontece *de frente*, a plena luz del día, en un abrir y cerrar de ojos. Y resulta verificable mediante medidas *científicas*. Donde sombras de arriba reemplazan a las sombras de abajo, pues tal es el primer tratamiento del cambio de óptica que se proponen llevar a cabo. Es una verdadera operación. Y se admitirá sin dificultad que aquél que se someta a la misma vacilará de entrada en dirigir la mirada sobre las «cosas» que corresponden a las «sombras», y por ende también sobre los fantasmas. Concediéndose algún rodeo –más–, algún tiempo, de más. El beneficio, ya que no la sombra *de más* de una duda.

El prisionero nunca ha visto, a la vez, la sombra y el «cuerpo» que ésta redobla(ría). Una media vuelta separaba su comparecencia, aunque el pedagogo recurriera a la comparación. Además, lo que daba sombra en la caverna –y desde luego es preciso volver siempre sobre ello– eran «objetos» dependientes del deseo de los magos, tributarios de artificios cuyas formas estaban determinadas por móviles «humanos». Estatuas-fetiches cuyo modelo, y cuyo motor, no dejaban sin embargo de permanecer ocultos, sustraídos a la evidencia. Sin referente «último» visible, ni siquiera demostrable. Copia de copia cuyo original nunca habrá sido visto, jamás conocido. ¿Signos de qué? ¿De quién? ¿Procedentes de dónde? ¿Significantes de qué sentido? ¿En qué tiempo se manifiestan? Que exigen en todo caso, una complejidad del tiempo, de los tiempos de producción –elaboración que implica una tentativa de identificación con el (proto)tipo, proyección, propagación, multiplicación por reflexión en una pantalla, retrovisión– que, al sol, en la presencia y el presente solares, van a verse esquivados, reducidos a la reduplicación instantánea, y sincrónica, de un cuerpo (natural) y de su sombra.

La exposición del «cuerpo» y de la sombra no requeriría, a la luz del día, ninguna demora. *Aglomeración del presente*. Sombras diurnas que reemplazan a las



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Donde el hombre es más o menos buena copia de idea de hombre, más o menos buena idea. El alma más o menos apta para reflejar la Idea de las ideas, más o menos buena, afiliada de manera más o menos próxima a la idea (de) Verdad.

El espejo, la apropiación de lo especular, son sustraídos a la auto-reflexión (del hombre), del representante (de sí), pero operan, recubiertos naturalmente, en la Idea que controla la escena de la representación. *La Idea (de) Verdad* –como, y de manera distinta que el *alma*– *está/es encinta/recinto* (del/para) *espéculo*. Al igual que y de distinta manera que el *alma*, lugar de giro, y transferencia –trastrócamiento, inversión–, colación, y bilocación, de las representaciones; lugar intermedio, y mixto. Como, pero de distinta manera *el ojo*, cuyas propiedades son separadas, descuartizadas, dislocadas, desmembradas. Donde el punto de vista se extasía –acotado, cerrado, volteado, encajado– en el esplendor de la Idea. Foco iluminador que informa, siempre de antemano, toda reflexión. *Autismo abandonado a la Idea*. Reserva inagotable de visiones, de especula(riza)ciones.

Ahora bien, en la caverna, espéculo reflector, el hombre es *introducido, entrometido* en el proceso de la representación. Y la ambigüedad de esas sombras de abajo se debe, cabe pensar, al hecho de que no están libres de auto-reflexiones/reflejos (del hombre), aunque éstas son posibles gracias a la luz de un fuego. Matriz ya iluminada por una imagen del sol, pero en la que el hombre *se apropia* de algunas funciones del espejo, de algunas cualidades de la luz: en la que fabrica estatuas de cuerpos de hombres, reproduce su morfología, maquina la proyección en simulacros seductores para los prisioneros, fascinados –¿sin duda? ¿o entre otras cosas?– por la incertidumbre de la relación de esas sombras con algún origen propio, con alguna naturaleza propia, o incluso con algún propietario. Cautivos que no saben, exactamente, a quién, a qué, atribuir esos reflejos, esas proyecciones. ¿Acaso a ellos, que intervienen entre el fuego y la pantalla de reflexión?

Así, pues, esa mimética no es referible a *un* modelo, a *un* paradigma, a la «presencia» de *una* cosa reproducida. Esas «imágenes», cortadas de la genealogía de lo «propio» dominada por la Verdad, están sostenidas sin embargo, o además, por un eco sonoro, por voces –una voz– que prestan la palabra a espectros, a fantasmas, autenticando su realidad. Φωνή [voz] sometida a su vez al artificio, y algo confundida en su relación con la ἀλήθεια [verdad]. Discurso errante, que no designa un ente singular, no atribuible a un enunciante cuyo grado de παιδεία [instrucción, formación] sería medida de la verdad del lenguaje. Sombras, pues, no asimilables al λόγος [logos], ni tampoco totalmente extrañas a su funcionamiento. Propias e impropias, *impuras*. Por intrusión, intromisión, del hombre en la operación de reflexión; por su manipulación de los poderes especulares; por sus proyectos autorreflexivos que alteran las sombras, las copias, representaciones de Ideas. Así, pues, habrá que expulsar de ese espéculo, de esa caverna ya, todavía, especular, de tal



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

imperceptiblemente el simulacro en la economía de la propiedad, de esta suerte la contemplación del sol habrá servido para someter la mirada, aún mortal, al orden inteligible. La ficción que opera en el relato habrá realizado un juego de manos dialéctico. Hechizado por cuentos que le llevan a dormir de pie, por sueños diurnos alentados por un pedagogo, por ese recrudescimiento onírico autorizado en *cierta medida*, con arreglo a un *cierto cálculo*, el niño habrá (supuestamente) renunciado a sus fantasmas, sin poder dar cuenta de ello. Habrá salido del lugar, aún sensible, en el que las huellas de sus deseos estaban inscritas. Por supuesto, no será expulsado de repente, violentamente. La herida de ese desgarramiento podría dejar en él cicatrices mnésicas. Recuerdos, retornos. Tránsitos, y hemorragias, entre sensible e inteligible. Y por ende ideas con sensación, sensaciones ideales. Confusión que evita todo filósofo que se respete. La ascensión hacia la esencia debe cuidarse de una regresión a los sentidos. Naturalmente. Lo «natural» excluye, poco a poco, toda impresión aún sensible, todo epígrafe aún corporal.

Pero en esa progresión *se habrán operado cambios recíprocos y simultáneos*, que no serán observados. Los objetos fabricados de la caverna, estatuas-fetiches que confieren a las sombras de abajo su cualidad de fantasmas, habrán sido sustituidos por elementos cósmicos que no pueden ser sospechosos de maquinaciones humanas. Dios-Padre, que ha creado el cielo, y los astros, que convierten a su idea. A su imagen. Este mundo es «verdadero» sólo en tanto que es engendrado sólo por Él, y sólo a Él atribuido. Lo que parece bastante evidente en lo que respecta a todo cuanto domina la tierra, está por encima de ella, (re)primiéndola con el pie, bajo su erección. En lo que respecta a cuanto sucede *debajo, dentro*, conviene desconfiar. El artificio siempre es posible, escapa a la vista. Desde luego, el padre es su causa en última instancia, será demostrado. Pero allí pueden producirse cosas que sobrepasan sus previsiones, proyectos, proyecciones. Puede llegarse a desafiar su poder instalándose como demiurgo. Alumbrando, *también*. Lo que plantea una cuestión de apropiación, de propiedad. Hacer como el padre sólo está bien en la medida en que sirve para su prestigio exclusivo, para la supremacía de su Bien. La atribución de los créditos torna «ingobernables» a los hombres. Así, pues, cuanto se hace bajo la tierra, en esa casi-madre, tiene un valor dudoso, en todo caso secundario, y por regla general suele desviar de los objetivos que merecen consideración. Además, la remisión que a la misma se hace no tiene más función que la de desviar, *visto* lo escasamente «natural» de cuanto allí se fabrica. La verdadera «naturaleza» es revelada caminando hacia el cielo, y no volviéndose hacia la tierra. La madre. Lugar de concepción aún artificioso, asediado por magos que hacen creer que el envite de la (re)producción puede estar en manos de imitadores hábiles, de los proyectos divinos. La caverna no alumbrará más que fantasmas, simulacros, imágenes en el mejor de los casos. Hay que salir de su orbe para percibir el carácter facticio de ese naci-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

definidamente, la operación de la prueba, y la totalidad de esas ejecuciones no equivaldría a aquello que empuja a realizarlas. El ser interrumpe la simplicidad de la relación consigo mismo, altera la presencia. El ser esquicia al «sujeto» de todas sus representaciones, de todo predicado. Lo proyecta sobre la pantalla de sus espejismos –ύπέρα invertida, retrovertida de Platón– o le devuelve a lo que estaría detrás de él, antes de su constitución como entidad, como nombre propio. Sólo Dios que rechaza toda determinación y no tiene nada detrás suyo, nada más recóndito que él, es. Extrapolación de la cópula de toda existencia. De todo lo que es, efectivamente. Que ha sido, un día, concebido.

De hecho, este retraso de la conciencia respecto al momento de la concepción no se recupera jamás. Ni tampoco puede evitarse, acudiendo a la memoria, ni siquiera en sus visiones. Intuiciones deslumbrantes de una mirada irreflexiva, que todavía no ha sido reflejada, medida en metros. Se dice también en la arrogancia de un logos aún no prevenido del proceso de su gestación, in-fans en lo que atañe al misterio de su (re)producción. Que *rodeará*, encarcelará al «sujeto», cual el amnios, el útero, la madre, con los cuales no ha querido contar. Pues pretende bastarse a sí mismo. O no ser asistido más que por su padre, no estar en deuda más que con su ley¹⁹⁰. El receptáculo en el que el padre inscribe sus voluntades, proyecta sus semillas de verdad, no se designa *como tal* en el presente de la palabra. No se puede hacer una referencia explícita al mismo en cada tiempo de progresión del discurso. Nada le denomina en la realización del enunciado, y sin embargo sub-tiende su formación, sus transformaciones. Ningún sentido propio, nombre propio, dice *la matriz* de ningún discurso, de ningún texto, las leyes incluidas. Esa necesidad de su (re)producción está ausente de lo que él expone. Eclipse de la madre, del lugar (del devenir, que sostiene con su no representación, incluso con su (de)negación, el ser absoluto atribuido al padre. Que ya no se funda en nada, fuera de todo comienzo. Entre esos dos abismos –nada/ser– progresa el lenguaje, consiste toda morfología, que prosigue/persigue el vaciado de la madre. Enumerando todos los «entes» formados en ella, sus propiedades, para atribuirlos al padre. Conforme a su deseo, a su ley.

La madre, afortunadamente, no se acordará. Siempre virgen para las nuevas marcas del padre, que ella olvida al mismo tiempo. Inestable, inconsistente, versátil, infiel, ella se prestaría igualmente a recibir en sí a todos los seres. Sin dejar huellas. Sin memoria. Ella misma sin figura, sin rostro, sin forma propia, so pena de «ofender con su propio aspecto» a algunos seres que entran en ella, «reproduciéndolos mal»¹⁹¹. Así, pues, ella no es nada, pero participa de todo: «del fuego, vemos cómo

¹⁹⁰ Es el caso de Sócrates, que se dice hijo sólo de las leyes.

¹⁹¹ Platón, *Timeo* 50e.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

de impresiones materialmente perceptibles. Marcas de placer pero también de dolor, que para quien se ha adentrado en el camino hacia una mayor luz se manifiestan siempre como resplandores. Que le fascinan sin medida. Éxtasis pato-lógicos. Desequilibrio(s) en la armonía del alma que provoca su atracción por «entes» desproporcionados respecto a lo que domina, ahora, su organización: el discurso del Padre.

De esta suerte, él ya no puede regresar sin más a lo que ya ha dejado tras de sí. Por más que nunca haya conocido exactamente la puesta en juego [*enjeu*]. En llamas [*en feu*]. Por más que haya sido prematuramente apartado, arrancado de allí por las convicciones de un amo/maestro. Seducido, sin saberlo, por la autoridad de un profesor de filosofía, que a veces abusa un poco de su poder . Recobrando del niño –de la infancia– cuanto necesita para asegurar el pro-yecto de su curso, para continuar balizando las vías de la razón con arreglo a una óptica geométrica. Utilizando su «alma» receptiva, matriz aún intacta, para emitir en la misma semillas de verdad, cuyo rebrote, resurgimiento, queda garantizado por el vigor de esa tierra, siempre virgen, que aumenta la fecundidad de su seminario. Que le devuelve, además, un eco embellecido, idealizado por la creencia de la juventud. Fascinación, amor, recíproco –pero habría que cuestionar el estatuto de ese «reparto», calcular lo que se pierde y se gana en la participación de cada «sujeto» en los «atributos» del otro, en la inversión que supone esa operación –que se incrementa, se exalta, sin cesar. Inspirando a su primogénito para que empuje lo más lejos posible, ante él, el «cuerpo» del adolescente hacia un deslumbramiento irreflexivo, en un transporte sin retorno. En el que participa, pero que contempla, observa, (re)cobrando allí su bien. Goce, por supuesto, al servicio de su enseñanza, consentido en la medida en que le permite avanzar por sí mismo en la exposición de los derechos y propiedades del padre. De los que nada dirá, sino que habrá dado a entender , desconsideradamente, en sus acciones, en sus pasos a la acción –que escapan, por encima de toda sospecha, a una causa racional–, que aquellos exigen una transposición para (re)producirse.

De esta suerte, «la imagen del padre» reaparecerá en el «alma», salida de sí, del hijo. Se manifestará, en el mejor de los casos, en la *inconsciencia*, siempre y de nuevo *infantil* del «hijo». Si no él sabría –él también– lo que aquella debe y niega a la proyección y a la inversión especulares. Habría reconocido ya que «el padre» es lo que se reproduce en él para (no) contemplarse en su ausencia (de sí). Recubrimiento *de un punto ciego* de la conciencia, que él desconoce pero/y que prescribe, indefinidamente, la repetición del mismo proceso. Deseo de (re)tornar allí donde brilla lo que, desde siempre, le hace salir de sí. Sueño de re-apropiación (de sí) que pasará por la identificación –rigurosamente imposible– con el espejismo del ascendiente.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

«hijo» y, lo que es más, mortal. Es decir, que todavía tiene algo de su/la «madre», del «lugar del devenir». Universo que no puede contener toda la potencia, todas las virtualidades germinativas del demiurgo. Así, pues, la reminiscencia de los «inteligibles» devuelve a antes de la concepción todavía material, matricial. Se trata de un asunto que ha de arreglarse «entre hombres». ¿Entre hombres, de verdad? ¿Y dónde está, entonces, la madre? La madre está allí donde eso se produce, reproduce. En la *membrana-pantalla* ocular que se consuma, y se consume —en particular porque ella emitiría también, miméticamente, luz— por hiperactividad óptica. En la *mirada arrebatada* del «hijo», boquiabierto ante sus arreboles y su devoración por las antorchas ardientes del (Sol del) Padre. En ese círculo, ese anillo, que va a acotar el poder de difusión de los chorros luminosos: de cada uno introducido, entrometido, en el punto de vista, pero también de su infinita multiplicidad, regeneración indefinidamente prolífica que conmociona, llegando en última instancia hasta la ceguera, el espacio, el espaciamiento del campo visual desbordado. Por no hablar de lo que puede tener lugar, también, en el reverso de ese éxtasis, conminación sustraída, por el momento, a la evidencia.

En esa muerte, pues, que de nuevo atraviesa, y re-marca, la impresión todavía sensible. Receptáculo(s) que el monopolio de la luz, de la grandeza, de la potencia por «el padre» arruina con su excedente de poder, no dejando más que una franja de sombra que envolverá, para definir las, la claridad de sus Ideas. Pero las resuscitará a su vez, retrovertidas para inmortales especularizaciones.

Así, pues, el niño de su/la madre está desollando las membranas porque son demasiado materiales, y las herencias porque son demasiado físicas. Sujeta(s) a la decadencia y la muerte. Y si su mirada esclarecida ya advertía atracciones más bajas y más oscuras, es preciso aún que se purifique de espectáculos demasiado terrestres, debe renunciar asimismo a otorgar cualquier tipo de crédito a un órgano tan finito. Tránsito al más allá que efectúa el deslumbramiento solar. Que fuerza y aparta cuanto regula su intromisión, su profusión, quemando el lugar en el que se produce. En esa violación, esa consumación y esa extinción de la visión y de la mirada se recuerda el alma, la «mirada del alma». Lugar de reminiscencia de las ideas eternas en el que se recobra la visión, inmediata, de las esencias. Lugar, pues, iluminado y iluminante, ocelado de formas ideales, de contornos inmutables. Puntos de vista, que estarían determinados de una vez por todas en la perfección de su rectitud, de/sobre el Ser que asigna la identidad consigo mismo de cada cosa, que establece su naturaleza sustraída a las vicisitudes de la existencia. Alma pantalla especular que refleja (desde) un número infinito de ojos: Dios. Pupilas privadas ahora de su soporte natural y cuyo «bien» será decidido por la autoridad exclusiva del Padre. Que regularía, al fin y al cabo, el diafragma-abertura de la «mancha» —ojo simple (del) ocelo— que imita toda(s) las Idea(s) sobre la pantalla de reflexión de la ψυχή [psi-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

tarse de manera incontrolada. Lo que les deja continuamente pegados a la superficie de la tierra, e incluso hace que regresen a sus profundidades, o a las del mar. Perdiendo hasta el fundamento que les proporcionaba el suelo, además de sus miembros. Moviéndose de aquí para allá privados de asiento alguno, sin medios garantizados que les permitan poder regresar a los mismos puntos. Suponiendo que no hayan olvidado en absoluto las últimas marcas geométricas que les permitían orientarse y no errar indefinidamente.

Triste suerte la de aquél que haya descuidado el trabajo de reminiscencia de las Ideas, que siempre pende como una amenaza sobre un mortal a causa de la diversidad de su alma y del carácter, igualmente impuro, de los seres vivos que le rodean. Por eso resulta indispensable para su felicidad que, en lo que atañe a aquel alma, se esfuerce por mantenerse en su parte *más alta*, esto es, la que reside en la cabeza, separada de la parte irascible y apasionada por el istmo-frontera del cuello, para que el principio divino quede preservado de toda mancha, de toda mezcla impropia de su esencia. Pero también, y puesto que su condición exige para que sea completo que él participe también de la especie mortal del alma, que en lo que a ésta se refiere él permanezca igualmente en la mitad *más elevada*, esto es, la que se encuentra por encima del diafragma, aislada de la más bestial, situada en el bajo vientre, por un *tabique* parecido al que divide la vivienda de los hombres de la de las mujeres ²²⁰.

Esta función media del alma es indispensable en la medida en que está destinada al devenir de lo bueno, así como de lo malo. Lugar mixto entre uno y otro en un «ente» que, creado, no puede ser conforme al modelo de la inteligibilidad absoluta. Una vez más debe intentar aproximarse al mismo para no caer en las regiones inferiores. Y, sobre todo, poner esa reserva de entusiasmos, de inspiraciones, de su alma «intermedia» al servicio de la búsqueda de la luz divina. Llamas sin las cuales ningún δαίμων [demonio] es capaz de nada, y sobre todo es incapaz de alcanzar nada de cuanto desea: conocer las Formas e imitarlas. Por supuesto, éstas deberán transformarse en visiones, iluminaciones que alumbran sin abrasar. Y para llegar a ellas es conveniente en un primer momento –y para utilizar provechosamente ese «instrumento» que es el cuerpo ²²¹– fijar la mirada sobre *los lindos muchachos* que, aquí abajo, mejor reflejan la Belleza. Pero el sabio no tardará en buscar su bien antes y exclusivamente en su inteligencia, llegando incluso a desdeñar su(s) envoltura externa, esa «apariencia que acompaña a cada uno de nosotros» y que no es más que una imitación deficiente de su modelo ²²². Es posible sin duda que la imagen realice una cierta perfección y «si, en un hombre, un carácter bello del alma coincide

²²⁰ Platón, *Timeo* cit., 69d-e; 70a.

²²¹ Platón, *Fedón* 99b.

²²² Platón, *Las Leyes* XII, 959b.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

tral de un dispositivo especularizante ideal. De ahí la agitación que esa «materia», su(s) materia(s) acarrearían en una perfecta circunvolución de la imagen de sí. Concepción todavía no inmaculada.

Eso no es todo. El alma misma del hombre olvidaría la enseñanza que ha recibido del obrero que fue su padre. Efecto de una *alianza* –inmortal y mortal–, habría perdido además un justo discernimiento de lo que puede devolverla a la unidad. Insegura de lo verdadero y lo falso, de lo real y lo aparente, esto es, de lo mismo y lo otro. Agitada por ello en sentidos contrarios, no sabiendo a quién, a qué imputar y consagrar su ser. Distancia y vínculo entre (los) dos, intermediaria, *μεταξύ* [*metat-su*], donde lo positivo y lo negativo están uno frente a otro, se enfrentan y a veces se confunden, movilizándose por turnos o a la par de vez en cuando, por la causa, una cópula desposeída así de la evidencia de su olímpica objetividad. En el Ser, finalmente sustraído a la predicación, no pueden participar sin más los todavía existentes, los «hijos de la tierra», de la madre. Sometidos al crecimiento que modifica hasta tal punto sus atributos que no saben nunca exactamente dónde están o adónde van. Sujetos al/en devenir. Afiliados y semejantes ya al (logos del) Padre pero todavía mezclándose y viviendo «en comunidad», lo que supone algunas impurezas. Pluralismo cuyo prototipo no pueden encontrar en la perfecta autarquía divina.

Es preciso decir también que ese espejo en el que, solo(s), tendrían que evaluarse –Dios– es para ellos extrapolado al infinito, lo que dificulta la reflexión. Sólo pueden intuir –y sin el apoyo de hipótesis alguna– sus exigencias. Nunca seguros de que la comparecencia final les confirmará en la eficacia de su rectitud. Garantía de una elevación sin interrupción posible. Progreso siempre pendiente, que les deja siempre a la zaga en la adecuación a la omnipotencia fálica (del) misma/o. Esforzándose por alcanzar o quizá satisfacer una mirada cuya perspectiva abre a todas las dimensiones, comprendiéndolas todas, y sus excesos. *Pupila del Otro en la que se abisma una pro-tensión aún irreflexiva*. ¿Cómo redoblarla entonces? ¿Medirla, dominarla «en realidad»? Puesto que nunca está determinada de una vez por todas. Falta a la definición de su forma ideal. ¿Es preciso aún compararla *con los otros de los mismos*? Ahora bien, ¿a qué arbitraje encomendarse para esa especula(riza)ción, a no ser otra vez al del «padre»? Reproduciendo, pues, en la mejor de las hipótesis, la relación de lo más grande con lo más pequeño, del hijo mayor con el más joven, del sabio con su favorito. Pero entonces la proporción es aún considerada en sus variaciones.

En cuanto a la relación con *los otros de los otros, con el otro del otro*, ésta amenaza con la pérdida de sí (como) mismo a quien ose aventurarse en ella, porque no excluye la eventualidad de un trastocamiento. Donde el otro es, a fin de cuentas, *el reverso, el negativo* de las propiedades de lo mismo, que *desborda* la unidad de la identidad consigo mismo, poniendo en peligro sus límites, lo que ésta deja en el ex-



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

alimenta las proyecciones, de sombras por supuesto. Lugar que ocupar(í)á también el alma, pero que no la/le redoblaría más que en su parte inferior, la más oscura. Focos de sensaciones fascinantes pero móviles, y cuyo hechizo cautiva sin que no obstante sea posible retenerlo, salvo transformándolo, deformándolo. Opiniones poco seguras que se transmitirán aquí y allá sin alcanzar el rigor de la Idea.

Aquél que se dedica a la descripción y memorización de tales espectáculos tiene mérito, desde luego, y es justo que sea recompensado. Ahora bien, ¿en concepto de qué? ¿Y a qué peligro se expondría la ciudad si todos se dejaran atrapar por ese juego? Permaneciendo, sin fin, en ese ψυχή [psique]-análisis, que les aparta de tareas algo más útiles. Atentos a esos espectros, simulacros, fantasmas, que les distraen de realidades más objetivas. No siendo conscientes ni siquiera de que están bajo el hechizo de taumaturgos, puesto que no pueden volverse, y tomar nota de las «cosas» que les seducen. Que perciben además delante, de frente.

Parte trasera sustraída para siempre e a la evidencia. Si se diera media vuelta, retrocedería aún más lejos, detrás. Inaferrable, invisible. Amargo encarcelamiento en un recinto cuya parte trasera permanece ignorada –afuera: otro– alimentando la nostalgia del regreso, sin saber qué camino tomar. Olvido del paso intermedio. En lo sucesivo, todos los errores son posibles, todas las errancias. Goces y dolores múltiples. Ahora bien, ¿cómo encontrar la «buena»? ¿Volver a atravesar lo que constituye la tapia de esa pantalla en la que ahora desfilan las imágenes? En la que aquello continúa (re)proyectándose delante, dejando atrás (una/varias) vía(s) sin representación alguna. Por donde el hombre ya no pasaría (de nuevo) a no ser que alguien –un cualquiera masculino– no le incitara a hacerlo. Lo que significa que él no regresa allí sino en tanto que sometido a un discurso de *otro género*, subyugado por *otra transferencia*, cuyas metáforas hacen transitable el camino, pero saltándolo. *Contigüidad perdida en la analogía* que le envuelve con su re-presentación, manteniéndole inmovilizado en un transporte sin retorno. Y lo sensible que siempre (re)evoca algún contacto, pero también su ruptura, algún nacimiento pero asimismo su muerte, suspende así el vaivén de sus épocas en una genealogía de imágenes, de «copias», cuya proximidad al modelo supera el tiempo de la generación, regulándose más bien conforme a la propiedad de la forma (y) del nombre. Esas relaciones de semejanza del origen verdadero de la concepción serían garantes menos falibles. Destinados a una memoria inmortal porque ya habrían circunscrito la «vida» en una repetición –un re-nacimiento– que la especul(ariz)a. Congelada así, para la eternidad.

Dicho de otra manera, el hombre no sale aquí de las «aguas maternas» sino que, congelando el camino que allí conduciría, se refleja, re-produciéndose, en ese parafragma. Himen que dividirá su alma a la par que destrabará el Universo con sus superficies relucientes. La búsqueda de la perpetuación de la identidad consigo mis-



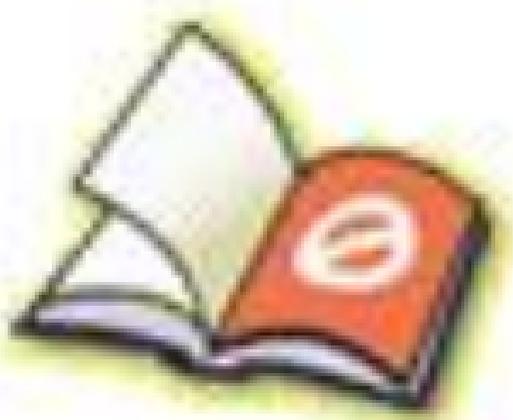
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



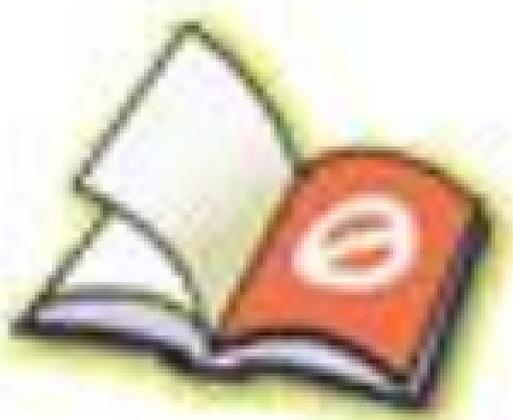
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



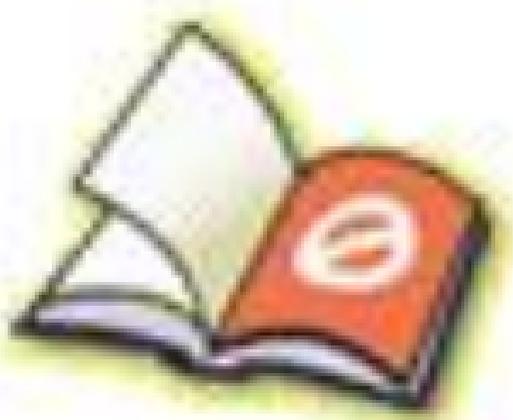
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

«La envidia del pene»

Una espera decepcionante. – Una sublimación con rodeos. – ¿«Envidia» o «deseo» del pene? – Una represión, o una censura inexorable. – Una mimesis impuesta.

Una penosa evolución hacia «la feminidad»

De la que el padre, neutro y benevolente, se lava las manos. – ¿Un(a) asexo? – La universalidad, o no, del complejo de Edipo. – Libre asociación sobre el onanismo.

¿Una sexualidad muy oscura?

Una sintomatología casi melancólica. – Un prejuicio del que no podría desprenderse. – Esa herida abierta que todo lo atrae. – El resto necesario: la histeria.

El pene = el hijo del padre

La primacía del erotismo anal. – Las partes interesadas de cierto contrato de alquiler. – La mujer es/y también la madre. – Juegos prohibidos. – El himen de Edipo(s) padre e hijo.

La «posterioridad» de la castración

Un capitalismo sin complejos. – El velo metafórico del eterno femenino. – El reverso de la historia. – ¿Una sumisión de esclavo? – Un superyó bastante despectivo hacia el sexo femenino.

Un indispensable «presión a la pasividad»

Una redistribución de las pulsiones parciales, y más en particular de las pulsiones sádico-anales. – «No hay más que una sola libido». – La idealización, lo propio. – El órgano (re)productor. – Confirmación de la frigidez.

La hom(br)osexualidad femenina

Carácter decisivo del «factor constitucional». – Una elección homosexual nítidamente expuesta. – El fracaso de una cura por falta de transferencia(s). – La misma.

Una relación sexual impracticable

Un amor ideal. – Si no fuera, de nuevo, por su madre. – ¿O por su suegra? – La cuadratura del círculo de familia. – ¿Separación de las generaciones, o desfase histórico? – La bisexualidad enigmática de la mujer.

«La hembra es hembra en función de una cierta falta de cualidades»

Un narcisismo ex-orbitante. – La vanidad de una mercancía. – El pudor que exige una conformación viciosa. – Las mujeres nunca inventaron más que el «arte de tejer». – Una naturaleza muy envidiosa. – La sociedad no interesa a las mujeres. – Un defecto en la sublimación. – «La mujer de treinta años».



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

La sexualidad femenina ha permanecido como el «continente negro» del psicoanálisis. Éste, en efecto, no podía sino ignorar a esa otra, mujer, que desbordea el encuadre de su campo teórico, toda vez que la ciencia del «sujeto» que define no ha cuestionado su sumisión a imperativos lógicos masculinos. Así pues, era preciso volver a atravesar los textos en los que esa lógica del uno, de lo mismo, se sistematiza como tal. Releer, e interpretar, a Platón, para localizar cómo en él se determinan las metáforas que en lo sucesivo vehicularán el sentido. Seguir el desarrollo de esa historia, de la teoría, y re-marcar dónde y cómo la otra –mujer– se ve excluida de la producción del discurso, garantizando con su plasticidad silenciosa el suelo, el envite, y el límite.

«Un espejuelo ha sido introducido en el volumen para alterar su economía. El practicable que desbarata el montaje de la representación con arreglo a parámetros masculinos. No para un nuevo espectáculo. Así que, ¿no hay nada más que ver? A no ser para que, con un tacto de una fluidez difícilmente identificable y con un estilo inapropiable, “Dios” reabra caminos en un lenguaje que la connota como castrada, que le veda el habla, y un cierto sentido –también de la historia– se vea sometido a una distorsión inaudita. La/una mujer nunca se encierra/oculta en un volumen.»

Luce Irigaray

Luce Irigaray (1930) es doctora en Filosofía, licenciada en Psicología y en Letras Modernas, diplomada en Psicopatología y titular de un doctorado de tercer ciclo en Lingüística. Analista y directora de investigación en el CNRS desde 1964. Autora entre otros títulos de *Ce sexe qui n'en est pas un* (1977); *Amante marine de Friedrich Nietzsche* (1980); *L'Oubli de l'air, Chez Martin Heidegger* (1983); *Éthique de la différence sexuelle* (1984); *Le temps de la différence. Pour une révolution pacifique* (1989); *J'aime à toi* (1992); *Être deux* (1997); *Entre Orient et Occident* (1999) y *Prières quotidiennes/Everyday prayers* (2004).

akal
www.akal.com

